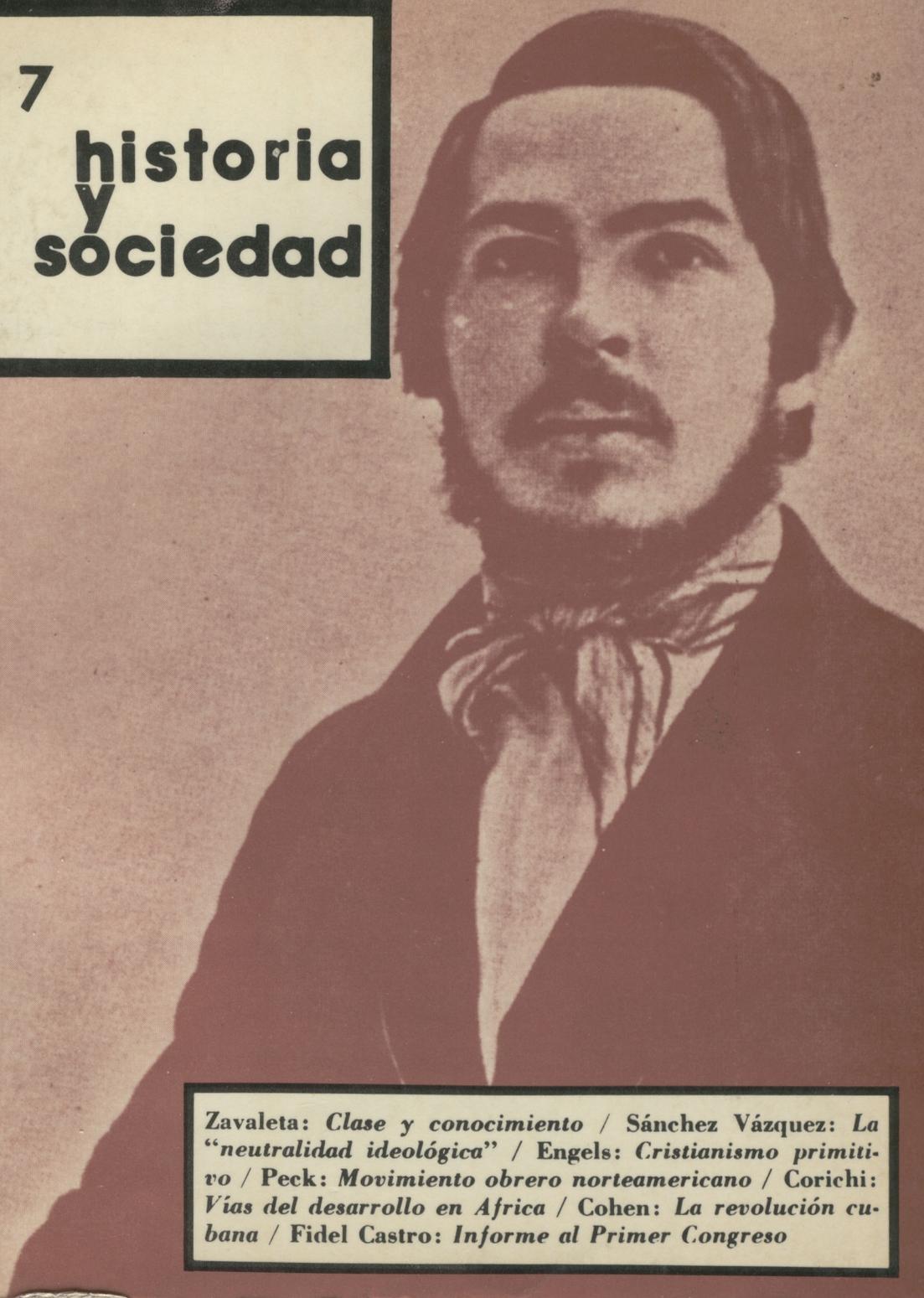


7

historia
y
sociedad



Zavaleta: *Clase y conocimiento* / Sánchez Vázquez: *La "neutralidad ideológica"* / Engels: *Cristianismo primitivo* / Peck: *Movimiento obrero norteamericano* / Corichi: *Vías del desarrollo en Africa* / Cohen: *La revolución cubana* / Fidel Castro: *Informe al Primer Congreso*



Historia y Sociedad

revista latinoamericana
de pensamiento
marxista

Dirección: Roger Bartra y Enrique Semo

Redacción: Raúl Olmedo y Sergio de la Peña

Edición: Guillermina Krause y Blanca Sánchez

Consejo editorial: Fernando Arauco, Arturo Azuela, José Luis Balcárcel, Donald Castillo, Susy Castor, José Luis Ceceña, Sergio Corichi, Agustín Cueva, Bolívar Echeverría, Enrique Florescano, Iván García, Enrique González Rojo, Raúl González Soriano, Hugo Gutiérrez Vega, Julio Labastida, Juan Felipe Leal, Pedro López, Arístides Medina, Carlos Monsiváis, Marcela de Neymet, Carlos Perzabal, Gerard Pierre-Charles, Ricardo Pozas, Wenceslao Roces, Américo Saldívar, Adolfo Sánchez Vázquez, Masae Sugawara, Mishiko Tanaka, Raquel Tibol, Alfonso Vélez Pliego, Pierre Vilar, René Zavaleta Mercado.

Corresponsales: Héctor P. Agosti (Argentina), Herbert Aptheker (E.E.U.U.), Manfred Kossok (R.D.A.), N. M. Lavrov (U.R.S.S.), César Augusto de León (Panamá), Jean Piel (Francia), Enrique Ramírez (Cuba), Emilio Sereni (Italia), Jean Suret-Canale (Francia).

7

historia y sociedad

SEGUNDA EPOCA

Número 7, III 1975.

INDICE

- René Zavaleta Mercado:** Clase y conocimiento / 3
- Adolfo Sánchez Vázquez:** *La ideología de la "neutralidad ideológica" en las ciencias sociales* / 9
- Federico Engels:** *Sobre la historia del cristianismo primitivo* / 27
- Sidney Peck:** *Tendencias actuales del movimiento obrero norteamericano* / 45
- Sergio Corichi Flores:** *Los movimientos de liberación nacional y las vías del desarrollo en Africa* / 65
- Robert Cohen:** *Nuevos rumbos de la revolución cubana* / 73

DOCUMENTOS

- Fidel Castro:** *Informe al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba* / 87
- La dictadura uruguaya: fascismo en acción* / 112

NOVEDADES BIBLIOGRAFICAS / 115

Revista Trimestral

Apartado postal 21-123, México 21, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 25.00

Suscripción anual:

Por correo ordinario, México	\$ 80.00
Centroamérica, EE.UU. y Canadá . Dls.	\$ 11.00
Sudamérica	Dls. 13.00

Cualquier aclaración sobre suscripciones diríjase, por favor, a nuestro apartado postal.

Portada: fotografías de Federico Engels, 1845 y 1891.

Ilustraciones tomadas de: Maringer, Johannes y Hans-Georg Bandi, *Arte prehistórico*, Ediciones Holbein, Basilea, 1952.

Revista autorizada por la SEP según oficio 23 CC PRI/68 del 22 de febrero de 1968.

Imprenta de Juan Pablos, S. A., Mexicali 39, México 11, D. F.
4 000 ejemplares.

Clase y conocimiento

René Zavaleta Mercado

El problema que nos preocupa es la cuestión del margen de conocimiento de una sociedad atrasada, es decir, la relación que existe entre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y sus repercusiones (considerando a las relaciones de producción como el movimiento de las fuerzas productivas y a la superestructura política como el resultado final del movimiento del modo de producción) y la capacidad de autoconocimiento de una sociedad. Problema que asume cierta importancia no tanto en la teoría como ciencia autorreferida sino, sobre todo, en la práctica o, mejor dicho, en la conciencia de la práctica.

En este tipo de formaciones económico-sociales, la propia supervivencia de modos de producción diferentes, articulados entre sí bajo una hegemonía concreta o, de hecho, no articulados sino en su punto más formal, como lo que se llama Estado aparente, propone intentos de producción de superestructuras diferenciadas y, en todos los casos, tareas que o bien corresponden a fases distintas de la periodización europea o bien son tareas que, por ejemplo, comienzan siendo burguesas y se transforman en socialistas o son tareas rezagadas cumplidas desde una superestructura que ya las ha rebasado. Todo esto

es consecuencia de la aparición de una nueva fuerza productiva que es la unificación del mundo por el capitalismo.

Pero las tareas burguesas difieren de las tareas socialistas no sólo por su objeto sino que se diferencian como tareas mismas, es decir, en su índole. En lo básico, las tareas burguesas pueden ser realizadas desde un punto de partida consciente pero también, en muchos casos, son resultado de una acumulación espontánea o sea que la conciencia aquí no es sino un requisito escaso. En cambio las tareas socialistas son todas tareas conscientes, son el uso final de una superestructura que se ocupa de sobredeterminar sistemáticamente a toda la base económica y al propio resabio superestructural hasta obtener su coherencia.

Con todo, si hablamos de países que solicitan a la vez tareas burguesas de reza go y tareas ya socialistas, es legítimo preguntarse cuál es el elemento que debe predominar. En principio, podría decirse que, puesto que las tareas para el socialismo son conscientes, no podrían proponerse tal tipo de empresas sino aquellas sociedades con capacidad plena de autoconocimiento o sea, sociedades plenamente capitalistas no sólo con referencia a su modo de producción sino también

en su superestructura clásica, la democracia burguesa, a través de la cual (en explotación de la cual), la clase obrera crearía su modo hegemónico, cuya principal consecuencia es el fin de la eficacia ideológica de sus enemigos. Pero es la propia práctica histórica la que ha mostrado que las cosas no son así; lo que vale decir que se da una cierta irradiación del índice de cognoscibilidad desde el modo de producción dominante hacia los modos de producción subarticulados.

Uno conoce, naturalmente, desde lo que es (aunque es cierto que, en ciertos casos, como en la clase obrera, el ser no se reintegra sino cuando adquiere su autoconocimiento) y, por tanto, la sociedad no se hace susceptible de ser realmente conocida sino cuando se ha totalizado, es decir, cuando ya nada sucede en ella con autonomía, cuando todo ocurre con referencia a lo demás, cuando, en suma, todos producen para todos. Con esto se alude a un complejo proceso que va desde la propia ampliación de la unidad productiva, que aquí es la fábrica, hasta la construcción de una cultura de ciudades, el *continuum* mercado interno —Estado nacional— democracia burguesa, etc.

En este sentido, el marxismo no es sino la utilización científica del horizonte de visibilidad dado por el modo de producción capitalista. Horizonte de visibilidad éste, por otra parte, que no puede ser explotado por la burguesía, cuya conciencia está oscurecida por la compulsión ideológica de su propia dominación, sino por el sector de los trabajadores productivos de este modo de producción, es decir, por el proletariado industrial que es así no sólo el actor fundamental del proceso capitalista de trabajo sino también el único capaz de tener un conocimiento capitalista del capitalismo, si así puede decirse, es decir un conocimiento adaptado a su objeto.

Este tipo de conocimiento desde la clase, es decir, la relación entre la colocación objetiva y el conocimiento lo expone Marx con una ejemplar combinación de lucidez y de modestia cuando se refiere al razonamiento de Aristóteles acerca del valor. Según Aristóteles

5 lechos = una casa

no se distingue de

5 lechos = tanto o cuanto dinero

con lo cual se establece una relación condicionada, pues la casa se equipara cualitativamente a los lechos y “si no mediase una igualdad sustancial entre objetos corporalmente distintos, no podrían relacionarse entre sí como magnitudes comensurables”. Pero, en rigor, para Aristóteles, “es imposible que objetos tan distintos sean comensurables. Esta equiparación tiene que ser necesariamente algo ajeno a la verdadera naturaleza de las cosas y, por tanto, un simple recurso para salir del paso ante las necesidades de la práctica”.

Pero lo que según Aristóteles no puede existir, puede ya ser conocido por Marx: “La casa representa respecto a los lechos un algo igual en la medida en que representa aquello que hay realmente de igual en ambos objetos, a saber, trabajo humano.”

No es que el valor en tiempo de Aristóteles no contuviera trabajo lo mismo que el valor en tiempo de Marx. Pero era un valor que no se podía medir y es por eso que la igualdad es la forma de la universalidad de la sociedad moderna y lo que hace que ella pueda ser conocida, aunque no por todos, sino desde determinado punto de vista.

“Aristóteles —escribe Marx— no podía descifrar por sí mismo, analizando la for-

ma del valor, el hecho de que en la forma de las mercancías todos los trabajos se expresan como trabajo igual y por tanto como equivalentes, porque la sociedad griega estaba basada en el trabajo de los esclavos y tenía, por tanto, como base natural la desigualdad entre los hombres y las fuerzas de trabajo. El secreto de la expresión de valor, la igualdad y equiparación de valor de todos los trabajos, en cuanto son y por el hecho de ser todos ellos trabajo humano en general, sólo podía ser descubierto a partir del momento en que la idea de la igualdad humana poseyese ya la fuerza de un prejuicio popular. Y para esto era necesario llegar a una sociedad como la actual en que la forma mercancía es la forma general que revisten los productos del trabajo, en que, por tanto, la relación preponderante es la relación de unos hombres con otros como poseedores de mercancías. Lo que acredita precisamente el genio de Aristóteles es el haber descubierto en la expresión de valor de las mercancías una relación de igualdad. Fue la limitación histórica de su tiempo lo que le impidió desentrañar en qué consistía en rigor esta relación de igualdad.”

La igualdad jurídica, es una condición para la acumulación originaria, así como para la acumulación capitalista en general, pero también, como lo dice Marx, es una consecuencia necesaria del momento en que la forma mercancía se convierte en la forma general del valor. Pero la igualdad jurídica no es sino una de las maneras que tiene el capitalismo de unificar y de globalizar a la sociedad. Por eso Marx no escribió *El Capital* porque era Marx, porque si se tratase sólo de genialidad pudo haberlo escrito Aristóteles, sino porque estaba ya en condiciones de explotar un horizonte de visibilidad de la sociedad que no había existido hasta entonces. Se ha vuelto visible lo que antes era invisible

o advertible por parcialidades. Pero, aun entonces ¿por qué Marx y no otro cualquiera? Es cierto que se está ya ante la revolución industrial con un perfil definido, la sociedad con un rostro que no hará después otra cosa que crecer sin cambiar su cualidad. Nos parece que la clave explicativa está en el hecho de que Marx, por primera vez, explota tal horizonte de visibilidad desde el punto de vista de la clase obrera. No es que el mismo modo de producción proporcione un horizonte de visibilidad a una de sus clases y otro en todo distinto a la otra, sino que sólo una de sus clases constitutivas está en condiciones de explotar dicho horizonte de visibilidad, general a toda la sociedad. Es decir, que la diferencia se sitúa no en el horizonte sino en la capacidad distinta de su explotación. Los intereses de clase del proletariado lo inducen a conocer; los intereses de clase de la burguesía la inducen a no conocer, a oscurecer. Es la propia compulsión ideológica de la clase dominante la que le impide la explotación teórica del horizonte de visibilidad sin embargo objetivamente disponible en esa sociedad.

La propia clase obrera tiende a ver a la sociedad como algo que se puede percibir racionalmente, como algo reductible a la explicación racional. En primer lugar, el obrero ha tenido que romper con su tradición para llegar a ser obrero. Es difícil pensar en un desgarramiento o ruptura más drástico: es también la ruptura con todas sus supersticiones, criterios mágicos, prejuicios cristalizados. Pero hay además esto que bien puede llamarse la lógica de la fábrica, es decir, la lógica del proceso productivo y después la lógica de la explotación en el seno de la unidad productiva. El reconocimiento de la igualdad común es el principio de la organización. La concentración, en la que la ciudad es la continuación de la fábrica

y el mercado nacional y la nación misma la continuación de la ciudad, eleva la base dada por la igualdad jurídica y, por eso, el propio sindicato y después el partido proletario no son sino prolongaciones orgánicas de la lógica de la fábrica. En cambio, la dispersión esencial de la pequeña burguesía y de sus sectores adscritos (en lo principal, los asalariados no productivos) les induce a ratificar un modo degenerado de conocimiento de la sociedad que se presenta en un doble rostro, sea adoptando una explicación irracionalista de la sociedad (como en el fascismo) o porque cuando se está aislado se tiende a recibir la explicación oficial, ideológica y autoritaria como la única explicación real y posible del mundo. Es su propia consistencia clasista la que les impide tener un conocimiento de rebelión con relación a la ideología de la clase dominante.

En un proceso contradictorio, este propio horizonte de visibilidad que sólo puede ser explotado por una clase social, tiene sin embargo su punto de partida en la desintegración del viejo individuo, en la enajenación o ruptura que sufre el productor individual. Como advierte Marx, en el momento mismo de la manufactura ya "se secciona al individuo mismo, se le convierte en un aparato automático adscrito a un trabajo parcial". "Los conocimientos, la perspicacia y la voluntad que se desarrollan aunque en pequeña escala en el labrador o en el artesano independiente, como en el salvaje que maneja con su astucia personal todas las artes de la guerra, basta con que las reúna ahora el taller en su conjunto.

... Este proceso de disociación comienza con la cooperación simple, donde el capitalista representa frente a los obreros individuales la unidad y la voluntad del cuerpo social del trabajo. El proceso sigue avanzando en la manufactura que mutila al obrero, al convertirlo en obrero parcial.

Y se remata en la gran industria, donde la ciencia es separada del trabajo como potencia independiente de producción y ahebrada al servicio del capital."

Obrero parcial, parte por lo mismo del obrero colectivo, ser no individual; pero la conciencia corresponde al ser y por tanto una conciencia individual nada puede aquí donde el ser se ha hecho ya colectivo. La destrucción de su ser individual es la condición para que aparezca el horizonte de visibilidad general y, por consiguiente, la ciencia que se produce a partir de la explotación de ese horizonte de visibilidad es también el único rescate de los hombres en su nuevo ser, que es su ser colectivo. Ya no pueden recuperar la vieja conciencia de individuos produciendo como individuos, capaces de comenzar y concluir un producto; no pueden rescatar la conciencia de lo que ya no son, sólo pueden adquirir la conciencia de lo que son.

Pero también conviene distinguir entre el sector del obrero colectivo apto para esa explotación (del horizonte de visibilidad) y el que no lo es. El siervo, por ejemplo, al huir hacia la ciudad o al incorporarse al taller por la desvinculación deviene un obrero conservador, un obrero de primera generación. Ha hecho un acto de adquisición fundamental, ha pasado de la servidumbre a la libertad jurídica y, por consiguiente, tiene la gratificación en su propia nueva condición obrera y será, durante algún tiempo, un sujeto conservador. Es un proletario de cabeza campesina. En el artesano, al convertirse el taller en empresa capitalista, al cumplirse la subsunción formal, la adquisición es de otro tipo, es una adquisición que se refiere a la extensión de una condición y no a su instalación. Pasa de una manera de ser hombre libre a otra; su adquisición radica en la ruptura de la petrificación

corporativa. Es el mercado el que le permite comunicarse con hombres de su misma condición y lo convierte de estamento local en clase nacional. Por tanto, es aquí donde se organiza el sector avanzado del proletariado y donde se asienta la posibilidad de explotación real del horizonte de visibilidad o fusión entre la clase que posibilita el conocimiento y el conocimiento mismo o ciencia social.

Pero esto sólo en lo que se refiere a la génesis del marxismo. Nosotros, empero, hemos nacido cuando el marxismo existía ya y, por eso, podemos preguntarnos si el marxismo es inmediatamente utilizable por nuestros movimientos obreros como un todo y desde el principio. La respuesta es sin duda inmediatamente negativa porque, de otra manera, las frustraciones que sufren nuestros movimientos no se deberían sino a falta de lecturas. En la subsunción del socialismo científico como un fruto de la sociedad que se ha hecho al fin cognoscible como un todo a la realidad concreta de una formación económico-social que es sólo hegemoníamente capitalista y que, a veces, no tiene el modo de producción capitalista sino como un enclave, se tropieza con varios obstáculos.

En primer lugar, como es natural, la propia incorporación del instrumento científico por parte de los transmisores puede ser una incorporación desviada. En segundo lugar, en lo que es mucho más importante, cada clase obrera referida a su propio escenario nacional o área política recorre prácticamente las mismas etapas iniciales que las demás. Desde el momento en que no es sino un agregado recargado por los resabios o una minoría tan rodeada por un ejército industrial de reserva demasiado entremezclado con el lumpenproletariado, momento en el que sus capacidades de conciencia no son distintas de las del campesinado o de la pequeña burguesía hasta la elaboración de su

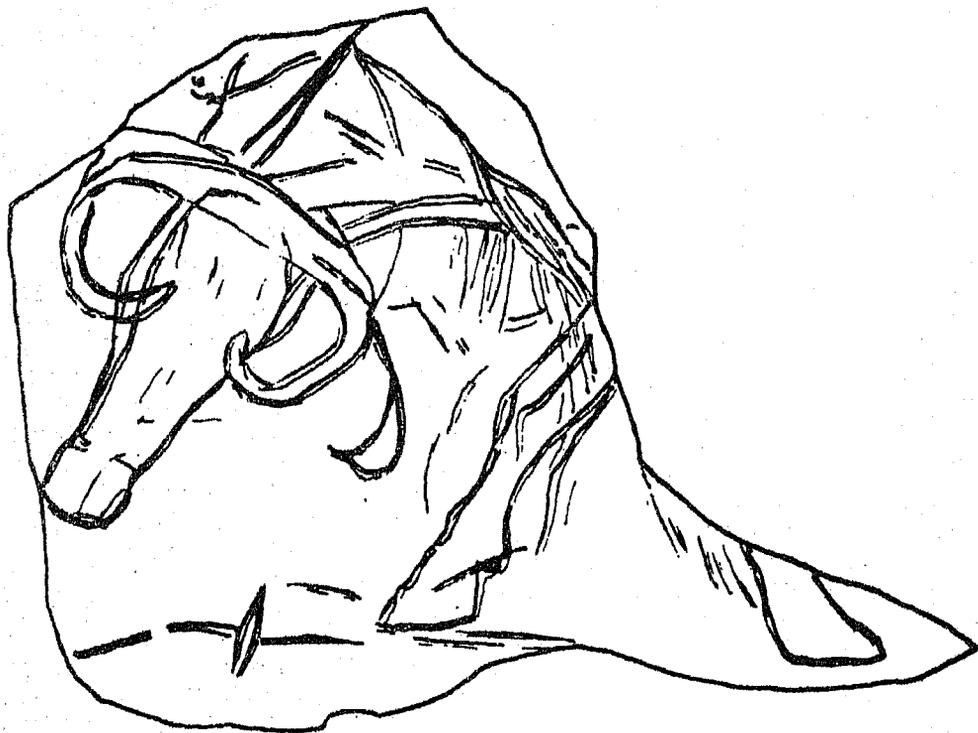
conciencia verdadera, hay un gran trecho. Pero si ya se ha conformado como clase objetiva, es decir, como clase en sí, con resabios que son ahora negligibles, aún así es preciso que viva sus propias frustraciones empíricas, es decir, una práctica debida a un conocimiento intentado desde un método no correspondiente. Es decir, que debe surgir en la historia real, en la materialidad de la clase, el apetito por la fusión y, desde luego, debe haber quien le proporcione los elementos de la fusión.

Con todo, esta es una clase a la que no le basta el conocerse a sí misma por cuanto su autoconocimiento como núcleo de producción de la plusvalía, es decir, como núcleo del modo de producción entero no puede detenerse allá. No puede conocerse sin conocer la sociedad en su conjunto y, por consiguiente, invadiendo a las clases supérstites, a los grupos no clasistas en rigor, es decir, practicando su propia irradiación. Lo de la irradiación es ya un rebasamiento ideológico que distorsiona la distribución de la hegemonía ideológica que llamamos normal (la de la clase dominante) y, como es obvio, se localiza sobre todo en el momento de la crisis revolucionaria. Si sólo es verdaderamente proletario el proletariado en el momento en que ya obtiene la fusión, por tanto, sólo entonces puede concebirse a sí mismo como una clase internacionalista; mientras se enfrenta a los problemas de su constitución, es sólo una clase nacional y, por eso, incapaz objetivamente de ir más allá de los límites de la revolución burguesa.

Una sociedad no adquiere sino los conocimientos que giran en torno a las preguntas que se hace como tal sociedad. Pero la clase dominante no sólo no se hace preguntas verdaderas (salvo las que se refieren al perfeccionamiento de su dominación) sino que se dedica ya a organizar

falsas respuestas, respuestas ideológicas; está parcializando reaccionariamente a una sociedad que ya está más lejos. Pero aun las preguntas que deba hacerse el sector oprimido, que cuando es orgánico es el único de la misma dimensión que la sociedad actual, son preguntas que se relacionan con su propia acumulación. La acumulación en el seno de la clase, por

tanto, es algo que concierne tanto a los contenidos objetivos del desarrollo de esa sociedad como a su sucesión táctica. Al margen de la acumulación en el seno de la clase obrera es imposible la adquisición del instrumento científico (el marxismo) y, por eso, también el desarrollo de esta clase hacia dentro es la clave para el conocimiento de una formación abigarrada.



La ideología de la “neutralidad ideológica” en las ciencias sociales*

Adolfo Sánchez Vázquez

Mediante el reexamen de las relaciones entre objetividad e ideología en el conocimiento social nos proponemos salir al paso de una doctrina (la de la “neutralidad ideológica”) que no obstante los golpes recibidos aún se obstina en mantenerse en pie.¹ Pretendemos asimismo demostrar que esa “neutralidad” no se apoya

en sólidas razones, sino en justificaciones ideológicas. Dadas las limitaciones de espacio, nuestras ideas se presentan en forma de tesis que, al mismo tiempo que condensan nuestro pensamiento, permiten fijar con más precisión el blanco de la disputa.

* Texto de la ponencia presentada al Primer Coloquio Nacional de Filosofía. (Morelia, Mich., agosto de 1975). Se agregan ahora las notas al calce que, por razones de espacio, no fueron incorporadas a ella en esa ocasión.

¹ La tendencia a sustraer el conocimiento histórico y social a toda valoración y, por tanto, a situarlo en el marco de la “neutralidad ideológica” (aunque no se empleara esta expresión) tiene claros antecedentes ya a finales del Siglo XIX en los neokantianos de la Escuela de Baden (Windelband y Rickert) y de modo explícito, como “ciencia libre de valores” en Max Weber, sobre todo en sus dos ensayos: “La objetividad del conocimiento en las ciencias y la política sociales” (1904) y “El sentido de la ‘libertad de valoración’ en las ciencias sociales y económicas” (1917). Versión española de ambos textos en: Max Weber, *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, Península, Barcelona, 1971.

Ya el marxismo clásico, desde *La ideología alemana*, había sostenido la imposibilidad de una supuesta neutralidad de las

ideas. Lenin fue categórico a este respecto: “...En una sociedad erigida sobre la lucha de clases no puede haber una ciencia social ‘imparcial’” (*Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo*). Y agregaba: “Esperar una ciencia imparcial en una sociedad de esclavitud asalariada, sería la misma pueril ingenuidad que esperar de los fabricantes imparcialidad en cuanto a la conveniencia de aumentar los salarios de los obreros, en detrimento de las ganancias del capital”. Mucha agua ha pasado desde entonces (1913) bajo el puente. En la actualidad denuncian también la doctrina de la “asepsia ideológica” revestida hoy con un nuevo ropaje: el del “fin de las ideologías”, buen número de investigadores sociales, inspirados por las tesis clásicas del marxismo. Véanse, a título de ejemplo, los siguientes ensayos incluidos en la excelente recopilación de I. Horowitz, *La nueva sociología*, en dos tomos, Amorrortu, Buenos Aires, 1969 Alvin W. Gouldner, “El antiminotauro: el mito de una sociología libre de valores”; Abraham Edel, “Ciencia social y valores; un estudio de sus interrelaciones”; Sidney M. Willhelm, “Irresponsabilidad científica y responsabilidad moral”.

Tesis 1.—No existe ninguna barrera insalvable entre las ciencias naturales y sociales; la especificidad de las ciencias sociales no puede eludir las exigencias de la científicidad.

El fin propio de toda ciencia es conocer y a él subordina cualquier otra consideración. Pero, a la vez, como forma específica de la actividad humana, inserta en determinado contexto social, aún siendo un verdadero fin en sí, sirve a una finalidad externa que le impone ese contexto: contribuir principalmente al desarrollo de las fuerzas productivas en el caso de las ciencias naturales; contribuir al mantenimiento (reproducción) de las relaciones de producción vigentes o a su transformación o destrucción, cuando se trata de las ciencias sociales. Fin propio y finalidad externa de las ciencias se relacionan y condicionan mutuamente. El fin propio se persigue por una finalidad exterior y ésta se asegura cumpliendo el fin propio.

Es un hecho comúnmente reconocido que las ciencias sociales, por lo que toca al cumplimiento de su fin propio, se encuentran hasta ahora en una situación de precariedad e inferioridad con respecto a las ciencias naturales. Diríamos que su grado de científicidad es mucho más bajo, pero por otra parte en cuanto que aspiran a ser ciencias no pueden permanecer en ese estado de precariedad y, menos aún, eludir los requisitos indispensables de la científicidad.

Ahora bien, la superación de ese estado no es asunto meramente teórico. El atraso científico, en este campo, como en el de las ciencias naturales en el pasado, responde primordialmente a causas sociales: las fuerzas opuestas a una transformación radical de la sociedad son las mismas que se oponen a que el conocimiento contribuya a esa transformación. El objeto mis-

mo de las ciencias sociales hace de ellas —aún más que en el caso de las ciencias naturales— un verdadero campo de batalla en el que se enfrentan las ideologías opuestas de la conservación y la transformación del orden social.

Sin embargo, aunque los intereses de clase y las ideologías entren en conflicto más abiertamente en las ciencias sociales que en las naturales, en virtud de la diferencia de su objeto, y de la finalidad exterior a que está sujeto su fin propio —el de toda ciencia—, ello no permite establecer una barrera insalvable entre ellas en cuanto ciencias. Tal barrera se establece cuando se renuncia, por ejemplo, a las características del método científico, probado ya en las ciencias naturales, y se echa mano, en nombre de la especificidad de su objeto (la realidad histórico-social) a métodos que excluyen sus características,² o también cuando en nombre de esa especificidad se proclama la imposibilidad de un conocimiento que no se disuelva en ideología.³ Ahora bien, la especificidad de las ciencias sociales —la

² Ya los neokantianos de la Escuela de Baden habían tendido un puente insalvable entre las ciencias naturales (con su método generalizador) y las ciencias de la cultura (con su método individualizador). Rickert a la vez que las separa radicalmente, mantiene a las ciencias de la cultura (ciencias sociales) en el limbo de la neutralidad valorativa, pues aunque se constate como un hecho la referencia a valores del objeto descrito, se trata a juicio suyo de una descripción del objeto individual exenta de toda valoración.

³ El representante típico de esta posición en la sociología burguesa es Karl Mannheim (1893-1947), con sus dos obras fundamentales: *Sociología del conocimiento* (1927) e *Ideología y utopía* (1954). Pretendiendo llevar la doctrina marxista de las ideologías hasta sus últimas consecuencias niega que pueda existir un conocimiento social verdadero, objetivo. Al disolver la ciencia social en ideología, desemboca en un nihilismo gnoseológico.

que hace de ellas un campo de batalla ideológico— lejos de excluir presupone la cientificidad. De otro modo, no podrían ni siquiera llamarse ciencias.

Tesis 2.—*Las ciencias sociales —como toda ciencia— se caracterizan por su objetividad.*

No nos referimos a la objetividad del científico entendiendo por ella una voluntad de sustraerse a su subjetividad considerada sobre todo en un sentido empírico, individual. Esta objetividad —o más bien actitud objetiva, imparcial— se revela como imposible y puede favorecer o no lo que entendemos propiamente por verdadera objetividad, pero no es la objetividad misma, que para nosotros sólo se da fuera del sujeto, ya sea en el método que aplica o en los resultados (teorías) de su actividad.

La objetividad del método es sin duda requisito indispensable en toda actividad científica. No hay ciencia sin método objetivo y, por tanto, queda descalificada como tal la que prescindiera de él tanto en el proceso de investigación como en el de exposición o verificación. Es lo que sucede, por ejemplo, con el método de la comprensión simpática o empatía ya que no podemos determinar si es fiable el estado subjetivo que valida o verifica una teoría. Cuando se pretende captar la realidad social o histórica, los hechos sociales o humanos, por un desplazamiento a la experiencia directa, vivida del objeto, se cierra el paso a la ciencia social como conocimiento racional y objetivo. Los llamados métodos subjetivos (del tipo del *verstehen* o la empatía) nos dejan inertes ante el problema de determinar si estamos efectivamente ante lo verdadero,

problema fundamentalmente objetivo.⁴ El método objetivo es propio de toda ciencia y ha sido probado ya a lo largo de siglos en el conocimiento científico-natural. Esto no significa que el método en las ciencias sociales haya de ser un simple calco del de las ciencias naturales, ya que en éstas hay que captar objetos que nunca se nos dan en sí, sino dentro de un sistema del que formamos parte (nunca estamos ante cosas sino ante relaciones sociales, humanas).⁵ En tanto que ciencias sociales, la objetividad toma en ellas un sesgo específico, sin quedar abolida.

Pero el problema de la objetividad no se reduce a este aspecto metodológico. El conocimiento científico es método y sistema en unidad dialéctica: camino adecuado para la obtención de verdades e integración de éstas como resultados en un cuerpo unitario o sistemático.

⁴ Las objeciones que se han hecho reiteradas veces a la intuición como método de conocimiento se pueden extender también a todo método subjetivo como el del *comprender* (o "*verstehen*"). En efecto, no basta estar (si es que se está) en la verdad, sino que hay que probarlo, y la prueba ha de tener un carácter objetivo que la intuición ni el *verstehen* pueden aportar. La experiencia vivida (*erlebnis*) del "*comprender*" no puede romper a la hora de la prueba, el círculo exclusivo de la subjetividad. (Un análisis crítico de las pretensiones y los resultados de este método puede verse en el ensayo de Theodore Abel, "La operación llamada '*Verstehen*'", incluido en la recopilación de I. L. Horowitz, *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*, EUDEBA, Buenos Aires, 1964).

⁵ La reducción del método de las ciencias sociales al de las ciencias naturales, defendida por el positivismo en todas sus variantes y practicada por todos aquellos que hacen de la ciencia social una ciencia natural (línea seguida por Durkheim, Radcliffe-Brown y continuada, en cierto modo, en nuestros días, por Levi-Strauss) tiene como supuesto ontológico, no siempre confesado, la reducción de la sociedad a una parte de

La objetividad de esos resultados así integrados (verdades, leyes, teorías) es la que permite caracterizar a las ciencias sociales propiamente como ciencias. La objetividad estriba, en primer lugar, en el hecho de que sus resultados teóricos no son una simple proyección o expresión del sujeto cognoscente (cualquiera que sea el modo como se conciba éste). El contenido de las verdades o teorías no es subjetivo; pero esta independencia respecto del sujeto, condición necesaria de la objetividad, no es la objetividad misma. Esta se da en una relación peculiar del objeto teórico (verdad, teoría, ley) con el objeto real. Una verdad, una teoría, una ley es objetiva si representa, reproduce o reconstruye algo real por la vía del pensamiento conceptual. No se trata de una representación directa, reconstrucción literal o reproducción pictórica, lo que sería imposible en virtud de la distinción entre uno y otro objeto y, en virtud asimismo, de que el objeto teórico es un producto o resultado de la actividad teórica. Para que pueda hablarse de representación o reproducción en el pensamiento no es necesario hacer del conocimiento objetivo un simple calco o fotografía del objeto y, menos aún, establecer una identidad de propiedades entre el objeto teórico y el objeto real (ciertamente, el enunciado sobre la sal no es salado). Lo objetivo está en el objeto teórico en cuanto que reproduce como objeto pensado (o en el pensamiento) lo real.⁶ Pero si la verdad de un enunciado

la naturaleza. El método positivista en las ciencias sociales ve asimismo —quedándose en la apariencia— a los hombres como cosas. Recuérdese a este respecto lo que Marx se propone en *El Capital*: descubrir la naturaleza social, humana, de las relaciones entre los hombres que se presentan como relaciones entre cosas.

⁶ Siguiendo a Marx en su *Introducción* de 1857 a los *Grundrisse*, mantenemos la distinción entre objeto teórico (lo concreto

se da en cuanto que representa o reproduce adecuadamente en el pensamiento lo real, decir objetivo es decir verdadero y en la expresión “verdad objetiva” el calificativo sale sobrando pues no puede haber otra verdad (como la pretendida “verdad subjetiva”).

Encontrar, pues, la objetividad en cierta relación del objeto teórico con el objeto real, y por tanto considerar una teoría como independiente del sujeto por lo que toca, como hemos visto, a su valor de verdad, no quiere decir que el sujeto (entendido, sobre todo, no como simple sujeto psíquico, sino como ser social) esté ausente por completo de esa relación particularmente en el conocimiento social que es el que ahora nos interesa. Nos referimos al sujeto que soporta o encarna todo un mundo de valores, aspiraciones, ideales, intereses, etc., dominantes en un contexto social y que rebasan el marco estrictamente empírico, psíquico, individual. Ahora bien, ¿es que la relación en que consiste la objetividad (objeto teórico-objeto real) se da al margen de ese mundo de valores, ideales, aspiraciones, etcétera y sin que este mundo se haga presente, se filtre en cierta forma, en esa

pensado) y el objeto real (lo concreto real), pero sin dar un carácter absoluto a esta distinción. Al mismo tiempo, tenemos presente como base de esta distinción la concepción del proceso de conocimiento como proceso, a la vez, de producción del objeto teórico y de reproducción en el pensamiento de este objeto real (como claramente lo afirma Marx en el texto citado). Por todo ello, el concepto de producción no tiene por qué tener consecuencias idealistas (como las tiene en Althusser), ni el de reproducción tiene que ser interpretado como calco o reflejo pictórico (como lo interpreta un marxismo simplista que se hace acreedor a los reproches de Marx, *Tesis I sobre Feuerbach*) a todo el materialismo anterior. (Acercas de todo esto, véase mi ensayo: *El teoricismos de Althusser*, en *Cuadernos Políticos*, núm. 3, México D. F., 1975).

relación entre teoría y realidad en que, en definitiva, consiste la ciencia?

Pero entonces se plantea una cuestión como ésta: ¿hay propiamente un conocimiento (el de las ciencias sociales) que pueda descartar la presencia de esos valores, ideales, aspiraciones o intereses? Y si no puede descartarla —sobre todo en su contenido mismo— ¿puede hablarse en rigor de ciencia? Si la ciencia no es una relación a solas con lo real, sino mediada o mediatizada por un tercero que denominaremos ideología, ¿de qué tipo es esa relación: científica, ideológica, pseudocientífica, o científico-ideológica?

La pregunta nos arroja en la cuestión medular de las relaciones entre lo científico y lo ideológico, lo que nos lleva inmediatamente a definir lo que entendemos por ideología. Es lo que hacemos en la siguiente tesis.

Tesis 3.—La ideología es: a) un conjunto de ideas acerca del mundo y la sociedad que: b) responden a intereses, aspiraciones o ideales de una clase social en un contexto social dado y que: c) guían y justifican un comportamiento práctico de los hombres acorde con esos intereses, aspiraciones o ideales.

Esta definición amplia de la ideología toma en consideración tres aspectos fundamentales de ella: su contenido teórico (a), su génesis o raíz social (b) y su uso o función práctica (c). Por su contenido, la ideología es un conjunto de enunciados que apuntan a la realidad y a problemas reales y entrañan explícita o implícitamente una valoración de ese referente real. Este contenido no es necesario o totalmente falso; puede ser verdadero o contener elementos de verdad. Pero incluso

en este último caso no se reduce a sus elementos puramente teórico-cognoscitivos. Comprende juicios de valor, recomendaciones, exhortaciones, expresiones de deseo, etc. La concepción de la ideología como total y necesariamente falsa (como forma de "conciencia falsa") es una generalización ilegítima de una forma particular, concreta, de ideología.⁷ Nuestra definición, en segundo lugar, pone en relación este contenido teórico con los intereses, aspiraciones e ideales de una clase social condicionados históricamente por el lugar que esa clase ocupa con respecto al poder y al sistema de relaciones de producción. En tercer lugar, se destaca la función práctica de la ideología como guía

⁷ Los partidarios de esta generalización suelen remitirse a Marx y Engels, quienes ciertamente han empleado el término "ideología" con este contenido tanto en una obra de juventud (*La ideología alemana*) como en trabajos posteriores (particularmente Engels en su *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* y en su carta a Mehring, de 14 de julio de 1893). Pero es evidente que, en todos estos casos, no se puede ignorar la forma concreta y específica de ideología (la ideología burguesa) que ellos tienen a la vista. En otro texto (en el *Prólogo a la Contribución a la Crítica de la economía política*) encontramos un concepto amplio de ideología, en la que ésta aparece determinada ante todo por posiciones de clase. Un concepto así permite admitir, junto a una forma específica de clase, la ideología burguesa, otras formas específicas, también de clase, como la de "ideología proletaria" o "socialista", claramente formulada por Lenin, que para él, como para Marx y Engels, no podía ser "conciencia falsa". Si se generaliza a toda ideología el concepto de conciencia falsa" no se alcanza a ver cómo la ideología revolucionaria, proletaria, podría cumplir su función práctica (inseparable de una conciencia verdadera de lo real) y qué sentido tendría entonces la lucha ideológica y la formación ideológica de la clase obrera como elementos necesarios —junto a la lucha económica y política— en el proceso histórico de su emancipación.

de la acción de los hombres en una sociedad dada. La ideología aspira a guiar su comportamiento y, al mismo tiempo, más que explicarlo —que es el fin propio de la ciencia— trata de justificarlo. Cabe decir, que el fin propio de la ideología es precisamente ejercer esta función práctica de guía y justificación de la acción. Mientras que la ciencia aspira a la verdad (representación o reproducción adecuada de lo real) y, de este modo, puede contribuir a la acción; la ideología tiende a cumplir ante todo su función práctica (c) adecuando para ello, si es necesario, esa reproducción de lo real, su contenido (a) a ciertos intereses, aspiraciones o ideales (b), aunque esto se traduzca en la mayor parte de las ideologías de clase en un conflicto entre ideología y verdad.

Nuestra definición de la ideología comprende, pues, tres aspectos: teórico o gno-seológico (a), genético o social (b) y funcional o práctico (c).⁸

Definidas la objetividad y la ideología, podemos examinar ahora el modo de relacionarse entre sí ambos términos en las ciencias sociales. Pero para esclarecer el

⁸ El sociólogo polaco J. Wiatr ha elaborado una tipología de definiciones de la ideología, de acuerdo con la cual las divide en genéticas, estructurales y funcionales (Cf. *Czy zmierch ery ideologii*, Varsovia, 1966). A nuestro modo de ver, como tratamos de poner de relieve en nuestra definición, en toda ideología se dan en unidad indisoluble los tres aspectos que se subrayan, por separado, en cada una de las definiciones de Wiatr. Una definición como la nuestra es aplicable tanto a una forma específica (burguesa) como a otra (proletaria); puede admitir asimismo las formas más diversas: como "conciencia falsa", como ideología en la que se mezclan y se oponen elementos de verdad y falsedad, y asimismo, sin ver en ambos términos una contradicción ni atribuirles tampoco un valor absoluto, como ideología verdadera o, como dice Lenin, con una expresión que ha escandalizado a los defensores de la generalización ilegítima an-

papel de la ideología en las ciencias sociales y cómo se hace presente en ellas, tenemos que subrayar, con respecto a esas ciencias, el papel ineludible e irreductible de la objetividad en dichas ciencias. Es lo que hacemos en la tesis que exponemos a continuación.

Tesis 4.—*Las ciencias sociales en cuanto ciencias no pueden renunciar a la objetividad.*

Si se renuncia a la objetividad, se renuncia al conocimiento social como ciencia y éste queda reducido a simple ideología. Tal es la posición clásica de Mannheim.⁹ Para ello, hace suya la tesis de Marx de la determinación social del conocimiento; pero, acto seguido, la interpreta en el sentido de que todo conocimiento por estar determinado socialmente, por ser clasista, es relativo y, por tanto, es falso; es ideología en el sentido de "conciencia falsa", o representación deformada de la realidad, incompatible por consiguiente con la objetividad.

La interpretación de la relación entre un conjunto de ideas y el interés de clase, señalada por Marx y característica de la ideología (aspecto b de nuestra definición), en el sentido que le da Mannheim (relación = relatividad y ésta = falsedad), es una interpretación unilateral y ahistórica del pensamiento de Marx. Que el conocimiento responda a intereses sociales, de clase, e incluso los exprese, no implica necesariamente que sea falso. El propio Marx ha subrayado en su crítica

tes apuntada, como "ideología científica" (en *Materialismo y empiriocriticismo*).

⁹ Cf. Karl Mannheim, *Ideología y utopía*. Introducción a la sociología del conocimiento, Aguilar, 2a. ed., Madrid, 1966.

de la ideología económica burguesa (la economía política clásica) los elementos de verdad que desarrollados por él contribuyeron a elaborar la teoría económica del capitalismo. Obviamente, Marx la tenía por verdadera a la vez que reconocía su carácter ideológico. La aplicación de la interpretación de Mannheim de las tesis de Marx al propio Marx, implicaría la necesaria falsedad de toda su teoría social. Ciertamente de esto se trata: de enterrarlo con su propia pala. Por otro lado, la incompatibilidad entre relatividad del conocimiento y verdad objetiva es insostenible si se tiene presente que todo conocimiento es aproximado y relativo en el sentido de que nunca podemos considerarlo acabado y absoluto. El conocimiento siendo aproximado, relativo es verdadero (= objetivo). Toda la historia de la ciencia lo confirma.¹⁰

Finalmente, el propio Mannheim pretende recuperar el conocimiento objetivo al sostener que un grupo social —cuyo pensamiento por excepción está débilmente condicionado— puede escapar al relativismo ya que es capaz de integrar en una síntesis los diferentes puntos de vista o perspectivas. Pero aparte de que esta objetividad no es propiamente tal (sino simple intersubjetividad), Mannheim tiene que demostrar no sólo que toda determinación social engendra necesariamente una conciencia falsa (tesis que ilegítimamente atribuye a Marx), sino también

la tesis opuesta que le sirvió para tratar de enterrar al marxismo, a saber: que un grupo excepcional, privilegiado —la intelectualidad—, situado según él por encima de los intereses de las clases y de las luchas entre ellas, puede escapar a esa determinación y salvar así la objetividad en las ciencias sociales. Si primero excluyó la objetividad para disolver el conocimiento determinado socialmente en ideología, ahora excluye la determinación social para salvar el conocimiento objetivo (entendido como “síntesis” de puntos de vista relativos y partidistas).

De todos modos, aún en este reconocimiento deformado y a regañadientes de la verdad objetiva, vemos cuán difícil es renunciar a la objetividad en las ciencias sociales a menos que se renuncie franca y abiertamente a su cientificidad. Pero esta objetividad no deja de ser específica como subrayamos en la tesis siguiente.

Tesis 5.—La objetividad de las ciencias sociales es valorativa; en ellas no se escinden objetividad y valor.

La negación clásica de esta tesis es la doctrina weberiana que considera que la objetividad de las ciencias sociales requiere su “liberación respecto de los valores”. Para Weber los valores se establecen de un modo irracional, sobre la base de la fe y de las emociones. Por tanto, no pueden insertarse en una teoría científica. Objetividad y valor se excluyen mutuamente. El científico en cuanto tal (en su actividad y en sus teorías) debe ser neutral axiológicamente. La consecuencia definitiva de este planteamiento y solución es la separación radical entre hecho y valor, entre ciencia e ideología, o entre ciencia y política. Esta separación inspira poste-

¹⁰ Lenin ha puesto de manifiesto esta dialéctica de lo relativo y lo absoluto en el proceso de conocimiento en estrecha relación con su objetividad. (“...La relatividad de todos nuestros conocimientos, no en el sentido de la negación de la verdad objetiva, sino en el sentido de la condicionalidad histórica de los límites de la aproximación de nuestros conocimientos a esta verdad”, *Materialismo y empiriocriticismo*, en *Obras Completas* ed. esp. Ed. Cartago, Buenos Aires, 1960, p. 136).

riormente al neopositivismo y, en nuestros días, a los filósofos analíticos predominantemente neutrales así como a los teóricos de la "desideologización". Dicha separación fue postulada hace varias décadas, en nombre del marxismo, por los teóricos de la socialdemocracia alemana¹¹ y, recientemente, por Althusser y sus discípulos.¹²

Esta línea de pensamiento que escinde objetividad y valor conduce a la negación del carácter específico de la objetividad en las ciencias sociales. De acuerdo con ella, los objetos sociales no son simples cosas sino relaciones sociales entre los hombres aunque se presenten como cosas. Pero los hechos sociales no se suceden con

¹¹ En su *Concepción materialista de la historia* (1a. ed. alemana, tt. 1-2, 1927-1929), Kautsky sostiene inequívocamente esta separación al afirmar que "el materialismo histórico es una teoría puramente científica que, como tal, no está ligada en modo alguno al proletariado".

¹² En sus dos obras fundamentales, *Pour Marx* (1965) y *Lire le Capital* (1965) Althusser emprende una vasta y delicada operación teórica tendiente a "desideologizar" el marxismo para rescatarlo como ciencia. En esta empresa, el humanismo socialista, tras de ser asimilado al humanismo especulativo que el propio Marx combatió, es arrojado del campo de la teoría (de ahí el famoso "antihumanismo teórico") y conservado o aceptado por él como simple ideología. Esta separación radical de ciencia e ideología, o de ciencia y política, en el propio seno del marxismo, conduce a separar la ciencia histórica y social en cuanto tal (el materialismo histórico) del punto de vista de clase, del proletariado y de la práctica revolucionaria. En ello radica la "desviación teorícista" que el propio Althusser habría de reconocer y que, más tarde, sobre todo en sus últimos escritos (*Réponse à Lewis*, 1973 y *Eléments d'Autocritique*) se esfuerza en superar. A nuestro modo de ver, sin lograrlo, es decir, sin superar su teorícismo originario, como tratamos de demostrar en nuestro ensayo: *El teorícismo de Althusser* (Notas críticas sobre una autocrítica).

la rígida determinación de los acontecimientos naturales, sino que son hechos en cuya producción pueden intervenir decisivamente los hombres en la medida en que toman conciencia de ellos y se organizan y actúan para producirlos. Por otro lado, no son sólo hechos sujetos a una determinación social sino valiosos. Es precisamente esta conjunción de hecho y valor, característica del comportamiento humano, la que impide tratar científicamente los hechos como cosas aunque en ciertas relaciones de producción se presenten cosificados. El enfoque positivista de los hechos sociales, partiendo de la escisión entre objetividad y valor, pierde de vista el carácter específico de la objetividad en las ciencias sociales y con ello deja de verlos como realmente son. Por otra parte la "neutralidad valorativa", al presuponer una visión de la sociedad en la que las relaciones humanas, sociales, se reducen a cosas, no es menos axiológica que aquélla que por ver, ante todo, su carácter social, humano, no pretende excluir un enfoque valorativo.

Tesis 6.—*Los valores que tenemos presente al rechazar la doctrina de la "neutralidad valorativa" son los que forman parte de las ideologías reales, de clase.*

Los valores constituyen un elemento fundamental en toda ideología: matizan sus elementos cognoscitivos y enmarcan los fines con los que se pretende guiar el comportamiento práctico de los hombres.¹³ El destino de las relaciones entre ciencia e ideología se juega con respecto a ellos, como lo entendió muy bien Weber, y no

¹³ Sobre los valores, véase el cap. VI de nuestra *Ética*, Ed. Grijalbo, 1a. ed. 1969 (12 ed., 1975), México, D. F.

puede escamotearse refiriéndose a los valores intrínsecos de la ciencia. Al afirmarse que el científico en cuanto tal hace juicios de valor ya que debe optar constantemente entre una hipótesis y otra,¹⁴ no se puede caracterizar —con base en ella— a las ciencias sociales como ideológicas, pero tampoco se puede esquivar esa caracterización. Ciertamente, el valor así considerado preside la investigación científica, y podría sostenerse incluso que toda teoría elaborada ha requerido toda una serie de valoraciones. Lo que Bunge llama “requisitos de la teoría científica o síntomas de la verdad” son en definitiva valores científicos. Toda ciencia en efecto cuando alcanza la sistematicidad, simplicidad semántica, consistencia externa, capacidad explicativa, etc., se instala en el reino del valor (científico).¹⁵ Ciertamente, esos requisitos existen como valores, pero no son ellos los que tiene en cuenta Weber cuando postula una “ciencia libre de

¹⁴ Tesis sostenida por R. Rudner en su trabajo: “The Scientist *qua* Scientist Makes Value Judgements”, *Philosophy of Science*, 20, 1953. Texto citado por Javier Muguerza quien aguda y certeramente delimita su verdadero alcance: la valoración así entendida no tendría por qué ser valoración en otro sentido (moral) “ni en las ciencias naturales ni en las ciencias sociales” (Cf. Javier Muguerza, “Ética y ciencias sociales” en: *Filosofía y ciencia en el pensamiento español contemporáneo*, Ed. Tecnos, Madrid, 1973, pp. 280-281), con lo que una vez más, Rudner dejaría a salvo la “neutralidad valorativa” o “ideológica”.

¹⁵ Mario Bunge, *Teoría y realidad*, Ariel, Barcelona, 1972, p. 145 y ss. Bunge se limita aquí a exponer estos “requisitos” que, a nuestro modo de ver, pueden considerarse como valores científicos intrínsecos. Sin embargo, en un trabajo anterior (*Ética y ciencia*, Siglo XX, Buenos Aires, 1960), subraya la tesis de que la ciencia no puede ser éticamente neutral; es decir, no puede sustraerse al reino del valor, entendido en este caso como valor moral y no simplemente como valor científico intrínseco (cf. op. cit., pp. 29-35).

valores” ni los que tenemos presente nosotros cuando rechazamos la “neutralidad ideológica” en las ciencias sociales. Son los valores como elemento fundamental de una ideología en cuanto que colorean sus ingredientes teóricos y nutren los fines e ideales que guían la acción. Se trata de los valores sociales (políticos, morales, jurídicos, etc.) que forman parte de una ideología práctica, real, de acuerdo con la definición dada anteriormente (*Tesis 3*). Ahora bien, ¿cómo se relaciona, se hace presente o se transparenta esta ideología real, de clase en las ciencias sociales? Las tesis siguientes pretenden dar una respuesta a esta cuestión.

Tesis 7.—La ideología es punto de partida, en el sentido de que toda ciencia social se hace siempre desde y con cierta ideología.

En primer lugar, las ciencias sociales surgen en un marco ideológico dado, determinado a su vez por las relaciones de producción dominantes. Este marco se hace visible en los supuestos filosóficos de una teoría social o económica (acerca del mundo, del hombre, de las relaciones del hombre con la naturaleza, de la necesidad y la libertad, del individuo y la sociedad, etcétera). Así, por ejemplo, la economía política clásica descansa en el supuesto filosófico de una naturaleza humana inmutable y egoísta.¹⁶ La concepción de Parsons de la sociedad como sistema que autorregula, sin escisiones ni tensiones, su pro-

¹⁶ Sobre este supuesto filosófico de la economía política clásica (la antropología del *homo economicus*), véase nuestro estudio previo en: C. Marx, *Cuadernos de París* (Notas de lectura de 1844), Ed. Era, México, 1974, pp. 26-27.

pia unidad, parte de una ideología burguesa, del orden, de la conservación, del equilibrio. Sólo una ideología revolucionaria proletaria que impulsa a la transformación radical del orden social, puede inspirar una teoría —como la de Marx— que pone en el centro la lucha de clases y la plusvalía.

En segundo lugar, la propia tarea que se fijan las ciencias sociales no puede ser separada de una opción ideológica. Lo que el científico social espera de su ciencia variará considerablemente si opta por dejar el mundo como está, o por su transformación. En un caso puede fijarse una imposible tarea neutral; en el segundo, vincular la ciencia a la práctica social.

En tercer lugar, la ideología de que se parte se manifiesta igualmente en los problemas que suscita y selecciona así como en la preeminencia que adquieren en una teoría. Sólo partiendo de sus correspondientes posiciones ideológicas se puede explicar el surgimiento y la preeminencia de problemas como los de la explotación, la lucha de clases y la revolución, en la teoría social de Marx.

Finalmente, el método que adopta el investigador no está exento de supuestos ideológicos. Los métodos positivistas, naturalistas u objetivistas implican —como hemos visto— una visión ideológica de la actitud del hombre ante los objetos sociales. Algo semejante puede decirse también del individualismo metodológico (Popper-Watkins) en cuanto que presupone posiciones metafísicas y éticas propias de la ideología del individualismo burgués.¹⁷

¹⁷ Cf. a este respecto: Popper, K., *La miseria del historicismo* Taurus, Madrid, 1961, y Watkins, J. N.: "Historical Explanation in the Social Sciences", en *Theories of History*, Gardiner, P. ed., The Free Press, Nueva York, 1959. Para una crítica del individualismo metodológico, véase: Pedro Schwartz: "El individualismo metodológico y

Tesis 8.—*La ideología impone también su marca en el contenido mismo de las ciencias sociales.*

El significado de los conceptos en las teorías sociales no es unívoco. Varía en función de las ideologías a las que están vinculadas. Así sucede con los conceptos de Estado, clase social, reforma, revolución, etc. Pero no sólo varía el contenido de un concepto sino el lugar que ocupa en el sistema en que se integra. Lo que en una teoría ocupa un lugar secundario o no existe pura y sencillamente, desempeña el lugar central en otra (así sucede, por ejemplo, con los conceptos de "relaciones de producción", "lucha de clases" o "plusvalía"). La ausencia de ciertos conceptos en el contenido mismo de una teoría son igualmente reveladoras de posiciones ideológicas. Así, por ejemplo se ha señalado en la teoría social de Parsons la ausencia del concepto de "imperialismo" o la falta de un análisis sistemático de la explotación o la superficialidad con que se maneja el concepto de "propiedad".¹⁸ Los ejemplos podían multiplicarse asomándonos a cualquiera de las teorías demográficas, organicistas o tecnocráticas acerca de los graves problemas de la época actual. Sería difícil no ver aquí el síntoma ideológico de la ausencia de conceptos-clave.

Por otro lado, tanto estas ausencias como la preeminencia de ciertos conceptos, entrañan explícita o implícitamente juicios de valor acerca de la realidad social que se pretende explicar. Cabe decir incluso que el eje mismo en torno al cual

los historiadores", en: *Ensayos de filosofía de la ciencia*. En torno a la obra de Sir Karl L. Popper, Ed. Tecnos, Madrid, 1970.

¹⁸ Alvin Gouldner, *La crisis de la sociología occidental*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1973, p. 53.

se estructura la teoría queda marcado por la ideología (mientras la ideología burguesa, conservadora, de Parsons preside su sociología del orden, del equilibrio y la estabilidad,¹⁹ la ideología revolucionaria proletaria de Marx recorre, como un hilo de engarce, toda su teoría económica y social, así como sus investigaciones concretas).²⁰ Si todo esto es así, el contenido de la teoría en las ciencias sociales queda afectado ideológicamente no sólo en su significado sino en su estructuración misma.

Tesis 9.—La ideología determina el modo de adquirirse, transmitirse y utilizarse las teorías en las ciencias sociales.

En la medida en que la investigación (particularmente los análisis concretos) se hacen dentro del sistema de instituciones correspondientes y en la medida en que

¹⁹ Sobre el contenido ideológico burgués de esta sociología parsoniana de orden y del equilibrio, véase: A. Goulner, *op. cit.* pp. 138-142 y 233-236.

²⁰ Toda la obra de Marx y especialmente sus dos descubrimientos capitales, según Engels: la concepción materialista de la historia y la teoría de la plusvalía, no pueden entenderse si no se ven ante todo como descubrimientos buscados por un revolucionario y no simplemente por un científico en su gabinete de estudio. Por ello, escribe Marx refiriéndose a *El Capital* en su postfacio a la segunda edición alemana: "No podía apeteer mejor recompensa para mi trabajo que la rápida comprensión que *El Capital* ha encontrado en amplios sectores de la clase obrera alemana" (*El Capital*, trad. de W. Roces, Fondo de Cultura Económica, T. I. 3a. ed. esp., México, 1964, p. XVII). ¿Por qué habría de ver la "mejor recompensa" ahí y no en la comunidad científica, si no le hubiera inspirado ante todo la ideología revolucionaria proletaria? Esto es tan evidente que parece innecesario señalarlo; sin embargo, a la vista de ciertas recaídas científicas del marxismo, no está demás recordarlo.

estos aparatos ideológicos oficiales responden a las necesidades y tareas de la clase dominante, la investigación social se halla determinada por la ideología de esta clase. Lo mismo cabe decir de la enseñanza de estas ciencias. Los planes de estudio, el predominio de una u otra concepción en las ciencias sociales e incluso la separación dentro de la Universidad, o en una misma escuela o facultad entre teoría de la historia, economía, sociología y teoría política se traduce en una fragmentación de la visión del todo social que impide tener un conocimiento de sus contradicciones e instancias fundamentales, así como de los factores determinantes y agentes decisivos del cambio social. Esto conduce, en los análisis concretos, a enmascarar las verdaderas causas o raíces sociales de los problemas. Las múltiples investigaciones actuales acerca de la delincuencia juvenil, la drogadicción, la violencia callejera, criminalidad, etc., tienen por base una división del trabajo científico social en esferas autónomas que impide captar las causas y raíces que sólo pueden encontrarse en un análisis concreto, total.²¹ En cuanto al uso de las cien-

²¹ La situación de las ciencias sociales en las instituciones correspondientes varía notablemente en los países capitalistas desarrollados y en los países dependientes de América Latina. Mientras en los primeros se registra una tendencia a su crecimiento dentro de los lineamientos ideológicos del sistema, es decir, justificando las relaciones de dominación y explotación y mellando su filo crítico, en los países dependientes en América Latina, su desarrollo es raquítico o tolerado en cuanto que las ciencias sociales pueden ser manipuladas y mantenidas al margen de los problemas vitales de la realidad nacional y social. Ahora bien, cuando esto no es posible, las ciencias desaparecen lisa y llanamente o se las coloca en una situación precaria dentro de la docencia universitaria y de la investigación. Sin embargo, en los últimos años se han producido en América Latina importantes investiga-

cias sociales, cada vez mayor a partir de la Segunda Guerra Mundial, se halla directamente determinado por exigencias ideológicas. Baste señalar el empleo de los científicos sociales no ya en las universidades e institutos de investigación sino al servicio directo del aparato político y militar del Estado, de lo que es un ejemplo elocuente la utilización en gran escala de los científicos sociales en la guerra de Vietnam.²²

Tesis 10.—Ninguna teoría social es absolutamente autónoma respecto a la ideología y por ello no hay ni puede haber ciencia social ideológicamente neutral.

Esta tesis es una conclusión de las acciones que promueven el conocimiento y la crítica de la realidad social y de los mecanismos de explotación. Igualmente cobra cada vez mayor fuerza la tendencia a una enseñanza y utilización social de estas ciencias acordes con los intereses y las necesidades de las más amplias capas populares. Pero todo esto se produce a despecho del sistema y, en la mayoría de los casos, con su franca oposición.

²² La utilización puramente ideológica de los científicos sociales por las clases dominantes no es, en modo alguno, un hecho nuevo. Desde que Napoleón se rodea de sus egiptólogos en la antigua tierra de los faraones para no hablar ya de los conquistadores que en América se hacen acompañar de sus alquimistas ideológicos en cuestiones de "naturaleza humana", "salvación del hombre" y sancionamiento de las relaciones de dominación, a los científicos sociales se les ha pedido que aporten medios racionales de justificación de los actos de explotación y dominio. Toda una ciencia social —la antropología— surgió en el siglo XIX como una ciencia colonial, respondiendo a las exigencias de la colonización europea de otros continentes; no es casual que, en sus orígenes, fuese ante todo inglesa. Sin embargo, el uso ideológico institucionalizado de las ciencias sociales vinculado no sólo con el aparato económico

teriores. No se trata de una norma (de lo que deben ser las ciencias sociales, sino de lo que efectivamente son). Puesto que la ideología influye en la selección de sus problemas fundamentales, en la fijación de sus conceptos centrales, en el modo de concebir su propio objeto e incluso en el contenido interno de sus teorías del que no pueden descartarse ciertos juicios de valor, las ciencias sociales no pueden ser separadas de la ideología. Esta presencia de la ideología impide su autonomía absoluta, pero el peso de ella varía de acuerdo con el aspecto que se considere: génesis, contenido o función. Mayor en su génesis y formación que en su contenido donde las exigencias de la científicidad imponen limitaciones que la ideología no puede saltar; mayor aún en su uso o función en el que se pone de manifiesto claramente su subordinación, como forma de actividad humana, a necesidades sociales.

Tesis 11.—Si bien no existe al margen de la ideología que la determina, subyace o se manifiesta en ella, la ciencia social es autónoma en cierto grado e irreductible a esa ideología.

No obstante el papel antes señalado (Te-

y político sino incluso con el militar sí es un hecho reciente; surge sobre todo después de la segunda guerra mundial, con la potencia imperialista que desata la "guerra fría" y las guerras más o menos calientes; surge exactamente en los Estados Unidos y concretamente en relación con la guerra de agresión en Vietnam y la lucha contra las guerrillas en el sudeste asiático. Así vemos las investigaciones sociales encuadradas en los planes de la División Jason, directamente dependiente del Pentágono. Desde 1953, esta División que cuenta entre sus miembros con no menos de cinco Premios Nobel en física, actúa como un verdadero

sis 8) de la ideología en el contenido interno de la teoría social (en la estructuración, significación y preeminencia, irrelevancia o ausencia de ciertos conceptos), los requisitos de sistematicidad y ordenación lógica impuestas por la cientificidad, establecen un marco estructural que no puede supeditarse a exigencias ideológicas. Esos requisitos imponen a la ciencia social cierta autonomía respecto de la ideología y le impiden disolverse en ideología a menos que se niegue a sí misma como ciencia. Por otra parte, como toda ciencia, es un cuerpo de verdades y, en cuanto tal, es decir, como conocimiento verdadero y objetivo, es autónoma respecto de la ideología. Esto significa que el valor de verdad de una teoría no depende de la ideología que ha permitido descubrirla, que se hace presente o se transparenta en su contenido interno o que impone cierto uso o función práctica de ella. Ciertamente, la ideología burguesa en determinadas fases históricas ha contribuido a la constitución de la ciencia moderna, y

Estado Mayor de la comunidad científica, cerca del Pentágono, pugnando por incorporar a los esfuerzos bélicos del imperialismo yanqui no sólo a físicos eminentes sino también a investigadores sociales de diversas ramas (sociólogos, demógrafos, antropólogos, psicólogos, etc.). El arco de su actividad comprende desde las investigaciones para construir detectores electrónicos de las tropas enemigas (vietnamitas) hasta la preparación de proyectos sociológicos para la mejor aplicación de la táctica antiguerrillera en Tailandia. (Sobre las actividades de la División Jason, en las que debieran meditar los científicos "puros" que todavía hoy se resisten a aceptar las vinculaciones de la ciencia con la ideología dominante, particularmente en las ciencias sociales, véanse dos importantes artículos que nosotros hemos tenido en cuenta: Daniel Schiff, "La institución científica garante del orden"; Julien Brunn, "Trabajo científico y estrategia militar", ambos publicados en *Les Temps Modernes*, núm. 320, París, 1973.

en el campo de las ciencias sociales ha permitido a la economía clásica inglesa, por ejemplo, el descubrimiento de una serie de verdades (como la teoría del valor). Ahora bien, la validez de esos elementos verdaderos no depende de dicha ideología burguesa. De igual manera, el valor de verdad de la teoría de la plusvalía, de Marx, no depende de la ideología revolucionaria, proletaria, que ha hecho posible su descubrimiento y su función práctica como instrumento teórico para dar a la clase obrera conciencia de su explotación. Depende, como la verdad de toda teoría, de su objetividad; es decir, de su capacidad de reproducir adecuadamente una realidad social. La ideología por sí sola, es decir, sin la actividad y los requisitos propios de la ciencia no es la verdad ni tampoco la garantía de que pueda ser alcanzada.

Es indudable que la ideología condiciona la aceptación o el rechazo de una teoría social o económica, como lo atestigua fehacientemente la citada teoría de la plusvalía de Marx. Pero su validez cognoscitiva es independiente de la ideología implícita en esa aceptación o en ese rechazo. En este sentido carece de base, hablar de ciencia "burguesa" o ciencia "proletaria", aunque lo hayan hecho así en el pasado, tergiversando el marxismo, los teóricos del *Prolet-Kult*, o cierta interpretación jdanoviana (staliniana) del materialismo histórico. Y esto que es muy comprensible cuando se trata de ciencias formales y naturales, es igualmente válido en las ciencias sociales. En cuanto a su valor de verdad, no hay diferencia alguna entre una teoría física y una teoría social. Y cuando se habla —como hace Marx— de economía política *burguesa*, el calificativo apunta más bien a la ideología que la inspira o subyace en ella, sin que por ello se haga depender su valor de verdad o su false-

dad de dicha ideología. Naturalmente, esto no le impide a Marx subrayar que los límites cognoscitivos con que tropieza dicha economía no son simplemente límites gnoseológicos, sino límites impuestos por la ideología burguesa (límites que le impiden, por ejemplo, desarrollar la teoría del valor hasta sus últimas consecuencias y desembocar en la teoría de la plusvalía). Hay, pues, una autonomía relativa de la ciencia social respecto de la ideología o irreductibilidad de lo científico a lo ideológico, que lejos de excluir presupone la relación antes señalada entre ciencia e ideología.

Tesis 12.—La doctrina de la “neutralidad ideológica” o “valorativa” en las ciencias sociales, cualesquiera que sean las intenciones de quienes la defienden, es una forma de la ideología burguesa y, como tal, tiende a justificar la irresponsabilidad moral, política y social del científico.

A diferencia de la teoría científica de la ideología que sostiene el materialismo histórico, la doctrina de la “neutralidad ideológica” no proporciona un conocimiento acerca de la génesis, estructura y función de la ideología. Es ideología en el sentido de “conciencia falsa” acerca de un fenómeno social, y con su pretensión de separar la ciencia social (como valor en sí) del resto de los valores (morales y políticos fundamentalmente) y de aislarla de la práctica, de la política efectiva principalmente, cumple la función social de acotar en las instituciones de enseñanza y de investigación un terreno vedado a la crítica de las relaciones sociales burguesas dominantes. Por otro lado, con su escisión de objetividad y valor, sanciona a su vez la escisión entre el científico

social y el ciudadano, en virtud de la cual la actividad del primero queda sustraída a todo juicio de valor (moral, político o social) en tanto que sólo como ciudadano puede ser sujeto y objeto de semejante valoración. La doctrina de la “neutralidad ideológica” o de la “ciencia libre de valores” permite así al científico *qua* científico no asumir la responsabilidad por las consecuencias morales, políticas o sociales de su enseñanza o su investigación. De este modo, dicha doctrina viene a soldar en una y en la misma persona su irresponsabilidad como científico y su responsabilidad como ciudadano. (Ejemplo elocuente: el doble comportamiento de los científicos norteamericanos que, por un lado, contribuían con su actividad científica a la guerra criminal contra el pueblo de Vietnam, en tanto que por otro firmaban declaraciones de protesta contra dicha guerra).²³ Ahora bien, si cada quien es responsable de sus actos en la sociedad en cuanto que afectan a otros, no hay ninguna razón para que el científico social se presente, al amparo de una “neutralidad ideológica” o “valorativa”, como el ser humano excepcional y privilegiado que, al ejercer su actividad propia, no tiene por qué responder de sus consecuencias. Y puesto que, en definitiva, tal “neutralidad” no existe, la doctrina que ampara la irresponsabilidad del científico social no es sino una forma de la ideología burguesa destinada a servir al sistema que se beneficia con semejante “neutralidad”.

²³ “Esta ausencia de principios de los miembros del grupo Jason está presente tanto en el plano de sus actividades como en el de sus análisis. Toman parte en los esfuerzos de la guerra, pero al mismo tiempo firman peticiones exigiendo el cese de esos esfuerzos... Se trata de un método de comportamiento y de análisis institucionalizado... el método del *value-free*, libre de juicios de valor” (Julien Brunn, artículo citado).

Tesis 13.—La doctrina del “fin de las ideologías” es igualmente una forma de la ideología burguesa en las condiciones del actual capitalismo monopolista desarrollado o de la llamada “sociedad industrial”.

La doctrina del “fin de la ideología”, que aflora sobre todo en los Estados Unidos al iniciarse la década del 60, se presenta por sus principales exponentes (Bell, Lipset y otros) como una exigencia de la “sociedad industrial”; la organización y dirección racional de semejante sociedad requiere —según ellos— un enfoque científico-técnico de los problemas sociales y consecuentemente la liberación de toda ideología.²⁴ De este modo, la ciencia social,

²⁴ Fue en 1955, en pleno hervor de la “guerra fría” y durante una conferencia, en Milán, del llamado “Congreso por la Libertad de la Cultura” —de tan infausta memoria para los intelectuales “amantes de la libertad” que, durante algunos años, mordieron el anzuelo que turbiamente se les tendía—, cuando se habló por primera vez del “fin de las ideologías”. Entre los que apadrinaron tan turbio nacimiento estaban Raymond Aron, quien años más tarde habría de reclamar la paternidad de la frase “fin de la era ideológica” (en un artículo suyo en *Preuves*, núm. 169, París, 1965), así como los sociólogos y filósofos norteamericanos Daniel Bell, Seymour M. Lipset, Arthur Schlesinger y E. Shils. Las tesis del “fin de las ideologías” se desarrollaron, constituyendo un verdadero cuerpo doctrinal, pocos años después en 1960, en dos libros: Daniel Bell, *The End of Ideology. On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties*, Glencoe, Illinois y S. M. Lipset, *Political Man, The Social Bases of Politics*, Garden City, Nueva York. Desde entonces esta doctrina se ha desarrollado hasta convertirse en una tendencia influyente dentro de la sociología burguesa actual, particularmente en Estados Unidos, junto con otras corrientes teóricas afines, como las de la “sociedad industrial única” o de la “nueva sociedad industrial” (R. Aron y J.

así liberada, se convierte en “ingeniería” o “tecnología social”, capaz de resolver los grandes problemas de la sociedad sin el influjo perturbador de la ideología. La vieja aspiración weberiana de una “ciencia libre de valores” se vuelve así la aspiración de una “ciencia libre de ideologías”. Las ciencias sociales, al liberarse de la ideología, alcanzan su pleno estatus científico y —como las ciencias naturales—, permiten desarrollar una tecnología basada en ellas. Al mismo tiempo, es justamente el avance de la ciencia y la técnica, lo que lleva a descartar el papel de la ideología en esta sociedad “desarrollada”; la ideología se admite sólo fuera de ella, como propia de países atrasados que, carentes de una ciencia y una técnica avanzadas, tienen que valerse de ideologías en sus proyectos de transformación social. Ahora bien, siguen sosteniendo los teóricos del “fin de las ideologías”, en la “sociedad industrial”, dado su alto nivel científico y técnico, no se necesita ya la ideología, sino pura y simplemente una “tecnología social”, ca-

Galbraith), la de las “fases del crecimiento económico” (W. Rostow) y la de la “convergencia de los dos sistemas mundiales” (capitalismo y socialismo”). Textos con posiciones opuestas en torno a la doctrina del “fin de las ideologías” se encuentran en la recopilación: C. I. Waxman (ed.), *The End of Ideology Debate*, Nueva York, 1968. Las tesis de esta doctrina son sometidas a un análisis crítico en el libro ya citado del sociólogo polaco J. Wiatr, *Declinación de la era de las ideologías?*, Varsovia, 1966 (desgraciadamente no traducido al español) y en el trabajo del sociólogo soviético L. Moskvichov, *Teoría de la “desideologización”: ilusiones y realidad* (versión en español, Ed. Progreso, Moscú, 1974). Una crítica de esta doctrina en relación con el contexto político norteamericano, se encuentra asimismo en el ensayo: Stephen W. Rouseas y James Farganis, “La política norteamericana y el fin de las ideologías” (en I. Horowitz: *La nueva sociología*, t. II, Amorrortu, Buenos Aires, 1969).

paz de poner en práctica ambiciosos programas de reforma social.²⁵

Ahora bien, basta considerar los objetivos de estos programas sociales, su carácter reformista burgués, la eliminación de toda solución que afecte a los fundamentos y estructuras de la sociedad capitalista, así como la marginación de toda intervención activa de las clases oprimidas y explotadas en la concepción y decisión de esos proyectos de transformación, para comprender su carácter burgués, así como la naturaleza ideológica de la doctrina del “fin de las ideologías” o de la “desideologización” con que se pretende justificar la política reformista de aplicación de las ciencias sociales como “tecnología” o “ingeniería social”.

El entierro de la ideología a manos de la ciencia y la técnica que se pretende con esta nueva doctrina no es sino una nueva forma de la ideología burguesa, estrechamente emparentada por su función con la de la “neutralidad ideológica”. Lo que se trata de enterrar es, en definitiva,

²⁵ La “ingeniería social” fue propuesta por Karl Popper (en sus obras *The Poverty of Historicism*, 1961; *The Open Society and its Enemies*, 1962, y *Conjectures and Refutations*, 1963, de todas las cuales hay edición en español) como una alternativa reformista a la política revolucionaria propugnada por el marxismo. Tras de condenar como utópicos los intentos (marxistas) de reconstruir radicalmente la sociedad como un todo (o, como él dice “la realización de bienes abstractos”, *Conjectures and Refutations*, p. 361), propugna “establecer la felicidad” no por “medios políticos” sino desplegando “nuestros esfuerzos privados” (ibidem, p. 361) para poner en práctica medidas parciales y directas (como por ejemplo, crear hospitales) encaminadas a combatir “males concretos”. ¿Ingenuidad del filósofo social o complicidad con el sistema y repudio ideológico de los intentos revolucionarios —que por otro lado no son incompatibles con la lucha por verdaderas reformas sociales— de transformar la sociedad “como un todo”? De la doctrina del

toda ideología revolucionaria y con ello el papel que le corresponde como guía de la acción de las fuerzas revolucionarias en la transformación de la sociedad en una época en que el capitalismo padece su peor crisis. Por ello, los programas de reforma social mediante la “tecnología social” basada en las ciencias sociales, se presentan como alternativa a la práctica revolucionaria de las masas, basada en el conocimiento científico de la realidad social, y guiada por una ideología cuya muerte se proclama bajo el manto del “fin de las ideologías”. Con esta doctrina se trata, en definitiva, de contribuir a mantener las relaciones de producción y el poder en las condiciones de un capitalismo monopolista, cuyo monopolio económico se pretende convertir en ideológico, al proclamarse el fin de todas las ideologías, excepto claro está la que subyace en la doctrina burguesa misma del “fin de las ideologías”.

Tesis 14 y última.—*La doctrina de la “neutralidad ideológica”, ya sea en la for-*

“fin de las ideologías” a la teoría de la “ingeniería social” no hay más que un paso ya que la aplicación de criterios científicos y técnicos, a expensas de los ideológicos, a cuestiones sociales se presenta como la consecuencia obligada, una vez que se ha sentido la falsa premisa del “fin de las ideologías” en la era de la sociedad industrial y de la revolución científico-técnica. En realidad, con la teoría de la “ingeniería social” y con las medidas adaptadas en nombre de ella lo que se hace es propugnar y aplicar el más craso reformismo, que a diferencia del de la socialdemocracia, es clara e inequívocamente burgués. (Sobre las relaciones entre esta ideología del “fin de las ideologías” y su correspondiente “ingeniería social” y el *Establishment* norteamericano, véase el artículo antes citado de S.W. Rousseas y J. Farganis, en: I. Horowitz, *La nueva sociología*, t. II, ed. cit., pp. 39-62).

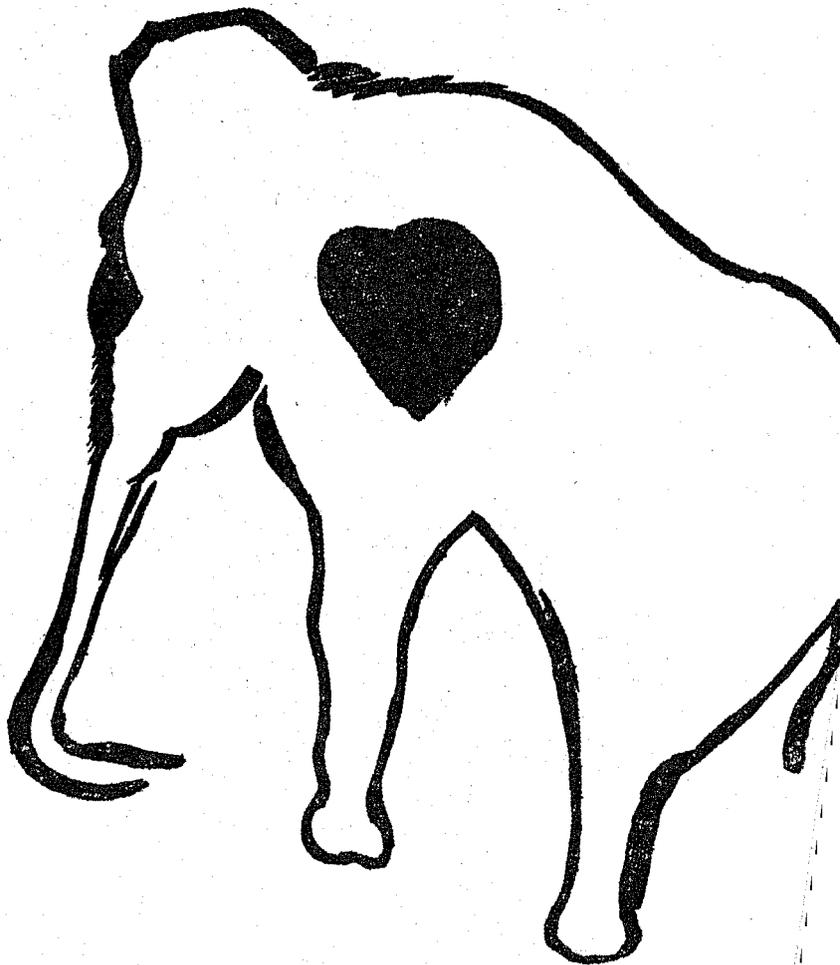
ma clásica de la "ciencia libre de valores" o de la más reciente de "ciencia libre de ideologías" es una manifestación de la ideología burguesa ante la cual el científico social no puede ser indiferente.

Puesto que como hemos visto la neutralidad ideológica es imposible ya que la ideología influye o se hace presente, en un sentido u otro, en el surgimiento de una teoría, en la búsqueda de la verdad, en el contenido interno de la teoría misma y en el uso o función práctica de la ciencia social, optar por la "neutralidad" o

²⁶ Por supuesto, al destacar aquí la inserción cada vez mayor de la ciencia social institucionalizada en el aparato político y militar del Estado, sobre todo en los Estados Unidos, no se desconocen los esfuerzos, incluso en ese país, de un buen número de cultivadores de las ciencias sociales que no sólo tratan de escapar de esa inserción sino que luchan, en mayor o menor grado, contra ella. En este mismo sentido, cobra un relieve especial el empeño de un sector importante de los trabajadores latinoamericana-

la "liberación" de la ideología es optar por cierta relación (conservadora del *status quo*) con el mundo social. Se trata de una opción de valor no por la ciencia en cuanto tal, sino por la función que la ciencia social puede cumplir con respecto a la práctica social, y por tanto con relación a la práctica misma. Se trata, pues, de una opción no puramente científica, sino ideológica. Después de su inserción cada vez mayor en los aparatos ideológicos del Estado, e incluso en los aparatos militares y de información, no puede haber ya —si es que alguna vez la hubo— una ciencia social inocente.²⁶

nos de la ciencia social que (desde la docencia y la investigación) procuran vincular su labor con las prácticas sociales transformadoras inspirados por una ideología revolucionaria de la liberación nacional y social. Todo esto no hace sino confirmar, una vez más, la vacuidad de los intentos de confinar la ciencia social en el reino de una supuesta "neutralidad ideológica", que, en definitiva, como hemos tratado de demostrar, sólo encubre el empeño de "ideologizar" a la ciencia en un sentido burgués.



Sobre la historia del cristianismo primitivo

Federico Engels

1

La historia del cristianismo primitivo nos ofrece puntos notables de contacto con la del movimiento obrero moderno. El cristianismo, al igual que éste, era en su origen la expresión de los oprimidos y se presentaba primeramente como la religión de los esclavos, los libertos, los pobres, los hombres privados de derecho y de los pueblos subyugados o dispersados por Roma. Ambos movimientos, el cristianismo y el socialismo, predicán el término inmediato de la esclavitud y la miseria: el primero lleva esta libertad aún más allá, a una vida después de la muerte, en el cielo; el segundo la coloca en este mundo, y la concibe mediante una transformación de la sociedad. Ambos son perseguidos y sus partidarios proscritos y sometidos como enemigos a leyes de excepción, unos del género humano y otros del orden social. Y a pesar de todas las persecuciones, podría decirse directamente favorecidas por ellas, uno y otro siguen victoriosamente, irresistiblemente, su camino.

Tres centurias después de su nacimiento, el cristianismo es reconocido por Roma como religión del Estado del imperio universal; en menos de sesenta años el socialismo conquista una posición tal, que

su triunfo definitivo se halla absolutamente asegurado.

El profesor A. Menger, en su *Droit au produit intégral du travail*. [Derecho al producto íntegro del trabajo], se extraña de que en tiempo de los emperadores romanos, vista la colosal concentración de bienes y tierras, y siendo tan grandes los sufrimientos innumerables de la clase trabajadora, compuesta en su mayor parte de esclavos, “el socialismo no se implantara después de la caída del Imperio de Occidente”. Menger no ve, precisamente, que este “socialismo”, en la medida posible de la época, existía, en efecto, y llegaba al poder con el cristianismo. Únicamente que el cristianismo —y esto era fatal, dadas las condiciones históricas de la época— no quería llegar a la transformación social en este mundo, sino más allá, en el cielo, en la vida eterna, después de la muerte, en el inminente “millenium”.

En la Edad Media se manifiesta ya el paralelismo de los dos fenómenos cuando las primeras sublevaciones de aldeanos oprimidos, y particularmente desde la de los plebeyos de las ciudades. Tales sublevaciones, al igual que todos los movimientos de masas de la Edad Media, llevaban necesariamente una máscara religiosa: aparecían como restauradoras del

cristianismo de los primeros tiempos, a raíz de una corrupción invasora; pero detrás de la exaltación religiosa regularmente se ocultaban los más positivos intereses materiales.

Este hecho se manifestaba de una manera positiva en la organización de los tabaritas de Bohemia, bajo la dirección de Juan Zizca, de glorioso recuerdo. Dicho rasgo persiste a través de la Edad Media hasta ir desapareciendo lentamente después de la guerra de los campesinos alemanes, para reaparecer de nuevo después de 1830 en los obreros comunistas. Los comunistas revolucionarios franceses, al igual que Weitling y sus partidarios, invocan el cristianismo primitivo mucho antes que Renán llegara a decir:

“Para tener una idea de las primeras comunidades cristianas, no se necesita sino observar una sección local de la Asociación Internacional de los Trabajadores.”

El literato francés que, por una explotación sin igual, aun dentro del periodismo moderno, ha confeccionado, de la crítica bíblica alemana, la novela eclesiástica *Los orígenes del cristianismo* ignoraba toda la verdad que encerraban sus palabras. Yo quisiera ver, por ejemplo, al antiguo internacionalista leyendo la segunda epístola a los corintios, atribuida a Pablo, sin que en un punto al menos, no se renovasen en él heridas antiguas. Toda la epístola, a partir del capítulo VIII, reproduce el eterno lamento tan conocido: *las cotizaciones no llegan*. Los más celosos propagandistas del año 1865 hubiesen estrechado la mano al que hizo esta frase, cualquiera que fuese, murmurándole al oído con simpática atención: “¡También a ti, compañero, te ocurrió igual!” También nosotros podríamos decir muchas cosas sobre este extremo, pues también en

nuestra asociación había corintios. Dichas cotizaciones que no llegaban a percibirse y que daban vueltas ante nuestros ojos de Tántalo, eran justamente los famosos millones de la Internacional.

Una de nuestras mejores fuentes acerca de los cristianos primitivos es Luciano de Samos, llamado el Voltaire de la antigüedad clásica, que conservaba una actitud igualmente escéptica frente a toda clase de superstición religiosa, y que, por lo tanto, no tenía motivos —ni por creencias paganas ni políticas— para tratar a los cristianos de distinta manera que a cualquier otra asociación religiosa. Por el contrario, se burla de todas por su superstición, lo mismo de los adoradores de Júpiter que de los de Jesús. Desde su punto de vista, que es racionalista por completo, tan inepto es un género de superstición como otro. Tal testigo, imparcial en todo caso, cuenta, entre otras cosas, la biografía del aventurero Peregrinus, que se llamaba Proteo de Parium, del Helesponto. El citado Peregrinus debutó en su juventud, en Armenia, con un adulterio; atrapado *in fraganti*, fue colgado, de acuerdo a la costumbre del país. Afortunadamente para él, pudo escapar con vida y estranguló a su anciano padre, viéndose luego obligado a huir. “Por ese entonces se hizo instruir en la admirable religión de los cristianos, afiliándose en Palestina y uniéndose a algunos de sus sacerdotes y escribas.” Este hombre hizo ver que sólo eran niños. Profeta, tiarsaca y jefe de asamblea, sucesivamente, fue a la vez intérprete de sus libros, explicándolos y escribiendo algo de su cuenta. Muchas gentes considerábanlo como a un dios, un legislador o un pontífice, igual al que fuera crucificado en Palestina, por haber introducido un nuevo culto entre los hombres. Por el mismo motivo fue detenido Proteo y encerrado en la cárcel... “Apenas preso, los cris-

tianos, que se vieron ofendidos en su persona, hicieron cuanto les fue posible para libertarlo; más no consiguiéndolo, le prestaron todo género de servicios con celo e interés incomparables". "Desde temprano acudía alrededor de la cárcel una multitud de viejas, de viudas y de huérfanos. Los jefes principales de la secta pasábanse la noche al lado de Proteo, después que habían corrompido a los carceleros. Hacíanse llevar manjares y leían los libros santos. El virtuoso Peregrinus, que aún se llamaba así, era considerado por ellos como el nuevo Sócrates. Además, algunas ciudades del Asia, le enviaron representantes en nombre de los cristianos para prestarle apoyo, y servirle de abogados y defensores. No era de esperar tal celo en semejantes circunstancias. En resumen, no sólo nada faltó a Peregrinus, sino que bajo el pretexto de su prisión, recibió importantes sumas de dinero y aseguróse una renta considerable."

"Desgraciados como éstos suponen que son inmortales y que vivirán eternamente. Por lo tanto, desprecian los suplicios y se entregan voluntariamente a la muerte. Su primer legislador convenciéoles de que todos eran hermanos. Desde que cambiaron de culto, hicieron renuncia a los dioses de los griegos y adoraron al sofista crucificado, cuyas leyes han seguido. Igualmente han despreciado todos los bienes poniéndolos en común, bastándoles la fe absoluta que tienen en sus palabras. De manera que si se presenta entre ellos un impostor, un pícaro osado, fácil ha de serle enriquecerse pronto, riéndose para sus adentros de la simplicidad de los demás."

Peregrinus pronto quedó en libertad por orden del gobierno de Siria.

Luego de narrar otras aventuras, dice Luciano: "Peregrinus vuelve a su vida errante, acompañándole en sus correrías de vagabundo una tropa de cristianos que le sirven de satélites y atienden en forma

amplia a sus necesidades. En esta forma se hace mantener durante algún tiempo.

"Pero poco después, faltando a algunos de sus preceptos (se le vio, según entiendo, comer algún manjar prohibido), fue abandonado por su cortejo y quedó reducido a la miseria."

¡Cuántas memorias de la juventud despierta en mí la lectura de este pasaje de Luciano! En primer lugar, el "Profeta Albrecht", quien a partir de 1840 y durante algunos años hizo peligrar —en letras— las comunidades comunistas de Weitling, en Suiza. Era un hombre fuerte y de alta talla, de larga barba blanca; recorría a pie la Suiza buscando auditorio que escuchase su nuevo evangelio de emancipación humana. Resultó un ser inofensivo y en buena hora cerró los ojos.

Tuvo un sucesor menos inofensivo, el doctor Jorge Kuhlmann de Holstein, quien aprovechó el tiempo en que Weitling se encontraba preso para convertir a su evangelio a los comunistas de la Suiza francesa, lo que consiguió por cierto tiempo, atrayendo a su causa al más espiritual, al propio tiempo que el más bohemio, de entre ellos: Augusto Bécker. Kuhlmann daba conferencias, que se publicaron en 1845 en Ginebra con el título de *Le nouveau monde ou le royaume de L'ésprit sur la terre. Annonciation*. [El Nuevo Mundo o el reinado del espíritu en la tierra. Anunciación]. En la introducción del libro, probablemente redactada por Bécker, se dice:

"Hacia falta un hombre en labios de quien todos nuestros sufrimientos, nuestras esperanzas y aspiraciones, en fin, todo lo que conmueve más profundamente nuestro tiempo, encontrase eco. Ha aparecido este hombre que esperaba nuestra época. Es el doctor Jorge Kuhlmann, de Holstein. Háse presentado con la doctrina del nuevo mundo, o sea, del reinado del espíritu en la realidad."

Merece la pena dejar sentado que esta doctrina del nuevo mundo era únicamente una manifestación del más vulgar sentimentalismo expresado en una fraseología pseudobíblica, a lo Lamennais, y divulgado con arrogancia de profeta, lo que no evitaba que los buenos discípulos de Weitling llevaran a este charlatán en triunfo como los cristianos del Asia hicieran con Peregrinus. Ellos, que por lo común eran archidemocráticos e igualitarios, que recelaban de todo maestro de escuela, de todo periodista y de quienes pretendían explotarles, dejáronse persuadir por este disparatado Kuhlmann, que en el "nuevo mundo", él mismo, el más sabio, el más prudente, sería quien reglamentaría el reparto de los goces; mientras los discípulos, que tenían que suministrar los placeres que desease el sabio, se deberían contentar con las migajas. Y Peregrinus-Kuhlmann vivió en la alegría y la abundancia... mientras ésto pudo durar.

Mas en verdad no duró mucho. El descontento creciente de escépticos e incrédulos y las amenazas de persecución del gobierno pusieron término al reinado del espíritu de Lausana. Kuhlmann tuvo que desaparecer.

Hechos similares acudirán en tropel a la memoria de cuantos hayan intervenido en los orígenes del movimiento obrero europeo. En la actualidad, estos casos extremos son imposibles, por lo menos en los grandes centros obreros. En las localidades de menor importancia, donde el movimiento se desarrolla en terreno virgen, un Peregrinus de esta especie podría tentar fortuna y aun obtener un resultado relativo y momentáneo.

Y de la misma manera afluyen al partido obrero de todos los países cuantos elementos no tienen nada que esperar del mundo oficial o que son expulsados de él, tales como los adversarios de la vacu-

nación, los vegetarianos, los partidarios de la medicina de los curanderos, los predicadores de las congregaciones disidentes, cuyas ovejas desertaron, los autores de nuevas teorías sobre el origen del mundo, los inventores desgraciados o fracasados, las victimas de contratiempos reales o imaginarios, los imbéciles honrados y los insolentes impostores; igual cosa ocurrió con los cristianos. Todos los elementos que emancipara el proceso de disolución del mundo antiguo, eran sumados, unos después de otros, al círculo de atracción del cristianismo, el elemento único que resistía a esta disolución justamente porque era un producto especial y, por consiguiente, subsistía y se engrandecía, mientras que los otros elementos tenían vida efímera. No se sabe de exaltación, extravagancia, bajeza o pillería que no se produjera en los jóvenes comunistas cristianos. Y como los comunistas de nuestras primeras comunidades, vale decir, los primeros cristianos, eran de una excesiva credulidad en todo cuanto se relacionaba con sus creencias, resulta que no sabemos de manera positiva si entre el gran número de escritos que compuso Peregrinus para la cristiandad, no se han deslizado fragmentos en nuestro *Nuevo Testamento*.

II

La crítica bíblica alemana, que ha sido hasta ahora la única base científica de nuestro conocimiento de la historia del cristianismo primitivo, ha seguido una tendencia doble.

Una de tales tendencias hállase representada por la escuela de Tubinga, a la cual pertenece también en su más amplia acepción, D.F. Strauss. Esta escuela va tan lejos en el examen crítico, como pudiera hacerlo cualquier otra entidad teológica de este género. Acepta que los

cuatro evangelios no son relatos de testigos oculares, y sí recopilaciones de escritos anteriores, y que cuando más son auténticas cuatro de las epístolas atribuidas a San Pablo. Repudia como inadmisibles en la narración histórica, todos los milagros y también las contradicciones. Por lo demás, trata de salvar lo posible, transparentándose, en esta parte, su carácter de escuela teológica. Y es debido a esta escuela que Renán, que se funda en gran parte sobre ella, aplicando el mismo método ha podido salvar muchos otros fragmentos. Aparte de numerosas relaciones del nuevo testamento más que dudosas, pretende imponernos una buena cantidad de leyendas de mártires como históricamente verídicas. En todo caso, lo que la escuela de Tubinga rechaza del *Nuevo Testamento* como apócrifo o no histórico, puede ser considerado como descartado en forma definitiva de la ciencia.

La otra tendencia se halla representada por un solo hombre: Bruno Bauer. Su gran mérito estriba en haber criticado en forma resuelta los evangelios y las epístolas apostólicas y en haber sido el primero en haber procedido seriamente en el examen, no solamente de los elementos judíos y greco-alejandrinos, sino también de los griegos y greco-romanos que al cristianismo abrieron el camino de la religión universal. La leyenda del cristianismo trazada a grandes rasgos, nacida por entero del judaísmo, arrancada de Palestina para conquistar el mundo por medio de un dogma y una ética es imposible de ser sostenida después de Bauer. Desde ese entonces podrá continuar vegetando en las facultades teológicas y en el espíritu de la gente que tratan de conservar la religión para el pueblo, aunque en menoscabo de la ciencia. En el desarrollo del cristianismo, tal como lo eleva Constantino a la categoría de la escuela de Filón, de Alejandría, la vulgar

filosofía greco-romana y en particular la estoica. Mucho dista esta parte de ser precisada en los detalles, pero queda demostrado el hecho, y en él consiste, de una manera preponderante, la obra de Bruno Bauer. Sentó Bauer las bases para la demostración de que el cristianismo no fue llevado al exterior de la judea e impuesto al mundo greco-romano, al menos en la forma que revistió como religión universal, como producto especial de dicha sociedad.

En este trabajo Bauer excedió naturalmente en mucho el objetivo perseguido, tal como ocurre a todos los que combaten inveterados prejuicios. Con el fin de demostrar la influencia de Filón y, particularmente de Séneca, sobre el cristianismo primitivo, hasta en el punto de vista literario, y, de presentar en manera formal a los autores del *Nuevo Testamento* como plagarios de estos filósofos, se ve obligado a retardar un medio siglo la aparición de la religión nueva, a rechazar los datos contrarios de los historiadores romanos y en general a permitirse graves libertades con la historia. Según él, el cristianismo en sí sólo aparece bajo los emperadores Flavios, y la literatura del *Nuevo Testamento* bajo Hadrián-Antonio y Marco Aurelio. De ésta manera desaparece en Bauer todo fondo histórico para las narraciones del *Nuevo Testamento* referentes a Jesús y a sus discípulos, y se disuelve en leyendas, en las que las fases de desenvolvimiento interno y los conflictos de las primeras comunidades se atribuyen a personas más o menos ficticias. Galilea y Jerusalén no son, según Bauer, los lugares en que nació la nueva religión, sino Alejandría y Roma.

Por tanto, si la escuela de Tubinga nos ofrece en la historia y la literatura del *Nuevo Testamento*, el máximo extremo de lo que la ciencia puede aún en nuestros días dejar pasar como sujeto a controver-

sia, Bruno Bauer nos presenta el máximo de lo que puede ser combatido. Entre ambas tendencias se halla la verdad. Que ésta, con los medios de la actualidad, sea susceptible de ser determinada, es cosa que puede parecer problemática. Nuevos descubrimientos, particularmente en Roma, en Oriente y sobre todo en Egipto, contribuirán a ello en mejor manera que toda crítica.

En el *Nuevo Testamento* no hay, por tanto, más que un libro en el que se pueda fijar, con algunos meses de diferencia, la fecha de su redacción. Este libro debió ser escrito en junio del año 67 y en enero o abril del 68. Por lo tanto, pertenece a los primeros tiempos del cristianismo y refleja los embriones del mismo con la seguridad más ingenua y en lenguaje apropiado. En mi opinión, este libro es más adecuado, para determinar lo que fue realmente el cristianismo primitivo que todo el resto del *Nuevo Testamento*, escrito con posterioridad. Este libro es el llamado *Apocalipsis*, de San Juan. Y como este libro por añadidura, que es en apariencia el más oscuro de la Biblia, ha pasado a ser hoy, merced a la crítica alemana, el más comprensible y el más transparente de todos, se me permitirá hablar de él a mis lectores.

Basta echar una ojeada sobre el libro aludido para convencerse del estado de exaltación del autor y del "medio ambiente" en que vivió. Nuestro *Apocalipsis* no es el único de su género y de su tiempo. Entre el año 164 antes de nuestra era, fecha del primero que nos ha sido conservado, el libro llamado de Daniel, hasta unos dos siglos y medio de nuestra era, fecha aproximada del *Carmen*, de Comodiano, Renán llega a contar quince *Apocalipsis* clásicos llegados hasta nosotros, sin contar ulteriores imitaciones (cito a Renán, porque su libro es el más accesible y conocido en los círculos profe-

sionales). En tal tiempo, en Roma y en Grecia, y más todavía en el Asia Menor, en Siria y en Egipto, se aceptaba sin examen y completada con piadosos engaños de un charlatanismo insolente, una mezcla disparatada de las más crasas supersticiones de todos los países, donde desempeñaban un gran papel de taumaturgia, las convulsiones, las visiones, la adivinación del porvenir, la alquimia y otras hechicerías ocultas.

El cristianismo primitivo nació en esta atmósfera y entre gente que estaba, más que toda otra, predispuesta a aceptar lo sobrenatural. También los herejes de Egipto, como entre otras cosas prueban los papiros de Leide, están en el siglo II de la era cristiana entregados fuertemente a la alquimia y han incorporado a sus doctrinas nociones alquimistas. Los matemáticos caldeos y judíos que, como dijera Tácito, fueron por dos veces, durante el reinado de Claudio y el de Vitelio, echados de Roma por practicar la magia, no ejercían otras artes geométricas que las que hallamos en el mismo *Apocalipsis* de San Juan.

Agrégase a esto que todos los *Apocalipsis* se atribuyen el derecho de engañar a sus lectores. No sólo se hallan escritos, por regla general, por personas distintas de sus pretendidos autores, en su mayoría más modernos, (por ejemplo, el libro de Daniel, el de Henoch, los *Apocalipsis* de Esdra, de Baruch, de Judá, etc., y los libros sibilinos) sino que en el fondo no profetizan más que cosas ocurridas tiempo atrás y perfectamente conocidas del verdadero autor. Así, en el año 146, poco antes de morir Antíoco Epifano, el autor del libro de Daniel hace predecir a éste, como viviendo en la época de Nabucodonosor, el ascenso y la decadencia de la dominación persa y la macedónica y la fundación del Imperio mundial de Roma, con el fin de predisponer a sus lec-

tores, mediante esta prueba de sus dones proféticos, a aceptar su profecía final, es decir, que el pueblo de Israel vencerá todos los obstáculos y al fin quedará victorioso. Si el *Apocalipsis* de San Juan es, entonces, obra del que figura como autor, constituye la sólo excepción en la literatura apocalíptica.

El Juan que pasa por autor era, en cierto modo, un hombre muy considerado por los cristianos del Asia Menor. Lo atestigua el tono de las epístolas mínimas a las siete comunidades. Podría ser, entonces que éste fuese el apóstol Juan cuya existencia histórica, si no es por completo auténtica, es por lo menos muy verosímil.

Y si el citado apóstol fuese en realidad el autor, tanto mejor para nuestra tesis. Esto sería la mejor prueba de que el cristianismo de este libro es el verdadero, es el positivo cristianismo primitivo. Se halla probado, digámoslo de paso, que la revelación no es del mismo autor del Evangelio o de las tres epístolas que se atribuyen a Juan.

El *Apocalipsis* consiste en una variedad de visiones. En la primera aparece Jesucristo vestido de gran sacerdote, avanzando entre siete candelabros de oro representando las siete comunidades asiáticas, y dicta a Juan las cartas a los siete "ángeles" de dichas comunidades. Se observa desde sus comienzos la diferencia de este cristianismo, que choca de evidente manera con la religión universal de Constantino, que se adoptó en el concilio de Nicea. La Trinidad no solamente es desconocida aquí, sino que es una imposibilidad. En vez del Espíritu Santo único que después vemos, existen los siete espíritus de Dios "dirigidos por rabinos" (Isaías XI, 2).

Jesucristo es el hijo de Dios, el primero y el único y último, el Alfa y el Omega, persona Dios mismo, no un igual a Dios; por el contrario es "el príncipe de

la creación de Dios", y, por lo tanto, una emanación de Dios, existente en todo tiempo, pero subordinada, semejante a los siete espíritus ya citados.

En el capítulo XV, 3, los mártires "entonan en el cielo el cántico a Moisés, servidor de Dios, y el cántico del cordero", para la gloria de Dios. Jesucristo es crucificado en Jerusalén (IX, 8), pero resucitado (I, 5, 8): es cordero sacrificado por los pecados del mundo, y los fieles de todos los pueblos y de todas las lenguas han sido rescatados a Dios por su sangre. En esto estriba la fundamental concepción que permite al cristianismo convertirse en religión de la tierra entera. La idea de que los dioses, ofendidos por las acciones de los hombres, pudiesen mostrarse propicios a causa de sacrificios realizados, era común a todas las religiones de los semitas y de los europeos. Fue esta la primera concepción fundamental revolucionaria del cristianismo (tomada de la escuela de Filón), que sostiene que merced a un gran sacrificio voluntario, de uno, los pecados de todos los tiempos y de todos los hombres pueden ser expiados de una vez por todas, por los fieles. De esta manera desaparecería la necesidad de todo sacrificio ulterior, y por consiguiente, la base de numerosas ceremonias religiosas que impedían el comercio con hombres de distintas creencias, condición indispensable de una religión universal. No obstante, se hallaba tan arraigado en las costumbres populares el hábito de los sacrificios que el catolicismo, que nuevamente adoptó tantas costumbres paganas, consideró útil acomodarse a esta costumbre introduciendo al menos el sacrificio simbólico de la misa. En cambio en nuestro libro no se halla ningún vestigio del pecado original.

Lo que caracteriza en particular estas epístolas misivas, así como todo el libro, es que nunca ni en ninguna parte se le

ocurre al autor la idea de designarse, él y los suyos, más que como judíos. A los sectarios de Smirna y de Filadelfia, contra los cuales se levanta, díceles: "Ellos se llaman judíos y no lo son: pertenecen a la Sinagoga de Satán." De los de Pér-gamo, añade: "Conservan la doctrina de Ballaam, quien enseñaba a Balac a realizar un escándalo ante los hijos de Israel, a fin de que comiensen cosas que eran sacrificadas a los ídolos, y se entregasen a la fornicación."

Por lo tanto, nos hallamos no ante cristianos conscientes, sino ante gente que se consideran judíos. Sin la menor duda, el judaísmo es una nueva fase del desenvolvimiento del antiguo: por eso, precisamente es el único verdadero. Por tal razón, cuando la aparición de los santos ante el trono de Dios, acuden en primer lugar 144,000 judíos, 12,000 de cada tribu, y únicamente después la innumerable multitud de paganos convertidos a este judaísmo renovado. Nuestro autor hallábase lejos de sospechar, en el año 69 de nuestra era que representaba una fase completamente nueva de la evolución religiosa, destinada a ser uno de los elementos más revolucionarios en la historia del espíritu humano.

Tal como puede verse, el cristianismo inconsciente de entonces estaba muy lejos de ser la religión universal adoptada dogmáticamente por el concilio de Nicea. No se descubre en él ni el dogma ni la ética ulteriores; pero, en cambio, está el sentimiento de que se halla en lucha contra un mundo y de que de ella se saldrá vencedor; un ardor bélico y una seguridad de vencer de la que por completo carecen los cristianos de nuestros días, y que únicamente se encuentran en el polo opuesto de la sociedad: entre los socialistas.

Efectivamente, la lucha contra un mundo todopoderoso y la lucha simultánea de los innovadores entre sí, es común a

los primitivos cristianos y a los socialistas. Los dos grandes movimientos no se realizan por jefes y profetas —aunque no faltan profetas— en uno ni otro; son movimientos de las masas. Y todo movimiento de las masas es, en un principio, necesariamente confuso; confuso, porque todo pensamiento de las masas se mueve en contradicciones, porque carece de claridad y coherencia; además, confuso necesariamente, por el papel que en los comienzos desempeñan los profetas. Dicha confusión se manifiesta en la formación de numerosas sectas que se combaten entre sí con tanto encarnizamiento, por lo menos, como contra el enemigo común de afuera.

Tal ocurrió en el cristianismo primitivo; ocurrió también en los albores del movimiento socialista, por muy sensible que fuese para las personas honradas y bien intencionadas que predicaban la unión cuando la unión no era posible entonces.

¿Es que la Internacional se hallaba en estado de cohesión debido a un dogma único? En manera alguna. Había en ella comunistas de acuerdo con la tradición francesa anterior a 1848, quienes a su vez, representaban matices diversos; comunistas de la escuela de Weitling y de otras todavía pertenecientes a la liga regenerada de los comunistas; prudhonianos, que eran el elemento que predominaba en Francia y en Bélgica; blanquistas; el partido obrero alemán; y por último los anarquistas bakuninistas, que en un momento llegaron a dominar. Y todavía estos no eran sino los grupos principales. A partir de la fundación de la Internacional, fue necesario un cuarto de siglo para efectuar de manera general y definitiva la división con los anarquistas y para establecer un acuerdo cuando menos sobre los principales puntos de vista económicos. Y esto con los medios nuestros de comunica-

ción, ferrocarriles, telégrafos, grandes ciudades industriales, prensa y reuniones públicas.

Igual división existió entre las innumerables sectas de los primeros cristianos, que dio lugar a la discusión que había de producir la unidad ulterior. Esta misma división la vemos manifiesta en este libro, a no dudarlo el documento cristiano más antiguo y en el cual el autor fulmina contra ella con la misma cólera que contra el resto del mundo pecador. La emprende primeramente contra los nicolaítas de Efeso y de Pérgamo que se llaman judíos, pero que son de la Sinagoga de Satán en Smirna y en Filadelfia; contra los partidarios de la doctrina del falso profeta, el llamado Ballaam de Pérgamo; contra quienes dicen ser profetas y no lo son, en Efeso; y, para terminar, contra los partidarios de la falsa profetisa conocida con el nombre de Jezabel, en Tytira. Nada conocemos de un modo preciso de estas sectas; solamente se dice de los sucesores de Ballaam y de Jezabel que comen manjares sacrificados a los ídolos y que se entregan a la fornicación.

Se ha querido hacer pasar estas cinco sectas como otros tantos cristianos paulinos y todas las epístolas como dirigidas contra Pablo, el apóstol famoso, el pretendido Ballaam y "Nicolás". Los argumentos poco convincentes que se esgrimen se hallan reunidos en *San Pablo*, de Renán (París 1869, páginas 303, 305, 367-370). Todos tienden a explicar nuestras epístolas misivas por los actos de los Apóstoles y las epístolas llamadas de Pablo, escritos que en su actual redacción son posteriores sesenta años a la Revelación, pues los datos relativos a los mismos son bastante dudosos y se contradicen absolutamente entre sí. Pero soluciona el problema suponer que no es fácil que al autor se le haya ocurrido dar a una sola y misma secta cinco designaciones distintas:

dos para la de Efeso (falsos apóstoles y nicolaítas) y dos también para Pérgamo (los balamitas y los nicolaítas), y a éstos designándolos expresamente como dos sectas distintas. No queremos negar, sin embargo, que entre estas sectas pudiese haber elementos que hoy se considerarían como pertenecientes a las sectas de los paulinos.

En las dos partes en que particulariza la acusación, se limita al consumo de cosas sacrificadas a los ídolos y la fornicación, dos puntos sobre los que los judíos —lo mismo los antiguos que los judíos cristianos— estaban en perpetua disputa con los paganos convertidos. Servíase la carne procedente de los sacrificios paganos no sólo en los festines, donde podía parecer inconveniente y resultar peligroso el rehusar las viandas, sino que además se vendía en los mercados públicos, donde no era muy posible discernir si era o no Koscher. Por fornicación, estos mismos judíos no solo comprendían el comercio sexual fuera del matrimonio, sino el mismo matrimonio en los grados de parentesco prohibidos, o bien entre judíos y paganos, y éste es el sentido que generalmente se ha dado a la frase en el pasaje de las Actas de los Apóstoles (XV, 20 y 29).

Pero Juan, el que consideramos, tiene su manera de apreciar cuanto atañe al comercio sexual permitido a los judíos ortodoxos, y al efecto dice (XIV, 4) de los 144,000 judíos celestes: "Estos no se contaminaron con las mujeres, pues son vírgenes." Y de hecho, en el cielo de nuestro Juan no hay ni una mujer. Pertenece, entonces, a esta tendencia, que igualmente se manifiesta en otros escritos del cristianismo primitivo, que considera pecado el comercio sexual en general.

Si se tiene en cuenta además que llama a Roma la gran prostituida, con la

cual han fornicado los reyes de la tierra y que embriagó con el vino de la prostitución a los habitantes del mundo, y que los comerciantes de la tierra se enriquecieron con el exceso de su lujo, es imposible dar a las palabras de la epístola el sentido estricto que el apocalíptico teólogo quisiera atribuirle con el único fin de obtener una confirmación para otros pasajes del *Nuevo Testamento*. Por lo demás, determinados pasajes señalan con claridad un fenómeno común a todas las épocas profundamente perturbadas, a saber, que al propio tiempo que se estreman todas las barreras, se hacen menos tenso los lazos tradicionales del comercio sexual. En los primeros siglos del cristianismo, al lado del ascetismo que mortifica la carne, se manifiesta con frecuencia la tendencia encaminada a extender la libertad cristiana a las relaciones, más o menos desprovistas de obstáculos, entre hombres y mujeres. Lo mismo ha acontecido en el movimiento socialista moderno.

¡Qué santa indignación no provocó después de 1830, en la Alemania de esos días —“Esa piadosa muchacha”, como la llamaba Heine— la rehabilitación de la carne sansimoniana! La más indignada fue la gente aristócrata, (puesto que en 1830 no existían clases entre nosotros), y que en Berlín, al igual que en sus propiedades del campo, no sabían vivir sin una rehabilitación siempre reiterada de la carne. ¡Qué habrían dicho esas buenas gentes, si hubieran conocido a Fourier, el cuál ponía en perspectiva para la carne muchas otras diabluras! Pasados esos utopismos, estas extravagancias fueron substituidas por nociones racionales y mucho más radicales en realidad. Y dado que la Alemania de la “piadosa muchacha” de Heine ha pasado a ser el centro del movimiento socialista, búrlese de la indignación hipócrita del mundo aristocrático.

Tal es todo el contenido dogmático de

las epístolas. Acerca de lo demás, excitan a los camaradas a la propaganda enérgica, resuelta y valerosa de su fe ante los adversarios, y al combate sin tregua contra el enemigo, tanto de dentro como de fuera. En lo que se relaciona con estos extremos, muy bien hubiesen podido ser escritos por un entusiasta, aun sin ser profeta, de la Internacional.

III

Las epístolas misivas no son sino la introducción al tema verdadero de la comunicación de nuestro Juan a las siete comunidades del Asia Menor, y con ellas a todo el judaísmo reformado del año de 69, del cual más tarde saliera la cristianidad. Y entramos aquí en el santuario del cristianismo.

¿Entre qué gentes fueron reclutados los primeros cristianos? Entre los “caídos y oprimidos”, principalmente pertenecientes a las más bajas capas del pueblo, según conviene a un elemento revolucionario; y ¿de quiénes se componían estas capas? En las ciudades, de hombres libres, de degenerados de toda clase, de gentes semejantes a los meanwhites de los Estados esclavistas del Sur, de los aventureros y de los vagabundos europeos de las ciudades marítimas coloniales y chinas, de los libertos y de los esclavos en particular. En los latifundios de Italia, de Sicilia y de Africa, de esclavos y en los distritos rurales de las provincias, de pequeños campesinos, cada vez más esclavizados por las deudas. No existía una senda común de emancipación para elementos tan diversos. Para todos, el paraíso perdido se encontraba detrás de ellos. Para el hombre libre, degenerado, la polis, ciudad y estado a la vez, de la cual sus antepasados en otro tiempo habían sido ciudadanos libres. Para los prisioneros de guerra,

esclavos, la era de la libertad antes de la esclavitud y de la cautividad; para el pequeño aldeano, la sociedad gentil y la comunidad del suelo que veían anuladas. La mano de hierro del conquistador romano lo había destruido todo.

El grupo social que estableció la antigüedad, fue la tribu y la confederación de las tribus emparentadas, agrupación basada, entre los bárbaros, en lazos de consanguinidad; entre los griegos, fundadores de ciudades, y los italias basadas sobre la *polis*, comprendiendo una o diversas tribus. Felipe y Alejandro dieron a la península helénica la unidad política, pero de ella no resultó la formación de una nación griega. Las nacionalidades no fueron posibles sino hasta después de la caída del imperio mundial de Roma. Acabó esto de una vez para siempre con los grupos pequeños. La fuerza militar, la jurisdicción romana y la organización para la percepción de los impuestos disolvieron completamente la organización transmitida de épocas anteriores. A la pérdida de la independencia y de la organización particular, se sumó el pillaje realizado por las autoridades militares y civiles, las que comenzaban por despojar de sus tesoros a los sometidos para prestárselos de inmediato de nuevo, a fin de poderlos estrujar otra vez. El peso de los impuestos y la necesidad de dinero que originaban terminaban por arruinar a los labriegos e introducían una gran desproporción en las fronteras, esto es, dando más riquezas a los ricos y empobreciendo más y más a los pobres. Y era desesperada toda resistencia de las tribus pequeñas o de las ciudades al gigantesco poder de Roma. ¿Qué remedio quedaba, entonces, a los siervos y a los oprimidos, a los empobrecidos? ¿Qué solución común para estos grupos humanos diversos, de intereses distintos u opuestos? Precisaba, no obstante, encon-

trar uno, dado que un gran movimiento revolucionario los empujaba a todos.

Dicha solución fue encontrada, pero no en este mundo. En aquel estado de cosas, únicamente la religión podía ofrecerla. Se iniciaba un nuevo mundo. La existencia del alma después de la muerte corporal, habíase convertido paulatinamente en un artículo de fe, reconocido generalmente en el imperio romano. Además, en todas partes cada día era más admitida la existencia de penas y de recompensas para los muertos, según las acciones cometidas durante su vida. A las recompensas, realmente se les concedía poco crédito. Por su naturaleza, la antigüedad era demasiado materialista para no conceder infinitamente más valor a la vida real que a la del reino de las sombras. Entre los griegos, la inmortalidad era considerada más bien como una desgracia.

Pero llegó el cristianismo, que tomó en serio las penas y las recompensas en el otro mundo, creando el cielo y el infierno, y ahí tenemos encontrado el camino para conducir al paraíso eterno a los caídos y oprimidos de este valle de lágrimas. En realidad, se precisaba la esperanza de una recompensa en ultratumba para llevar a elevar el reconocimiento al mundo del ascetismo estoico filoniano, a un principio ético fundamental de una religión nueva capaz de arrastrar a las masas oprimidas.

La muerte, sin embargo, no abre fácilmente este paraíso celeste a los fieles. Ya hemos de ver que este reino de Dios, del cual la nueva Jerusalén es la capital, se conquista y se abre solamente después de formidables luchas con las potencias infernales. Los primeros cristianos imponían estas luchas como inminentes.

Desde el principio, nuestro Juan señala a su libro como revelación de lo que ha de ocurrir pronto; poco después, en el versículo 3, dice: "Bienaventurado el que

lee y los que escuchan las palabras de esta profecía, pues el tiempo se halla próximo;" a la comunidad de Filadelfia, Jesucristo hace que le escriban: "Yo vendré pronto." Y en el último capítulo dice el ángel que ha manifestado a Juan "las cosas que han de ocurrir pronto", ordenándole que "no esconda las palabras de la profecía del libro, porque el tiempo se halla próximo". Y el mismo Jesús por dos veces dice en los versículos 12 y 20: "vendré pronto." A continuación vamos a ver cómo era esperado este bien pronto.

Todas las visiones apocalípticas que el autor hace pasar enseguida ante nuestros ojos son literalmente copiadas, en su mayoría, de modelos anteriores, en parte de los profetas clásicos del *Antiguo Testamento*, sobre todo de Ezequiel, en parte de los *Apocalipsis* posteriores compuestos de acuerdo con el prototipo del libro de Henoch, conocido al menos parcialmente en aquella época.

Los críticos han demostrado hasta los menores detalles de donde nuestro Juan copió todas las imágenes, todos los pronósticos siniestros, todos los azotes infligidos a la incrédula humanidad; en una palabra, de donde extrajo los materiales para su libro. Muestra igualmente, no sólo una pobreza de espíritu poco común, sino que él mismo proporciona la prueba de que sus pretendidas visiones y convulsiones no las vivió nunca, ni aún en la imaginación, como las pintara.

Esta, es, en breves palabras, la síntesis de tales apariciones. Juan ve a Dios sentado en su trono, sosteniendo en la mano un libro cerrado de siete sellos. Se halla enfrente el cordero (Jesús) como inmolado, pero nuevamente vivo, que ha creído prudente abrir los sellos. La apertura de los sellos es seguida de señales y de peligros amenazadores. Al quinto sello, percibe Juan bajo el altar de Dios

las almas de los mártires que habían sido muertos por propagar la palabra divina, los cuales clamaban a grandes voces, diciendo: "Señor, ¿No juzgas aún, ni vengas tampoco, nuestra sangre con los que viven en la tierra?" Le entrega un vestido blanco a cada uno, induciéndoles a tener un poco más de paciencia aún, pues quedan todavía otros mártires que sacrificar.

No se trata aquí, pues, de la "religión del amor", del "amad a los que os odian", "benedicid a aquéllos que os maldigan", etc., etc. Predicase aquí abiertamente la venganza, el odio, la honrada venganza descargada contra los enemigos de los cristianos. Y lo mismo acontece en todas las páginas del libro. Cuando más próxima se halla la crisis, cuando más a menudo llueven del cielo azotes y juicios, más alegría experimenta nuestro Juan cuando anuncia que la mayor parte de los hombres no se arrepienten, que se oponen a hacer penitencia de sus pecados, que sobre ellos caerán nuevos azotes, que el Cristo ha de gobernarles con cetro de hierro y aplastarles con la cólera de Dios, y que, a pesar de todo, los incrédulos siguen obstinados. Tal es el sentimiento natural, desprovisto de toda hipocresía, puesto que se halla en lucha y *en la guerra como en la guerra*. Al abrir el séptimo sello, preséntanse siete ángeles con trompetas; cada vez que un ángel toca, llegan nuevos horrores. Al séptimo toque de la trompeta aparecen en escena siete nuevos ángeles que llevan siete cálices de oro con la cólera de Dios, que son derramados sobre la tierra. Y nuevamente llueven azotes y juicios en fastidiosa repetición de cuanto ya se ha dicho cantidad de veces. Después se presenta la mujer de Babilonia, la gran prostituida, que viste de púrpura y escarlata, sentada sobre las aguas, embriagada con la sangre de los santos y de los mártires de Jesús.

Es la gran ciudad cuyo imperio se extiende sobre los reyes de la tierra. Hállase asentada sobre una bestia de siete cabezas y de diez cuernos. Las siete cabezas son otras tantas montañas y también son siete "reyes". Cinco de éstos se encuentran caídos, uno está en pie y el séptimo debe llegar. Aparece luego un octavo, el cual estaba herido de muerte, pero que ha curado. Reinará éste sobre la tierra cuarenta y dos meses, o sea, tres años y medio (la mitad de una semana de siete años cada una), perseguirá a los fieles hasta la muerte y hará triunfar a los profanos.

Enseguida se libra la gran batalla decisiva. Los santos y los mártires son vengados con la destrucción de Babilonia, de la gran prostituida, y de todos sus partidarios, es decir, de la gran mayoría de los hombres. El diablo vése precipitado al abismo y allí es encadenado por mil años, durante los cuales reina el Cristo con los mártires resucitados. Transcurrido el milenio, el diablo es desencadenado y en una postrera batalla de espectros es definitivamente vencido. Acontece una segunda resurrección, resucitan el resto de los muertos y comparecen ante el trono de Dios (no de Cristo, téngase en cuenta), y los fieles penetran en un nuevo cielo, en una nueva tierra y en una nueva Jerusalén, en la vida eterna, en fin. Del mismo modo que toda esta armazón está levantada con materiales exclusivamente judíos, precristianos, así ofrece también, en forma casi exclusiva concepciones judías.

Desde que el pueblo de Israel empezó a hallarse en desgracia, es decir, desde que pasó a ser tributario de Asiria y de Babilonia hasta que fue sometido a los seléucidas, o sea desde Isaías hasta Daniel, en las horas de las tribulaciones se profetizó la venida de un salvador providencial. En el capítulo XII, 1, 3, de Daniel,

hállase la profecía del descendimiento de Miguel, el ángel protector de los judíos que los libra de su esclavitud. "Resucitarán muchos muertos," habrá una especie de juicio final, "y los que hayan sufrido persecuciones de la justicia lucirán como estrellas para toda la eternidad". De cristiano se observa únicamente aquí la insistencia sobre la inminencia del reinado de Jesucristo y sobre la felicidad de los resucitados, de los mártires en particular.

A la crítica alemana, y en particular a Ewald, Lucke y Fernando Benary, debemos la interpretación de esta profecía, tanto más importante cuanto que se refiere a los acontecimientos de la época. Gracias a Renán esta interpretación penetró otros círculos ajenos a los círculos teológicos.

Babilonia, la gran prostituida, significa, según se ha visto, la ciudad de las siete colinas. De las cabezas sobre las cuales se encuentra sentada, dice (XVII, 9, 11): "Las siete cabezas son otras tantas montañas y también son siete reyes. Cinco de éstos hállanse caídos, uno queda en pie y el séptimo debe venir. Cuando llegue aquí, tendrá que esperar algún tiempo. Y la bestia que era, y no es, resulta el octavo rey, que procede de los siete, pero que se encuentra a punto de fencer."

La bestia es, entonces, la dominación mundial de Roma, sucesivamente representada por siete emperadores, uno de los cuales fue herido de muerte y no reina ya, pero que fue curado y volverá con el fin de implantar el reinado de la blasfemia y de la rebelión contra dios, "siéndole dado hacer la guerra a los santos o fieles y vencerlos. Fuéle dada potestad sobre toda la tribu, lengua y nación, de modo que será adorado por todos los que viven sobre la tierra cuyos nombres no se hallan escritos en el libro del cordero".

“Y hacía que todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, libres y esclavos, adoptaran una seña, o el nombre de la bestia, o el número de su nombre. Tal, la discreción. Que quien posee inteligencia cuente el número de la bestia, pues es un número de hombres, y este número es seiscientos sesenta y seis.” (XIII, 7-118).

Así vemos, que el boicot aparece citado aquí como una medida a ser empleada por el poder romano contra los cristianos, que es, pues, manifiestamente una invención del diablo; y pasemos ahora a la cuestión de saber quién es este emperador romano que ya reinó, que ha sido herido de muerte y que vuelve como octavo de la serie para hacer el papel de Anticristo.

Después de 1) Augusto nos encontramos; 2) Tiberio; 3) Calígula; 4) Claudio; 5) Nerón; 6) Galba, “Cinco cayeron; es él”. A saber, Nerón ha caído ya. Es Galba. Galba reinó desde el 9 de junio del 68 hasta el 15 de enero del 69. Pero apenas se hubo sentado en el trono, las legiones del Rhin se levantaron bajo Vite-lio, mientras en otras provincias distintos generales prepararon sublevaciones militares. En la misma Roma subleváronse los pretorianos; dieron muerte a Galba y proclamaron emperador a Othón. De ello se desprende que nuestro *Apocalipsis* fue escrito bajo el reinado de Galba, indudablemente hacia el final de su reinado o cuando más tarde durante los tres meses (hasta el 15 de abril del 69) del reinado de Othon, el séptimo. Pero ¿quién es el octavo, que fue y ya no es? El número 666 lo pondrá de manifiesto.

Entre los semitas —caldeos y judíos— de esta época se hallaba muy en boga un arte mágico basado en el significado doble de las letras. Desde unos tres siglos antes de nuestra era, las letras hebraístas eran empleadas como cifras: a = 1, b = 2, c = 3, d = 4 y así sucesivamente. Luego,

los adivinos cabalistas sumaban el total de los valores numéricos de las letras de un nombre, y con la suma total obtenida por la formación de palabras o de combinaciones de palabras de un mismo valor numérico que contenían las inducciones, trataban de prejulgar el porvenir de aquél a quien contenía el nombre. Paralelamente se expresaron palabras en esta lengua de cifras. Este arte tenía un nombre griego, *ghematria* (geometría), y los caldeos que lo ejercían como un oficio, a quienes Tácito designa como *matematici* fueron arrojados de Roma.

Justamente mediante esta matemática es como ha sido formado el número 666. Detrás de él se oculta el nombre de uno de los cinco emperadores romanos. Ireneo conocía a fines del siglo II, además del número 666, la variante del 616, que databa también de una fecha en que el enigma de las cifras aún era conocido. Si la solución responde igualmente a los dos números, es cierta.

Fernando Benary ha encontrado esta solución. El nombre es Nerón. El número se halla fundado en las palabras Nerón Kesar, la transcripción hebraica, según lo confirman el Talmud y las inscripciones palmarias del griego Neron Kaiser, Nerón emperador, que lleva inscrito en la moneda de Nerón acuñada en las provincias del Este del Imperio. Así: n (Núm) = 50, r (rech) = 200, V (vav) por 0 = 6, n (núm) = 50, R (Raph) = 100, s (samech) = 60 y r (rech) = 200; total 666. Luego, tomando por base la forma latina, Nerón César, la segunda n (número) queda suprimida, y obtendremos 666 — 50 = 616, la variante de Ireneo.

Efectivamente, el imperio romano estaba en tiempos de Galba en constante desorden. Galba mismo, al frente de las legiones de España y de Galia, había marchado sobre Roma para destronar a Nerón quien huyó y se hizo dar muerte.

por un liberto. Conspiraban contra Galba, no sólo los pretorianos de Roma, sino también los comandantes de las provincias. En todas partes aparecían pretendientes al trono haciendo preparativos para dirigirse sobre la capital. El imperio se encontraba abocado a una guerra intestina; su caída parecía inminente. Para colmo, se difundió el rumor de que Nerón no había muerto sino que se había refugiado entre los parthos y que pasaría el Eufrates y llegaría con un fuerte ejército para inaugurar un nuevo y más sangriento reinado de terror. A causa de tal rumor, el Asia y el Acaya fueron particularmente puestos en conmoción.

Y precisamente en el instante en que el *Apocalipsis* ha debido ser compuesto apareció un falso Nerón, que se estableció en la isla de Cinos, la moderna Thermia, en el mar Egeo, próxima a Patmos, en el Asia Menor, hasta que fue muerto en tiempos de Othón. ¿Qué tiene de extraño que entre los cristianos, blanco de las primeras grandes persecuciones de Nerón, se difundiese la idea de que debía volver como Anticristo, que su vuelta y una nueva y más seria tentativa de exterminio de la joven secta serían el preludio de la venida de Cristo, de la gran batalla victoriosa contra las potencias del infierno del reino de mil años "próximo" a establecerse, y cuya cierta venida hizo que los mártires fuesen contentos a la muerte?

La literatura cristiana de los dos primeros siglos guarda bastantes indicios de que el secreto del número 666 era conocido entonces de gran número de personas. Ireneo, que lo ignoraba, sabía, por el contrario, como muchos otros que vivieron hasta fines del siglo III que la bestia del *Apocalipsis* significaba Nerón, quien volvería. Después, se pierde esta última huella, y nuestro *Apocalipsis* es entregado a la fantástica interpretación de adivinos ortodoxos. Yo mismo he cono-

cido ancianos que, según los cálculos de Juan Albrecht Bengel, esperaban el juicio final para el año 1836. La profecía se realizó al pie de la letra. Sólo que el juicio final no alcanzaba al mundo de los pecadores, sino a los intérpretes piadosos del mismo *Apocalipsis*, pues en este mismo año de 1836, F. Benary proporcionó la clave del número 666 y puso término a todo ese cálculo de adivinaciones, a este nuevo *ghematriah*.

Del reino celeste, reservado a los fieles, nuestro Juan nos ofrece solamente una descripción del exterior. Según las nociones de la época, la nueva Jerusalén se halla construida sobre una llanura bastante extensa; un cuadro de 1,200 estadios cuadrados = 2,227 kilómetros² (más de la mitad de los Estados Unidos de América), edificado en oro y piedras preciosas. Dios vive allí en medio de los suyos, a quien alumbra en lugar del radiante sol. La muerte no es conocida; no hay dolores, clamores, ni trabajo. Junto a la ciudad corre un río de agua en cuyas orillas crece el árbol de la vida, que produce doce frutos: uno cada mes. Las hojas del árbol son "para la salud de los gentiles". Allí viven los santos por los siglos de los siglos.

Así, de esa manera estaba formado el cristianismo en su antesala, el Asia menor, hacia el año 68, en lo que del mismo conocemos. En él no hay indicio alguno de una trinidad; está solamente el viejo Jehová, uno e indivisible, del judaísmo decadente, de donde se eleva del Dios nacional judío al único, al primer Dios del cielo y de la tierra, donde pretende dominar sobre todos los pueblos, prometiendo la gracia a los que se convierten y el exterminio sin misericordia a los rebeldes, fiel en este sentido al antiguo *parcere subjectis ac debellare superbus*. También es este mismo Dios quien preside el juicio final, y no es Je-

sucristo, como en los relatos ulteriores de los Evangelios y Epístolas. Conforme a la doctrina persa de la emancipación conocida como del judaísmo decadente, Cristo es el cordero que emana del Dios de toda la eternidad, lo mismo que "los siete espíritus de Dios", aunque ocupando ahora un rango inferior. Deben estos espíritus su existencia a un pasaje poético mal interpretado (Isaías, XI, 2). No son Dios ni iguales a él, sino que están sometidos a él. El cordero se ofrece en forma espontánea al sacrificio expiatorio, para los pecados del mundo, y por este elevado hecho se ve promovido de grado en el cielo. En todo el libro, este sacrificio le es considerado como un acto extraordinario, y no como una acción impetuosa con necesidad de lo más profundo de su ser. En toda la corte celestial de los antiguos hay siempre ángeles, santos y querubines.

Para poder constituirse en religión, el monoteísmo en todo tiempo, a partir del Zendavesta, debió hacer concesiones al politeísmo. Entre los judíos, la conversión de los dioses paganos y sensuales, persiste en estado crónico hasta que, después del destierro, la corte celestial, modelada sobre el modelo persa, acomoda la religión algo mejor a la imaginación popular. El mismo cristianismo, aún después de que sustituyó el culto al inmutable Dios de los judíos por el misterioso Dios Trinitario, diferenciado en sí mismo, sólo pudo suplantarse el culto de los antiguos dioses entre las masas por el de los santos. El culto de Júpiter, según Fallmerayer, no se extinguió en el Peloponeso, en la Maina y en Arcadia hasta el siglo IX (*Histoire de la peninsule de la Morée*, I, pág. 227). Únicamente la era burguesa moderna y su protestantismo separan los santos a su vez y toman en serio el monoteísmo.

Pero nuestro *Apocalipsis* no conocía el dogma del pecado original ni la justifi-

cación por la fe. La fe de dichas primeras comunidades, de temperamento belicoso, jovial, difiere totalmente del de la iglesia triunfante posterior. Al lado del sacrificio expiatorio del cordero, la próxima llegada de Cristo y la inminencia del reinado milenarío, constituyen el contenido esencial. Y lo que se manifiesta en ella es la activa propaganda, la lucha sin tregua contra el enemigo de dentro y de fuera, la confesión altiva de sus convicciones revolucionarias ante los jueces paganos, el martirio sufrido con valor ante la certidumbre de la victoria.

Tal como hemos visto, el autor no sospecha que él sea otra cosa más que judío. En consecuencia, en su libro no alude al bautismo. También hay indicios que hacen suponer que el bautismo es una institución del segundo periodo cristiano. Los 144,000 judíos creyentes son "marcados", no bautizados. Juan dice de los santos del cielo: "son los que lavaron sus ropas con la sangre del cordero," no habla ni una palabra del bautismo. Los dos profetas que preceden a la aparición del Anticristo (C. VI) tampoco bautizan, y en el capítulo XIX, 10, no es el bautismo la manifestación de Jesús, sino el espíritu de la profecía. Al poco tiempo de ser instituido el bautismo, hubiese sido natural que se hablara de él en todas estas circunstancias. Podemos deducir, pues, casi con certeza, que Juan no conocía el bautismo, y que éste no fue introducido hasta que los cristianos se separaron definitivamente de los judíos.

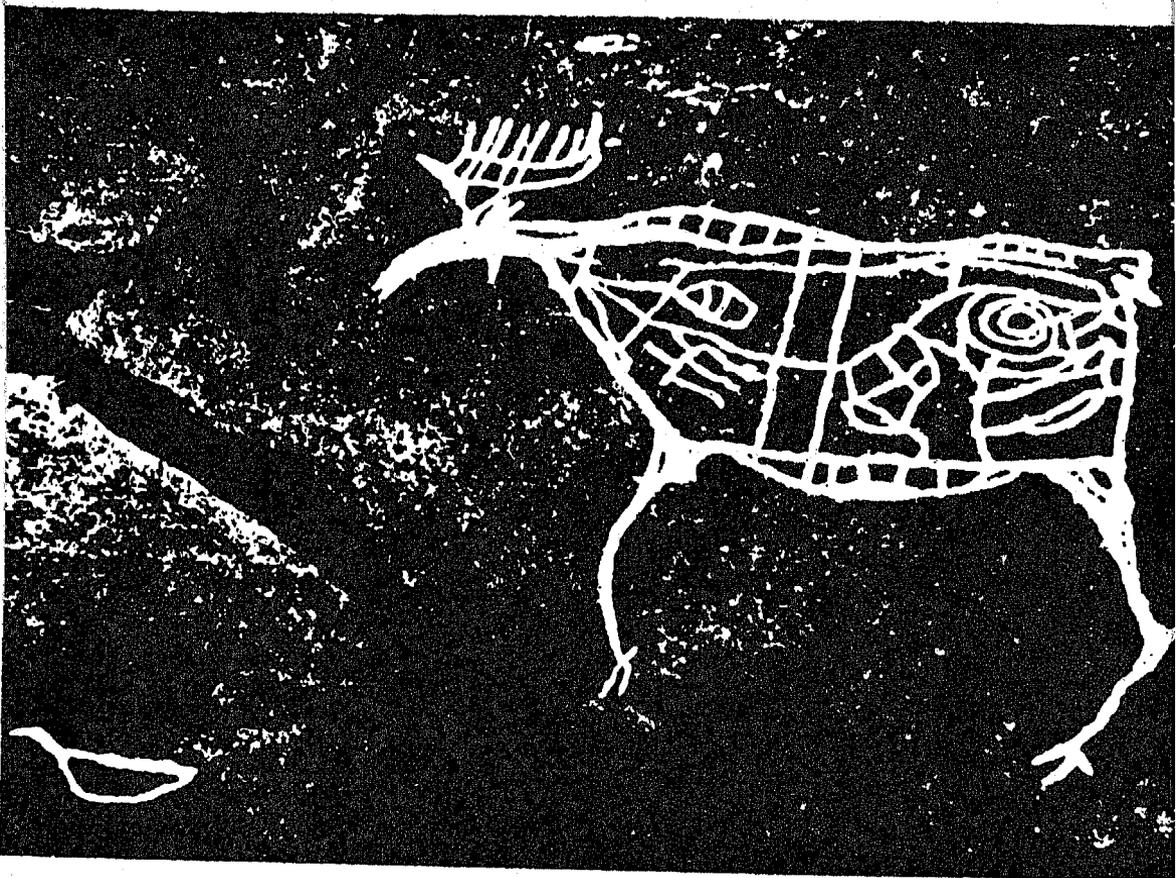
Ignora asimismo nuestro autor el segundo sacramento, la eucaristía. Si en el texto de Lutero, Cristo promete a todo tiaritano que perseverase en la fe, entrar en su casa y hacer la primera comunión, con él, ello es debido a una falsa interpretación. En el griego se lee *deipnéso*, yo cenaría (con él), y la palabra es correctamente vertida así en las biblias in-

glesa y francesa. De la Cena, como festín conmemorativo, no hablaremos aquí.

Dicho libro, con su fecha tan singularmente auténtica, es sin duda el más antiguo de toda la literatura cristiana. Ningún otro hállase escrito en una lengua tan bárbara, donde abundan los hebraísmos, las construcciones inverosímiles y las faltas gramaticales. Únicamente los teólogos de profesión u otros historiógrafos interesados pueden negar que los Evangelios y los Actos de los Apóstoles son recomposiciones tardías de escritos ya desaparecidos, en los cuales no se descubre la menor base histórica; que las tres o cuatro cartas apostólicas, aun reconocidas como auténticas por la escuela de Tubinga, no representan tampoco, después del penetrante análisis de Bruno Bauer, sino escritos de una época posterior, o, en el mejor caso, composiciones más antiguas de autores ignorados, enmendadas y embellecidas mediante gran número de adiciones.

Para nosotros importa poseer en esta obra, cuyo periodo de redacción permite quedar establecido con un pequeño margen de un mes, un libro que nos presenta el cristianismo bajo su forma más rudi-

mentaria, bajo la forma comparada con la religión del estado del siglo IV, terminada de elaborar, con su dogmatismo y su mitología, como la mitología aún vacilante de los germanos de Tácito, presentaba la mitología de Edda, plenamente elaborada bajo la influencia de antiguos elementos cristianos. El germen de la religión universal se halla allí, pero contiene indistintamente las mil posibilidades de desenvolvimiento que se manifiestan en las innumerables sectas ulteriores. Este trozo más antiguo del cristianismo, que tiene para nosotros un valor particular, nos demuestra en su integridad lo que el judaísmo, bajo la poderosa influencia de Alejandría, hiciera para el cristianismo. Lo demás es acción occidental greco-romana. Fue necesaria la mediación de la religión judía monoteísta para hacer revestir al monoteísmo erudito de la filosofía vulgar griega la única forma bajo la cual podía propagarse entre las masas. Solamente cuando se haya descubierto esta mediación podrá convertirse en religión universal en el mundo greco-romano, continuando desenvolviéndose para fundirse en el sistema de ideas donde se agitaba aquel mundo.



Tendencias actuales del movimiento obrero norteamericano*

Sidney Peck

En el periodo inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial, el movimiento sindical en Estados Unidos dio muestras de una nueva militancia que, debido a una política de no huelga, había estado contenida durante los años de la guerra. Un fuerte desempleo junto con demandas masivas por consumo de bienes y vivienda impulsaron a los obreros a involucrarse en tenaces luchas salariales. Cuando varias de las hermandades ferrocarrileras se negaron a trabajar, el Presidente Harry Truman se vio obligado a amenazar con encargar a las tropas federales del manejo de los ferrocarriles en la primavera de 1946. Durante este mismo año, tuvieron lugar huelgas y paños obreros en todas las ciudades industriales importantes del país.¹ En Milwaukee, Wisconsin, el centro principal en la producción de maquinaria y equipo industrial diversificado, se desencadenó una huelga de meses de duración en la planta industrial Allis-Chalmers. En marzo de 1946, un sindicato de trabajadores de la industria automotriz dirigido por la izquierda votó por abrumadora mayoría ir a la huelga en contra de la corporación más poderosa del área. Más de todo un año después,

el sindicato sufrió una grave derrota. Desgarrado por una división interna en el Sindicato de obreros de la industria automotriz (UAW) respecto a la acusación de "comunismo" y enfrentado a la sólida unidad de una comunidad de negocios antiobrero, no se concedió siquiera a los obreros de Allis-Chalmers una representación sindical local en la sesión final de las negociaciones. Esta huelga perdida puede considerarse un caso clásico para entender en qué manera se rompió y controló la insurgencia obrera de la posguerra mediante una ola de acciones legislativas y anticomunistas internas. Las acusaciones de comunismo y la Taft-Hartley Act eran mecanismos gemelos para acabar con la insurgencia de la posguerra en la militancia obrera. Es de bastante interés observar que la huelga de los obreros de Allis-Chalmers empezó el mismo mes que Winston Churchill, a invitación de Harry Truman, habló en Fulton, Missouri, haciendo un llamamiento para que los EE.UU. asumieran su responsabilidad imperial al llevar a cabo una guerra fría global contra el "expansionismo comunista". En tres años, los sindicatos de izquierda fueron expulsados de la CIO.² Y

* Traducido del inglés por Isabel Vericat.

¹ Art Press, *Labor's Giant Step*, Pioneer Publishers, Nueva York, 1964, pp. 257-283.

² Para un tratamiento detallado del tema consultar Frank Emspak, "The Break-up of

los líderes dominantes tanto en la AFL como en la CIO, exceptuando a los mineros y tipógrafos, capitularon ante los requisitos políticos de la Taft-Hartley Act en la que se impedía que los comunistas detentaran cualquier puesto sindical. No es de extrañar que en 1955, seis años después, la AFL y la CIO fusionaran sus organizaciones y adoptaran un patrón de liderazgo más aceptable para las fuerzas conservadoras dentro de los sindicatos artesanales así como un poder de gobierno establecido.³

La imagen popular de los sindicatos en los cincuentas ya no era la de militantes huelguistas en paro sino la de jefes obreros corruptos. Si el huelguista fue el símbolo del obrero en los treinta, los líderes tronquistas y estibadores, ante las audiencias de un comité del Senado, fueron el símbolo de los cincuentas. En la opinión pública los sindicatos estaban vinculados a la actividad criminal, una evolución natural si el tenor desilusionado de los científicos sociales semi-oficiales se tomara como pauta.

En los círculos académicos se estudiaban estos procesos en el campo importante y relativamente nuevo de la sociología industrial. Siguiendo la perspectiva de las relaciones humanas de Elton Mayo, abundaron los problemas de comunicación y las normas de grupos de trabajo informales se convirtieron en puntos focales para la comprensión del manejo del conflicto obrero. Mientras tanto, el foco específico para apreciar los nuevos desarrollos en la organización obrera versaba sobre la naturaleza del liderazgo en las estructuras burocráticas. Hacia mitad de los cincuentas, el punto de vista domi-

the CIO, 1945-50", tesis doctoral inédita, Universidad de Wisconsin, 1971.

³ Para un relato personal de esta evolución ver Len DeCaux, *Labor Radical*, Beacon Press, Boston, 1970, pp. 470-79.

nante en el mundo académico sobre la organización obrera era de desprecio. Se consideraba que el liderazgo sindical oligárquico era el resultado inherente a una formación sindical de masas: se veía al jefe obrero como a un tipo de líder inevitable asociado a la expansión masiva de sindicatos industriales en la década de los cuarentas. Donde mejor se expresa este aspecto es en los escritos de Seymour Lipset quien también trató de afianzar su argumento estatuyendo que existen profundas predisposiciones sociopsicológicas hacia el autoritarismo entre la clase obrera.⁴ Dada esta pretendida dialéctica entre la estructura oligárquica del liderazgo en las organizaciones de masas y el tipo de carácter autoritario favorecido por la cultura de la clase obrera, se podía apreciar tanto el ascenso del autócrata sindical dentro de la estructura de los sindicatos como la aceptación del líder autoritario seguido masivamente por la base. La sociología del *establishment*, al reflejar la tensión dominante consistente en un anticomunismo liberal y orientarse hacia una mentalidad de guerra fría, contribuyó al desarrollo de una conciencia antiobrero entre la naciente izquierda estudiantil. Hasta radicales populistas como C. Wright Mills contribuyeron a perpetuar la noción de que el movimiento obrero organizado era el último lugar que se tenía que tener en cuenta cuando se trataba de localizar el principal vehículo social de cambio en Estados Unidos.⁵

Y aún así, hay pocos analistas que estarían en desacuerdo de que los obreros

⁴ Cf. S.M. Lipset *et al*, *Union Democracy*, The Free Press, Glencoe; 1956, y S.M. Lipset, "Democracy and Working Class Authoritarianism", *American Sociological Review*, agosto, 1959, pp. 482-501. Ver también la interpretación general del movimiento obrero en *The First New Nation*, Doubleday-Anchor, Nueva York, 1967, pp. 193-233.

⁵ Sidney Peck, "The Sociology of Unio-

dieron en Estados Unidos un "paso gigantesco" al organizar los sindicatos industriales en los treinta. ¿Por qué no fue seguido este esfuerzo de otros pasos gigantescos en las acciones políticas y económicas de la clase obrera? ¿Puede darse todo por explicado refiriéndose bien a una "regla férrea de la oligarquía", bien a los rasgos culturales inherentes de autoritarismo arraigados en la familia de clase obrera? ¿O a una combinación "dialéctica" de ambos? Yo creo que no.

Pero, si no es así, ¿habrá que adoptar entonces una frase de Wilfrid Sheed: "quién sabe lo que le sucedió al movimiento obrero"?⁶ A la pregunta retórica de Sheed se contesta con un relato bastante simplista de los hechos. Según su visión general de las cosas, el movimiento obrero se ha transformado en el "viejo y mezquino George Meany". Aunque suene muy simple, la observación de Sheed y su análisis están en la misma línea que el pensamiento liberal crítico y el radical populista.⁷ Sin una perspectiva equilibrada, todo lo referente al movimiento sindical queda lógicamente reducido a la figura manchada de tabaco de George Meany, ciertamente pintoresca pero no mucho más progresista que la del alcalde Richard Daley, ayudante de los caciques políticos en Chicago. El estilo de un jefe se confunde con su esencia y se da por sentado que es una característica universal del lí-

nism", *American Journal of Economics and Sociology*, enero, 1966, pp. 53-57, y Eugene Schneider, "C. Wright Mills and the American Left", *Monthly Review*, febrero, 1963, pp. 553-62.

⁶ Wilfrid Sheed, "Whatever Happened to the Labor Movement", *Atlantic Monthly*, julio, 1973, pp. 42-69.

⁷ Para una presentación similar de este punto de vista ver Irving Louis Horowitz, "The condition of the Working Class in the United States (1970)", *New Politics*, verano, 1970, pp. 13-27.

der obrero, o por lo menos el tipo ideal. "No cuenten con George Meany para dirigir la lucha por el cambio social en los EE.UU.", como si la cúspide del liderazgo sindical establecido fuera sinónimo del movimiento obrero norteamericano.

La frase de Sheed sobre quién sabe lo que le sucedió al movimiento obrero como puede entenderse mejor es apreciando la importante relación entre la lucha militante de los obreros de la industria automotriz (UAW Local 248) de la planta Allis-Chalmers en Milwaukee, Wisconsin, y el llamado de Winston Churchill a la guerra fría en su discurso en Fulton, Missouri, ambos hechos acontecidos en marzo de 1946.

Hacia sólo siete meses, en agosto de 1945, que el gobierno norteamericano había hecho estallar dos bombas nucleares sobre el pueblo japonés. Esto introdujo al mundo en una época de destrucción masiva instantánea y de diplomacia atómica. Las tormentas nucleares de Hiroshima y Nagasaki fueron racionalizadas como la acción final decisiva para terminar la Segunda Guerra Mundial pero de hecho se comprenden mejor cuando se toman como el acto inicial de una nueva guerra fría.⁸ La decisión de echar bombas atómicas fue un preludio militar a la oratoria churchilliana acerca del nuevo destino del poder norteamericano tanto para contener el "comunismo expansionista" como para romper la barrera del "telón de acero".

Es cierto que hay muy pocos investigadores conocidos que realmente crean que la decisión de los EE.UU. de utilizar armas nucleares contra los japoneses estuviese basada en la necesidad militar de "salvar vidas norteamericanas". Es claro desde hace tiempo que el entonces Secre-

⁸ La investigación definitiva sobre esta materia puede encontrarse en Gar Alperovitz, *Atomic Diplomacy: Hiroshima y Potsdam*, Seeker y Warburg, Londres, 1966.

tario de Estado James Byrnes jugó un papel clave al decidir que los lanzamientos de bombas atómicas tuvieron una importancia crítica para el equilibrio de poder de la posguerra frente a la Unión Soviética. Con el lanzamiento de las bombas, el poderío estadounidense se declaró vencedor en el mundo de la posguerra y afirmó su derecho global a entrar en el siglo de los Estados Unidos. Agosto de 1945 es la fecha en que los círculos gobernantes de Estados Unidos hicieron el anuncio oficial de que el país había pasado a ocupar el centro del escenario como la fuerza imperial más poderosa en toda la historia humana. Así se anunció que había llegado la hora del imperio norteamericano y que éste no podía ser desafiado por ninguna potencia comparable.⁹

Esto fue realmente lo que sucedió. Todos los estados industriales importantes capaces de desarrollar un poder militar nacional y declarar la guerra a escala internacional habían sido crítica si no es que mortalmente heridos. Las potencias del Eje, Alemania, Japón, Italia, estaban aplastadas y sus sistemas industriales prácticamente demolidos. Francia e Inglaterra habían sufrido una intensa destrucción industrial. La industria soviética estaba bamboleándose y habían muerto más de veinte millones de soviéticos en la guerra. ¿Qué nación-estado de los enemigos derrotados o qué victoriosos aliados podían desafiar efectivamente la potencia de este nuevo centro imperial, una potencia establecida ahora en términos nucleares? ¿No habían salido los Estados Unidos de la guerra con su base industrial intacta? ¿Qué ciudad norteamericana había sido bombardeada? ¿Qué fábrica estadounidense había sido destruida o siquiera parcialmente dañada? Fue ciertamente un momento de triunfo histórico para la pree-

⁹ Gar Alperovitz, *Cold War Essays*, Schenkman, Cambridge, Mass., 1970.

minencia del poder estadounidense, el punto cumbre del recientemente supremo imperio yanqui. Marcó el comienzo de un nuevo imperialismo.¹⁰

Si había problemas en el exterior para poner en claro a los vencedores y vencidos por igual de que el poderío yanqui dominaba ahora a escala global, también había problemas en el interior con el pueblo norteamericano que tenían que resolverse. Un problema especial consistía en hacer saber claramente a la clase obrera norteamericana que también ella compartía las nuevas responsabilidades del poder global de la clase dominante y que el movimiento obrero organizado debía convertirse en algo parecido a un hombre de estado en el desarrollo de una política obrera de posguerra que congeniase con la hegemonía mundial de los grupos gobernantes. El surgimiento repentino de huelgas, paros y huelgas salvajes que siguió a la finalización de la guerra era una prueba de que el problema interno era el más difícil. La cuestión clave consistía en cómo transformar la militancia de las demandas de la base en un sindicalismo dócil que siguiese la pauta de la guerra fría.

Los imperialistas socialistas ingleses ya habían proporcionado la solución básica antes de la Primera Guerra Mundial. Cecil Rhodes definió muy claramente el asunto: "La idea que yo abrigó es buscar una solución para el problema social, a saber: a fin de salvar a los 40 millones de habitantes del Reino Unido de una sangrienta guerra civil, nosotros, hombres de estado coloniales, debemos adquirir nuevas tierras para poder establecer en ellas a la población excedente y proporcionar nuevos mercados para los bienes que ellos producen en las fábricas y en las minas.

¹⁰ Cf. Ronald Steel, *Pax Americana*, Viking Press, Nueva York, 1968.

Si se quiere evitar la guerra civil, hay que hacerse imperialistas.”¹¹

Las fuerzas insurgentes de la clase obrera en la madre patria podían ser aplacadas mediante mejoras aparentes en salarios, condiciones de trabajo y bienestar social. Además, podía encerrarse a la clase obrera insurgente dentro de las propuestas imperiales mediante llamados al patriotismo. El reformismo, el populismo y el nacionalismo fueron los soportes ideológicos en la creación de una aristocracia obrera determinada a extirpar de sus filas la “subversión” comunista. A fin de sostener el toque de clarín de Winston Churchill a la guerra fría, el movimiento obrero tenía que ser transformado de arriba a abajo. Para ilustrar el caso recordaremos que Harold Christofel, el líder militante de la sección local 248 (UAW) fue expulsado de su cargo y acabó en la cárcel durante un tiempo mientras Walter Reuther, que supervisó la destrucción de las fuerzas de izquierda en Allis-Chalmers, llegó al cargo de presidente del sindicato internacional UAW en el papel glorioso del nuevo hombre de estado obrero anticomunista. En pocos años, Reuther se uniría a otros prominentes anticomunistas para hacer un llamamiento a una huelga nuclear preventiva contra la Unión Soviética.

Donde mejor quedó expresada la trinidad del reformismo, populismo y nacionalismo fue en el programa del “Fair Deal” de la administración Truman.¹² De

¹¹ Citado en un excelente estudio de Bernard Semmel, *Imperialism and Social Reform*, Doubleday-Anchor, Nueva York, 1968, p. 4.

¹² Arthur McLure, *The Truman Administration and the Problems of Post War Labor*, Farleigh Dickinson U. Press, Rutherford, N.J., 1969. Ver también el excelente estudio de Bert Cochran, *Harry Truman and the Crisis Presidency*, Funk and Wagnalls, Nueva York, 1973.

hecho, el “Fair Deal” contenía un juego de cartas proveniente de los círculos gubernamentales que daba a los obreros dos sotas: 1. Aumentos salariales moderados basados en el alza de precios que había recaído en el consumidor, siguiendo la fórmula del arreglo del acero en 1946; 2. Más ventajas en el terreno de la seguridad social como en educación, salud, desempleo y vivienda. A cambio, la clase gobernante recibía dos ases: 1. Apoyo obrero a una política bipartidista de neoimperialismo; 2. Apoyo obrero a una política anticomunista para eliminar y aislar a las fuerzas de izquierda desde sus líderes hasta sus bases.

Todavía se ha de relatar la historia detallada de las consecuencias de este “Fair Deal” entre los grupos gobernantes y los sectores de los líderes obreros. Pero los rasgos generales de lo que le sucedió al movimiento obrero durante los años de la guerra fría son ciertamente claros. El clásico patrón de anticomunismo dirigido en contra de los obreros militantes y sus líderes en la sección sindical local 248 del UAW en Allis-Chalmers, se aplicó en gran escala a las industrias básicas. La izquierda fue aplastada en la industria automotriz, aislada en la del acero, dividida en la eléctrica, exilada en la marítima, crucificada en la del transporte, vilipendiada en los estibadores. La lista podría continuar, implicaba por lo menos once sindicatos internacionales fuertes. Lo mismo que la izquierda y la militancia, se eliminó la disidencia interna y la democracia sindical. Cuando la historia del anticomunismo en Estados Unidos alcanzó su punto cumbre con la impopular ejecución en la silla eléctrica de Ethel y Julius Rosenberg en junio de 1953, la fuerza de izquierda entre los obreros había sido diezmada. Los pocos sindicatos internacionales de izquierda restantes estaban luchando por su propia superviven-

cia. El más fuerte de ellos, el de los trabajadores de la industria eléctrica (UE) casi se hundió pero todavía sobrevive en la actualidad como una importante fuerza regional.¹³ Lo mismo podría decirse de los estibadores de la costa oeste.¹⁴

En la década siguiente a la Segunda Guerra Mundial, se había eliminado al movimiento obrero insurgente y la izquierda organizada había sido profundamente aislada. En 1955, no había ningún público importante de disidencia política en el país. La atmósfera de cacería de brujas lo invadía todo.¹⁵ Se había introducido en las universidades y en los medios de comunicación, en la comunidad negra y en los grupos nacionalistas, en los trabajadores del gobierno y la mano de obra en las fábricas, en las artes y las ciencias. El autoritarismo del centro predominaba en la continuación de una política bipartidista desde Truman a Eisenhower.¹⁶ La fusión de la CIO y la AFL fue la contrapartida obrera de la alianza centro-derecha en la comunidad política nacional.

Pero mientras los laureados del siglo norteamericano anunciaban su llegada, había todavía grandes dificultades para enfrentar a este nuevo monstruo imperial.¹⁷ Es cierto que el movimiento revolucionario había sido aplastado en Gre-

cia, los movimientos comunistas de masas habían sido aislados del poder administrativo del gobierno en Francia e Italia, y Yugoslavia había estado forcejeando contra el control soviético. En Irán, Mossadegh y sus seguidores nacionalistas estaban acabados; Arbenz fue depuesto en Guatemala; y Lumumba, el libertador del Congo, había sido derrocado y asesinado como una bestia enjaulada. Pero si estos acontecimientos podían ser enumerados como ganancias capitales, había también otros que podían enumerarse como pérdidas capitales.¹⁸ En el idioma norteamericano se dijo que cuando la revolución china triunfó, los Estados Unidos "perdieron" China. Los Estados Unidos habían sufrido también una importante derrota en Corea y perdido Cuba. Y, por supuesto, había también otras pérdidas imperiales de los aliados como Indonesia, Ghana y Vietnam. Como expresó Harold McMillan, antiguo primer ministro, los vientos del cambio soplaban alrededor del mundo. En el mismo año en que se fundieron la AFL y la CIO, los países del tercer mundo entregados a su independencia nacional y opuestos a las políticas del neoinperialismo, unieron sus fuerzas en una conferencia histórica en Indonesia.

Y en 1955, los ciudadanos de Wiscon-

¹³ J. Matles y J. Higgins, *Them and Us: Struggles of a Rank and File Union*, Prentice Hall, Nueva York, 1974.

¹⁴ Cf. Charles D. Larrowe, *Harry Bridges*, Lawrence Hill, Nueva York, 1972.

¹⁵ Cedric Belfrage, *The American Inquisition (1945-60)*, Bobbs-Merrill, Nueva York, 1973.

¹⁶ Richard Freeland, *The Truman Doctrine and the Origin of McCarthyism*, Knopf, Nueva York, 1972 y Athan Theoharis, *Seeds of Repression*, Quadrangle, Nueva York, 1971.

¹⁷ Gabriel y Joyce Kolko, *The Limits of Power (1945-54)*, Harpert and Row, Nueva York, 1972.

¹⁸ David Horowitz, *Empire and Revolution*, Random House, Nueva York, 1969. La actividad principal de George Meany antes de ascender a la cúspide del liderazgo de la AFL fue en el campo de la política exterior. Junto con Jay Lovestone e Irving Brown, fue responsable del desarrollo de una política exterior del AFL-CIO que dio una mano a las aventuras en ultramar. Los trabajadores operarios norteamericanos fueron instrumentales en el derrocamiento de gobiernos populares que se oponían al dominio de EE.UU. Para conexiones entre la CIA y el AFL-CIO ver "American Institute for Free Labor Development", U.S. Senate Committee on Foreign Relations, agosto, 1969, U.S. Government Printing Office.

sin organizaron una campaña de peticiones masiva para llamar la atención a su joven senador Joseph McCarthy de que su virulento anticomunismo había despojado al pueblo de sus libertades. En seguida se llevaron a cabo campañas contra el brazo de propaganda anticomunista del Congreso, el Comité de actividades anti-americanas (HUAC), buscando restaurar la libertad académica en las universidades e incluyendo el derecho de los estudiantes a escuchar oradores de izquierda y comunistas y a tener maestros de izquierda y comunistas.

Mientras los torbellinos de la revolución sacudían las tierras del sub-Sahara en Africa, las vibraciones del orgullo negro y la negrura se fueron expresando en tenaces esfuerzos de los negros del sur en zonas urbanas por derribar los muros de la segregación racial.

Al mismo tiempo, en los suburbios metropolitanos y las universidades abiertas, los norteamericanos que clamaban por terminar con la guerra fría y la amenaza de una catástrofe nuclear, respondieron en masa al llamamiento moral del movimiento británico por el desarme nuclear. Las mujeres de los suburbios, los académicos, religiosos, profesionales y elementos recién descubiertos en las filas de los obreros, se unieron al esfuerzo internacional creciente para prohibir la bomba. Un movimiento por la paz que en tiempos de la guerra de Corea no podía despegar y alzarse a causa del clima anticomunista, salió finalmente hacia delante con un llamado universal a terminar con las pruebas nucleares y a desarrollar una política nuclear sana basada en la no agresión y la no interferencia.

Por lo tanto, del seno del dominio cerrado del centro autoritario desde mitad hasta finales de los cincuentas, surgieron tres movimientos de masas muy concretos entre la gente: 1. El movimiento por las

libertades civiles, basado principalmente en los académicos del norte; 2. El movimiento por los derechos civiles, basado principalmente en la comunidad negra urbana del sur; 3. El movimiento por la paz, basado principalmente en las mujeres de los suburbios, gente religiosa y estudiantes. Estos tres movimientos de masas buscaban el apoyo activo y la participación del movimiento obrero organizado. Removieron los calderos de la disidencia política entre la clase obrera durante un periodo en el que la economía sufría una recesión de muy corto plazo. En áreas regionales específicas y en ciertos sindicatos internacionales, la respuesta obrera fue de gran apoyo. Pero obviamente, la iniciativa de cambiar la política pública estaba abriéndose brecha a través de los grupos con *status* social desventajoso que llegaron a ocupar paulatinamente importantes sectores obreros de la economía política. Los negros, la juventud y las mujeres clamaban por la participación que les tocaba en el poder social en proporción con su crecimiento como componentes básicos de la vasta reserva de trabajo. Pronto se les unirían otros elementos como los portorriqueños, chicanos, asiáticos e indios americanos.

¿Cómo puede explicarse el nacimiento de movimientos masivos de disidencia política de mitad a finales de los cincuentas? Yo veo estos movimientos como críticos en los pequeños comienzos de una nueva conciencia insurgente en las filas del trabajo organizado hacia finales de la década de los cincuentas. En primer lugar, la Unión Soviética logró una paridad nuclear con los Estados Unidos en el dramático desarrollo de sistemas de distribución de misiles de largo alcance. El lanzamiento del *Sputnik* fue una importante conquista en la esfera de la tecnología militar. En los diez años siguientes en que los Estados Unidos bombardearon el mun-

do reclamando un monopolio de la potencia nuclear, los soviéticos habían hecho pruebas de bombas atómicas y de hidrógeno y habían perfeccionado un poderoso sistema de distribución. Este exitoso desafío de la tecnología militar soviética a la supremacía nuclear norteamericana alentó una atmósfera política favorable a la *détente* EE.UU.-URSS.

Las consecuencias internas del *Sputnik* en los Estados Unidos dieron como resultado un programa intensivo para el desarrollo de cuadros científicos que supieran manejar las nuevas matemáticas y la computación. La educación masiva se convirtió en una importante industria que proporcionaba adiestramiento altamente técnico y especializado a una nueva generación de obreros profesionales asalariados. Las multi-versidades privadas y públicas con sus miles de estudiantes y el crecimiento floreciente de sistemas de colegios estatales a través de todo el país, se convirtieron en los nuevos centros organizativos para el surgimiento de políticos públicos. De hecho la juventud universitaria formó las tropas esenciales de choque para las luchas políticas de mitad a finales de los cincuentas. Y las explosiones políticas de los sesentas, desde el movimiento por la libertad pasando por el movimiento antibélico, estaban íntimamente relacionadas con la situación móvil de una juventud universitaria metropolitana densamente concentrada y constituida en su mayoría por obreros asalariados en adiestramiento.¹⁹

En segundo lugar, pero en realidad mucho más importante, durante las dos décadas entre 1940 y 1960, la migración interna de la reserva negra de mano de obra alcanzó proporciones históricas. El trabajo rural fue tecnológicamente despla-

¹⁹ Richard Flacks, *Juventud y cambio*, Markham, Chicago, 1971.

zado del cinturón negro del campo a las zonas industriales mediante las demandas industriales de guerras calientes y frías. Los *ghettos* negros se extendieron en todas las ciudades importantes del centro y proporcionaron la base urbana para el surgimiento de un público político muy concreto entre los negros.²⁰ En la ecología urbana de *apartheid* del norte y el oeste una consecuencia importante del racismo institucional fue la creación de grupos de jóvenes negros potencialmente revolucionarios que se enfrentaban con una economía de depresión permanente en las ciudades del centro. Los diversos levantamientos masivos de jóvenes negros a mitad de los sesentas son un testimonio histórico de este cambio estructural en la esfera de la ecología laboral.

Finalmente, la rápida expansión en el terreno de la electrónica y la comunicación junto con un tremendo aumento en las industrias de servicios necesitó de la gran reserva de mano de obra femenina que había sido utilizada generalmente para las tareas domésticas. La amplia incidencia de las mujeres en la economía junto con la alta proporción de mujeres que estaban recibiendo adiestramiento como obreras profesionales asalariadas, nos muestra la base política esencial de las acciones feministas en el campo legislativo, electoral, y directamente en la economía política.²¹

El punto esencial reside en que aun cuando el movimiento obrero había sido

²⁰ Sidney Peck, "La situación económica del trabajador negro", en *The Negro and American Labor*, Doubleday-Anchor, Nueva York, 1968, pp. 209-231.

²¹ Albert Szymanski, "Tendencias en la clase obrera norteamericana", en *Socialist Revolution*, julio, 1972, pp. 109-112, y Daniel Bell, "El trabajo en la sociedad post-industrial" en *El mundo del trabajador de cuello azul*. Quadrangle, Nueva York, 1972, pp. 159-97.

transformado después de la Segunda Guerra Mundial para atender las necesidades de una potencia imperial, otros sectores de la población conquistaron iniciativa política para organizar importantes luchas de masas. Estas luchas de masas se basaban en los nuevos electores sociales que aumentaban rápidamente su número en las filas obreras. Su misma presencia servía para influir e involucrar sectores obreros en los nuevos movimientos de masas. En 1960, cuando John Kennedy fue elegido presidente, el domesticado movimiento obrero comenzó a expresar algunas posiciones en el terreno de las libertades civiles, derechos civiles y paz mundial no tan mansas. En esta época, los pequeños inicios de una nueva izquierda en los sindicatos reflejaron el potencial político de estos nuevos electores en las filas obreras y la pertinencia política de estos problemas para los obreros en su totalidad.

Si el verano de 1945 marca el importante triunfo imperial del capital corporativo norteamericano, el verano de 1971 marca el declive sustancial de la hegemonía estadounidense en el mundo. Las decisiones gemelas de la administración Nixon de restaurar las relaciones a plena escala con la "perdida" China y decretar salarios de tiempo de paz y control de precios, expresaban la deteriorada situación mundial del capital norteamericano. Confrontado por un poderoso movimiento de resistencia en Vietnam (y en toda Indochina), desconcertado por el equilibrio de terror nuclear, enfrentado con los logros competitivos de economías capitalistas rivales, el poder estadounidense sufrió finalmente una gran derrota en el sudeste asiático y se quedó tambaleando por los golpes recibidos. Desde la época de la fusión de la AFL-CIO hasta ahora, la preponderancia del poderío imperial norteamericano ha sido sometida a graves retos

todo el tiempo. Puede afirmarse con cierta exactitud que la Pax Americana no duró más de un cuarto de siglo y terminó con toda seguridad en 1971.

El término de la hegemonía mundial estadounidense es el hecho central para entender las previsibles tendencias en el movimiento obrero norteamericano. Los salarios reales de la clase obrera habían ido descendiendo desde 1965.²² La decisión de la administración Nixon de iniciar controles de salarios y precios y establecer principios firmes respecto a los salarios sin restricciones en las ganancias, expresa la necesidad del capital norteamericano de poner en efecto una nueva disciplina laboral. Al desmoronamiento del poder imperial lo acompaña la necesidad de eliminar la situación económicamente privilegiada de los obreros en la madre patria. La nueva disciplina ejerce una coacción económica en los salarios y en las condiciones de trabajo dirigida a la transformación de un estilo de vida de "abundancia" en la clase obrera. Las nuevas políticas de control salarial en un momento de inflación están pensadas para hacer que el obrero norteamericano "privilegiado" produzca más bienes por menos salario a precios más altos, aun cuando millones de norteamericanos que trabajan por muy poco dinero viven a niveles de ingresos de pobreza y privación. Al mismo tiempo, los fondos del gobierno destinados a programas sociales en educación, salud, seguridad social, desempleo, etc., sufren graves cortes. Los cada vez más frecuentes pronunciamientos sobre la necesidad de que el pueblo norteamericano efectuara un cambio de "estilo de vida" pronostican la naturaleza esencial de la disciplina económica reser-

²² Jerome Rosow, "El problema del trabajador de cuello azul", *Memorandum*, Departamento de Trabajo de EE.U., abril, 1970, p. 4.

vada a los obreros norteamericanos. Las personas que trabajan para vivir en los Estados Unidos van a tener que cambiar su modo de vida. Ya no pueden aspirar a adquirir bienes de consumo en la calidad y cantidad que se acostumbraron a tener en los últimos veinticinco años. Y, además, con el avance de la tecnología automatizada y computarizada, hay un enorme excedente desarrollándose en el mercado de fuerza de trabajo.²³ En consecuencia, el desempleo estructural irá en aumento; primero en la producción de la industria militar pesada y más tarde en otros sectores de la economía. El ataque al estándar de vida del sector organizado obrero crea una mayor comunidad de intereses entre el obrero que gana poco y el que anteriormente era obrero "opulento". Es en el seno de estos apremiantes y crecientes ciclos donde se forjarán las alianzas históricas.

La crisis internacional del capital norteamericano, que salió a la superficie en gran parte debido a la derrota de sus fuerzas militares en Indochina, tiene necesidad de un programa de austeridad económica y de un estilo de vida de época de depresión para la clase obrera. Las preguntas obvias son: ¿cómo será recibido este programa por los obreros norteamericanos y qué clase de programas sociales y económicos promoverá el movimiento obrero organizado a cambio? En resumen ¿qué desarrollo tendrá la lucha de clases en Estados Unidos? Ya se han establecido importantes fronteras para la próxima contienda. El clima político es muy diferente al que había en el apogeo de la guerra fría. Los acontecimientos políticos de los pasados quince años o más y la creciente ilegitimidad percibida en los grandes ne-

gocios y el alto gobierno por amplios sectores de la población, establece una atmósfera propicia al activismo como un curso de acción razonable. Además, la composición social de la clase obrera en los Estados Unidos ha pasado por una transformación social, y los significativos cambios culturales han acompañado la alteración del carácter laboral.

En diciembre de 1955, momento en el que la AFL y la CIO estaban solucionando los detalles de su fusión, empezó un boicot masivo al transporte en autobuses que practicaba la discriminación racial en Montgomery, Alabama. El movimiento por los derechos civiles entre la población urbana negra del sur pronto se transformó en un movimiento nacional para la libertad sustancial de la población negra en una economía política de *apartheid*. El atractivo moral y político de la lucha de los negros, que vinculaba demandas políticas de libertad (derechos formales) con demandas económicas de empleos (ingresos básicos), despertó la conciencia nacional al problema del racismo. En todos los centros urbanos importantes del país se unían las cuestiones de la supremacía blanca y la liberación negra. A causa del papel vital jugado por el clero negro en esta lucha, el problema del racismo removió la conciencia de la comunidad religiosa en general. En las zonas de *ghetto* del norte, provenientes de antiguas comunidades étnicas católicas, una joven generación de curas y monjas se involucró en forma muy crucial en el movimiento por la libertad. Este desarrollo en la Iglesia Católica, siguiendo la liberalización del papa Juan XXIII, condujo a una división creciente en el seno de la Iglesia centrada alrededor de las necesidades de un clero inerte, dedicado a la lucha contra el racismo de la jerarquía en la diócesis, que respondía a los intereses de los suburbios

²³ B. Gross y S. Moses, "Medición de la fuerza real de trabajo: 25 millones de desempleados", *Social Policy*, septiembre, 1972, p. 5-10.

católicos transplantados.²⁴ Esta división en las filas de la religión católica y círculos laicos se iría intensificando a lo largo de los años y llegaría a tener importantes consecuencias para el movimiento obrero organizado.

El problema del racismo tal como había sido comunicado a través de la lucha por las libertades de los negros tuvo también un impacto considerable en la juventud estudiantil. El interés por eliminar la supremacía blanca y forzar la integración racial en las áreas de vivienda, educación, empleos y servicios públicos se convirtió en una causa apremiante en los jóvenes universitarios. Las bases de un movimiento masivo de estudiantes nacieron en las luchas de las comunidades locales alrededor de los problemas de la segregación. Y, cada vez más, el naciente movimiento estudiantil dirigía sus miradas a la juventud estudiantil negra, especialmente consagrada en el comité coordinador de estudiantes no violentos, buscando líderes y dirección política. Este fue un importante giro en la conciencia de la juventud estudiantil blanca y en la de la comunidad blanca liberal.

Finalmente, la lucha de los negros contra el racismo abrió el ámbito obrero a un legítimo debate interno. La cuestión de cómo el movimiento obrero organizado debía relacionarse con la lucha en desarrollo del movimiento de los negros por la libertad produjo amargas divisiones y desacuerdos. Pero sin importar cuál fuera el punto de vista oficial de cada uno de los sindicatos acerca de esta cuestión, era claro que el obrero común ganó cada vez más respeto y comprensión gracias al poder y a la naturaleza de la lucha de los negros. Acciones masivas, incluyendo marchas militantes y pertinaces sentones, llegaron a legitimizarse como tácticas po-

líticas en la opinión pública. Y al movimiento obrero se le recordó que estas tácticas, tan cercanas a la causa de la clase obrera en los treintas, eran especialmente adecuadas para la causa de la población obrera negra en los sesentas. La lucha por los derechos civiles se convirtió en un movimiento de mayorías. En su desarrollo, abrió la comunidad política norteamericana a la aceptación de una disidencia pública extendida y a la acción social militante. Pero lo más importante de todo fue que el movimiento por los derechos civiles sacó a flote la situación políticamente explosiva de los *ghettos* urbanos negros y el potencial de conciencia negra revolucionaria en los anárquicos levantamientos de Watts, Harlem, Hough, Newark y Detroit.²⁵

Un proceso similar se desarrolló con el advenimiento de un creciente movimiento de masas contra la intervención militar estadounidense en el sudeste asiático. El desarrollo de un movimiento de masas contra la guerra, basado principalmente en la juventud estudiantil, alzó la cuestión de la disidencia política a nuevos niveles. El movimiento cuestionaba la misma autoridad legal de la administración del gobierno y desarrolló una legitimidad pública a gran escala, para actos de resistencia de masas contra el poder militar. A su vez, la ruptura sin precedentes de la disciplina y moral militares en las fuerzas armadas dio como resultado un nuevo veterano, amargado por la guerra y opuesto a la política militar dominante.²⁶

Aunque inicialmente estaba basado en la juventud estudiantil y en la universidad, el movimiento antibélico pronto encarnó amplios sectores de la comunidad religiosa, de los movimientos negro, por-

²⁵ Kenneth Clark, *Ghetto oscuro*, Harper & Row, Nueva York, 1965.

²⁶ Robert Lifton, *Regreso de la guerra*, Simon and Schuster, Nueva York, 1973.

²⁴ Francine Gray, *Desobediencia divina*, Knopf, Nueva York, 1970.

torriqueño y chicano y del movimiento de mujeres. En dos años, el movimiento contra la guerra se había convertido en un público masivo de disidencia política. Finalmente, elementos laborales, incluyendo a los obreros de la industria automotriz y del vestido (ACW), lograron reunir una formación laboral por la paz que involucraba a unos 63 sindicatos internacionales.²⁷ En cuatro años, el movimiento antibélico se había convertido en un movimiento de mayorías que llevó a millones de norteamericanos a una nueva comprensión del papel que jugaba su país en la guerra de Indochina. En la historia del país nunca había expresado tanta gente una oposición y resistencia tan directas a una guerra estadounidense. Aparte del crecimiento fenomenal del movimiento antibélico organizado, millones de norteamericanos participaron directamente en alguna fase o actividad de oposición a la guerra. Pero lo más importante de todo fue que la lucha de masas contra la guerra creó una base para el surgimiento de una conciencia antimperialista. La guerra en Vietnam empezó gradualmente a ser entendida no como una aberración o un error sino como una intervención típica aunque abortiva. Mientras que por un lado, el movimiento antibélico nunca se transformó en un movimiento abierto, masivo y antimperialista, por otro proporcionó un mínimo entendimiento de un neoimperialismo estadounidense a millones de personas lo cual resultó suficiente para poner de manifiesto el carácter fraudulento de una mitología anticomunista.

Esta creciente conciencia antimperialista no ha desaparecido a raíz de la derrota de los Estados Unidos en el sudeste asiático. Todavía persiste la base política para una conciencia antimperialista entre sec-

tores de la juventud estudiantil, del clero y de las mujeres y aún más entre las minorías nacionales, especialmente en la comunidad portorriqueña, donde la lucha por la independencia de la isla se ha convertido en una cuestión vital.

Desde la misma perspectiva, el surgimiento en los Estados Unidos de un movimiento de liberación entre las mujeres en los últimos años, fue también un proceso sorprendente. Fueron las mujeres jóvenes las que iniciaron una lucha activa contra el estereotipo y la rotunda discriminación sexual. El desafío a la supremacía del macho en todas las esferas de la vida social instituida conformó un movimiento nacional entre mujeres de todas las clases sobre el tema de la igualdad social. La cuestión del sexismo adquirió nuevas dimensiones al superar las formulaciones legales y plantear problemas fundamentales relativos al poder político, el trabajo, la economía, el matrimonio, la familia y la sexualidad del ser humano. Aspectos tangenciales relativos a los métodos de control de natalidad y al aborto legal salieron a la superficie de la arena política como los aspectos dramáticos de un problema que exigía la atención pública y una toma de decisiones.²⁸ El surgimiento de un movimiento nacional sobre los derechos de la mujer basado en un interés compartido por las mujeres de todas las clases, ha estimulado una concientización masiva sobre el sexismo institucional. Esta conciencia, y sus luchas colaterales, comienzan a manifestarse en las filas de la clase trabajadora de formas tan diversas como la creación de un sindicato de mujeres y la adopción de una resolución en favor de la enmienda de la Igualdad de Derechos en la convención AFL-CIO de 1973.

²⁷ Philip S. Foner, *American Labor and the Indochina War*, International, Nueva York, 1971.

²⁸ Para una antología de textos ver Robin Morgan, *Sisterhood is Powerful*, Vintage, Nueva York, 1970.

Si recordamos por un momento que a comienzos de los años cincuentas se había eliminado de la escena cualquier forma pública de protesta política por medio de la represión política anticomunista, comprendemos entonces, que los progresos en los últimos quince años o más han sido verdaderamente notables. Se puede decir que el ascenso y el declive del siglo norteamericano han ido acompañados de una aguda represión interna y de una profunda resistencia política del pueblo norteamericano.

No hubo un solo científico social notable que predijera, en 1950 los movimientos sociales de las dos décadas siguientes. Prevalcían los dogmas de "el fin de la ideología" y del "centro vital" al tiempo que comenzaba a gestarse la realidad futura. Los negros se sublevaron en el corazón de Alabama, Missisipi y Georgia, así como en Los Angeles, Nueva York, Cleveland y Detroit; los estudiantes potenciaron movilizaciones políticas en California, Columbia, Harvard, Wisconsin, y desencadenaron una huelga nacional en las universidades sin precedentes en la historia académica; las manifestaciones de masas contra la política militar norteamericana se contaban por decenas de miles; y las mujeres exigieron el derecho al aborto y potenciaron un sorprendente apoyo a la enmienda constitucional que declaraba la igualdad de los sexos. Sin duda, el éxito de estas diversas luchas sociales había abierto las compuertas de la protesta y de la oposición al sistema. En consecuencia, ha surgido un ambiente político verdaderamente nuevo que refleja una embrionaria conciencia de masas antimilitarista y antimperialista que encierra los nuevos gérmenes de una mentalidad política anticapitalista. No pretendo en absoluto mantener que ésta sea la conciencia política dominante, pero sería una locura negar que millones de personas en

los Estados Unidos, incluyendo los trabajadores, han sido influidas ideológicamente por los movimientos sociales de los sesentas.²⁹

Esto es especialmente válido para la generación de jóvenes nacidos después de la Segunda Guerra Mundial. Estos adolescentes crecieron con los titulares del "Movimiento" en la primera página de los periódicos y, lo que es más importante, veían las imágenes del "Movimiento" en la televisión y oían acerca de él en las radios portátiles. Habían nacido para la juventud de la era electrónica nuevas imágenes y nuevos modelos de héroe. Esto es especialmente cierto de la juventud negra que encontró una nueva personalidad en Martin Luther King y Malcom X, Dick Gregory y Stokely Carmichel, Huey Newton y Angela Davis, todos ellos radicales. Al progresar dramáticamente la lucha social a lo largo del país, no sólo encontraban los jóvenes, blancos y negros, nuevos héroes y heroínas, sino que ellos mismos también pasaban a engrosar las filas del "Movimiento". Si consideramos retrospectivamente las marchas, las sentadas, las caminatas por la libertad, las carreras y enfrentamientos, la agitación en las campañas políticas, los piquetes de huelga, los grupos disgregándose y volviéndose a congregarse y las manifestaciones, vemos que estos mismos jóvenes son los que están en primera fila en las acciones de masas. En sus actividades expresaban un estilo joven y una forma de vida propia de la juventud. En una palabra, una cultura de la juventud que reflejaba un movimiento muy polifacético de jóvenes, que había surgido como una contracultura en la música, en la vestimenta, en la sexualidad, en las drogas y en la forma de vida.³⁰

²⁹ Louis Harris, *Anguish of Change*, Norton, Nueva York, 1973.

³⁰ Theodore Roszak, *The Making of a*

Evidentemente, no toda la generación posterior a la Segunda Guerra Mundial fue afectada en la misma forma por la cultura de la juventud, pero pocos adolescentes formados en los sesentas escaparon a la influencia de estas tendencias políticas, luchas sociales y cultura de masas de la época. Los jóvenes, en cuanto generación, adoptaron una identidad cultural que se manifestaba incluso en la imagen que daban de sí mismos en la vida pública. Así, por ejemplo, el uniforme del joven activista negro en el sur, el overol de trabajo del capataz negro, se convirtió en la vestimenta de pantalones vaqueros de la juventud. Los jóvenes se uniformaron y unificaron progresivamente en torno a un nuevo estilo cultural que repercutía en algunos valores muy profundos de un "movimiento" que llegó a ser internacional.

A mediados de los sesentas, la cultura de la juventud había permeado todos los estratos de la sociedad y si bien es cierto que a veces se adopta como una moda, encierra gérmenes de rebelión y antiautoritarismo. La música rock y el pelo largo son signos externos de una nueva cultura interna de la clase trabajadora contemporánea. "El héroe de la clase obrera está por nacer", nos dice John Lennon.

Esos jóvenes adolescentes de los años sesentas son los jóvenes obreros de los setentas. La alienación cultural de la juventud en los años sesentas expresaba en muchos sentidos la ansiedad más general sobre la situación de la juventud en una economía tendiente a la cibernética industrial. Estos jóvenes obreros, cuando no son blancos, constituyen por lo regular el grueso de los desempleados o de los futuros desempleados, cuando son blancos, se convierten a menudo en el sector fundamental de los trabajadores asalariados

Counter Culture, Anchor, Garden City, 1969.

que siguen cursos de capacitación en las universidades. Pero, aunque la juventud está marginada del mercado laboral a causa de la expansión de la educación pública, la clase trabajadora, de cuello blanco o azul, es progresivamente más joven. En 1970 había aproximadamente un millón de personas menores de treinta años en la fuerza de trabajo. Por ejemplo, cerca del 46% de los trabajadores en la industria del automóvil tienen menos de 35 años de edad y en algunas plantas el porcentaje de menores de 30 años asciende al 70%.⁸¹ Las presiones existentes para conseguir el retiro temprano de los trabajadores adultos y la expansión de nuevas industrias que valoran especialmente a la juventud, reflejan un descenso general en la edad promedio de la fuerza de trabajo. Incluso actualmente, los trabajadores comprendidos en el grupo de edad de 24 a 35 años representan una cuarta parte de la fuerza de trabajo. Esta joven generación no sólo es posterior a la Segunda Guerra Mundial, sino que tampoco conoció la depresión y tiene una serie de expectativas respecto a la economía totalmente diferentes.⁸² No les atemoriza luchar encarnizadamente por aquello que consideraran suyo por derecho. Algunos son veteranos endurecidos en la guerra de Vietnam, y no se les engaña fácilmente con la comparación de "lo mal que estaban las cosas en la depresión".

A partir de 1965 han entrado en el mercado laboral más de 5 millones de trabajadores menores de 25 años, y, para los que han entrado en la fuerza de trabajo a partir de entonces, los salarios reales han descendido. O, en otros términos, es-

⁸¹ Marin Glaberman, "Unions versus Workers in the Seventies", *Society*, diciembre, 1972, p. 86.

⁸² Stanley Aronowitz, *False Promises*, McGraw-Hill, Nueva York, 1973, pp. 397-442.

tos jóvenes trabajadores no han llegado a percibir un incremento en los salarios reales. Los costos inflacionistas del ejercicio, con un desembolso de aproximadamente treinta billones de dólares al año en Vietnam, han significado una reducción en el nivel de vida de los jóvenes trabajadores, que cada vez encuentran más difícil mantener su "forma de vida" y, por lo tanto, las crecientes expectativas de la juventud se ven frustradas por la realidad de los hechos en la rigidez de la fábrica: salarios congelados, desempleo estructural, limitada movilidad laboral, y tareas laborales meticulosamente reglamentadas. Esta generación de trabajadores norteamericanos es militante y combativa. Por ejemplo, en el sexenio comprendido entre 1964 y 1970, los paros obreros no autorizados casi se duplicaron y afectaron prácticamente a tres millones y medio de trabajadores.

Asimismo, casi se duplicaron las negativas de contratación en el mismo periodo.⁸³ Un director del Servicio federal de mediación atribuía este proceso a la incorporación de una fuerza de trabajo joven, inexperta en depresiones o luchas sindicales. Pero existe una explicación más realista que se fundamenta en la rígida posición estructural que ocupan los jóvenes trabajadores en el proceso de producción y en el continuo descenso de los salarios reales desde 1965.

La fuerza de trabajo no solamente es más joven sino que también es y será de piel más oscura. En 1980, el porcentaje de jóvenes trabajadores negros que se incorporen a la fuerza de trabajo será cinco veces mayor que el de blancos. Los trabajadores chicanos y portorriqueños también se están incorporando a la fuerza de

trabajo masivamente. Este es en especial el caso del sector industrial. Tres de cada cuatro hombres casados negros, con edades comprendidas entre los 24 y 35 años, son obreros manuales. La inyección de trabajadores negros en la fuerza de trabajo industrial se produjo principalmente como consecuencia del desarrollo de la producción militar que comenzó justo en el periodo anterior a la Segunda Guerra Mundial.⁸⁴

Los trabajadores negros han creado una base de masas en el sector sindical industrial. Aproximadamente tres millones de obreros negros están afiliados al AFL-CIO, casi medio millón a la UAW y más de 350,000 al sindicato de transportes. En algunas organizaciones como el sindicato de Trabajadores y la ILA los negros suponen casi el 50% de los miembros. Y en muchos sindicatos como en el del metal y en el de la industria de conservas, la afiliación de obreros negros sobrepasa el veinte por ciento. Este mismo porcentaje se mantiene respecto a algunos de los sindicatos de funcionarios, como el AFSCME, y el de Servicios de Correos. También continúa aumentando la participación de los negros en los sindicatos del sector servicios, como el de los Trabajadores de Hospitales, el de la construcción y el de Servicios de Lavanderías. En algunas zonas del país especialmente en las industrias automovilísticas y del metal, está aumentando la participación de los negros en la dirección a nivel de los sindicatos locales.⁸⁵

En otras palabras, hay un gran porcentaje de trabajadores negros empleados en el sector industrial como trabajadores ma-

⁸⁴ Herman Miller, "A Profile of the Blue Collar American" en *Blue Collar Workers*, McGraw-Hill, Nueva York, 1971, p. 54.

⁸³ Sandor Polster, "Insubordinate Rank and File", *Nation*, junio 21, 1971, p. 782 y *American Almanac* (1972), Grosset and Dunlop, Nueva York, 1971, p. 236.

⁸⁵ P.C. Sexton y B. Sexton, *Blue Collars and Hard Hats*, Random House, Nueva York, 1971, pp. 268-271.

nuales. Estos se encuentran en una precaria situación económica porque en su mayoría siguen ocupando los últimos rangos del escalafón. El desempleo estructural y los dramáticos recesos en la economía tendrán un efecto inmediato en los trabajadores negros, a quienes les falta muy poco para llegar a la situación de depresión económica de los jóvenes negros comprendidos entre la edad de 16 y 24 años que han dejado la escuela y no tienen trabajo.³⁶

Algunos de los recientes paros y huelgas testifican el potencial militante de la clase trabajadora encabezada por los negros. Aparte de la aportación militante de los negros en los sindicatos del automóvil, del metal, minero y hospitales, las acciones más dramáticas encabezadas por trabajadores negros tuvieron lugar durante la huelga de empleados de correos en la primavera de 1970. Esta acción sin precedentes de los trabajadores de correos fue un desafío al poder estatal y forzó a la administración Nixon a movilizar al ejército para mantener en funcionamiento el servicio postal.

De igual importancia histórica es el papel desempeñado por los negros en la organización de la fuerza de trabajo en el sur en las dramáticas victorias de los huelgistas en los hospitales de Charleston, de los trabajadores de salubridad en Memphis, de los trabajadores de la pulpa en Missisipi y de los trabajadores textiles en Carolina del Sur. Todas ellas confirman el papel creciente que juegan los trabajadores negros en el sur.

Se está comenzando a producir un cambio de conciencia en las filas de los trabajadores blancos en aquellos lugares en donde los negros han logrado una base de

masas. Es decir, se está comenzando a reconocer la solidez y determinación de la dirección negra para reflejar los intereses del trabajador medio. En muchos sentidos, los trabajadores blancos han comenzado a comprender conscientemente que la capacidad de dirección de los negros en las luchas laborales proviene de la realidad opresiva de ser un trabajador negro que vive en un *ghetto* saqueado económicamente.

Si la fuerza de trabajo y la clase trabajadora sindicalizada es progresivamente más joven y de piel más oscura, también cuenta con un número cada vez mayor de mujeres.³⁷ Aproximadamente 40% de la fuerza de trabajo es femenina, porcentaje que representa unos treinta y dos millones de mujeres trabajadoras. Desde 1947, la participación de la mujer en el mercado laboral ha aumentado aproximadamente en trece millones. Este notable incremento se ha producido fundamentalmente en el sector de servicios, sobre todo en puestos de oficina y de ventas. En el sector público, aproximadamente el 45% de la totalidad de los trabajadores del gobierno son mujeres. Actualmente trabajan cerca del 60% de las mujeres casadas, reflejando con ello la necesidad de una doble fuente de ingresos en las familias de clase trabajadora. Además, muchas mujeres son hoy en día cabezas de familia y están forzadas a buscar un trabajo estable con buena remuneración. El uso del control de natalidad, los matrimonios diferidos, y las nuevas formas de vida entre las mujeres han contribuido a consagrar la presencia de la mujer en el mercado laboral. Se estima que en 1980 habrá más de 37 millones de mujeres trabajando.

³⁶ Sar A Levitan y Robert Taggart III, *The Job Crisis for Black Youth*, Praeger, Nueva York, 1971. La tasa de desempleo en la juventud negra va del 33 al 50%.

³⁷ Lise Vogel, *Women Workers: Some Basis Statistics*, New England Free Press, Boston, 1971. Ver también Albert Szymansky, *op. cit.* y Daniel Bell, *op. cit.* pp. 179-80.

Sin embargo, menos del 13% de las mujeres están sindicalizadas aunque el número total de mujeres que trabajan asciende a cuatro millones e iguala el número de trabajadores negros afiliados a sindicatos. En algunos sindicatos como el ILGWU, las mujeres constituyen el 80% de los sindicalizados y están claramente subrepresentadas en la dirección de los mismos. Sin duda, el desarrollo de la conciencia feminista intensificará las reivindicaciones de participación de la mujer en la dirección sindical.

Pero lo que más destaca entre las mujeres trabajadoras es que no están sindicalizadas y esto es especialmente cierto en las trabajadoras de oficinas que son casi diez millones. En grandes urbes como Chicago, Nueva York, Boston y San Francisco, las feministas de la nueva izquierda están intentando organizar a mujeres tales como las trabajadoras administrativas y unir la problemática de los derechos de la mujer en cuanto tal y como trabajadora. Hasta qué punto estas aspiraciones de crear una organización de masas aboquen en la sindicalización de las trabajadoras que no lo están, es algo que está por verse, pero hasta el momento los resultados son positivos.

La otra característica notoria de la fuerza de trabajo femenina es que es un ejército industrial de reserva similar al constituido por los trabajadores negros. En cuanto ejército industrial de reserva es fundamental para la expansión del capital. Pero en épocas de desempleo estructural y contracción económica, es marginal y susceptible de que se prescindiera de él, como lo demuestra la expulsión de la mano de obra femenina de la fuerza de trabajo en los años siguientes a la Segunda Guerra Mundial.⁸⁸ Sin embargo, los cambios producidos en la economía do-

méstica, las nuevas formas de vida de la mujer y la toma de conciencia sexual han forzado la incorporación de la mujer a la fuerza de trabajo. Cualquier esfuerzo substancial por suprimir la participación de la mujer en aquélla, se enfrentará con una decidida oposición de masas.

Aunque los pronósticos indican que continuarán aumentando los puestos de trabajo administrativo, en los servicios y en las profesiones liberales y técnicas, no por ello dejará de haber menos de treinta millones de trabajadores empleados en el sector industrial. Los trabajadores empleados en puestos productivos siguen siendo clave para la economía y el movimiento obrero.⁸⁹ Los sindicatos de la industria de la extracción y el transporte, de la electricidad y la comunicación, de la automovilística y del metal, siguen jugando un papel primordial en el interés del capital financiero por la productividad y la obtención de beneficios. La intensa competencia internacional para conseguir inversiones de capital, mercados de consumo, y materias primas (a precios razonables), conlleva una fuerza de trabajo quejosa, sometida a la disciplina y el control. Durante más de dos décadas, salvo algunas excepciones, la fuerza de trabajo organizada no ha supuesto un grave reto al poder corporativo en el principal sector productivo. Pero creo que la clase obrera norteamericana ha entrado en una nueva fase histórica. Con el comienzo de la decadencia del imperio, los trabajadores industriales en los Estados Unidos ya no pueden ocupar una situación de privilegio en el mercado de trabajo internacional.

La rápida expansión de las empresas

⁸⁸ S.M. Miller y Martha Bush, "Can Workers Transform Society", en *Blue Collar Worker*, McGraw-Hill, Nueva York, 1971, p. 232. Ver también Szymanski, *op. cit.* y Bell, *op. cit.* pp. 159-197.

⁸⁸ Betty Friedan, *The Feminine Mystique*, Norton, Nueva York, 1963.

multinacionales quiere decir que la maximización del beneficio, en su acepción empresarial, es verdaderamente internacional. En la medida en que las exigencias de reducir los costos de la fuerza de trabajo se manifiestan en inversiones de capital fijo (tecnología computarizada) y en el transplante de la producción (localizada en pleno mercado de ultramar), la situación económica de los trabajadores marginales en la industria y los servicios en los Estados Unidos, sufrirá una progresiva deterioración. Los trabajadores jóvenes, los de color y las mujeres constituyen la gran masa del ejército industrial de reserva sometida a la contracción inmediata de la economía. Dudo que renuncien fácilmente a lo que les corresponde. Sus expectativas culturales no se adecúan a la disciplina y al control económico. No se puede recomponer la guerra fría de los años cincuenta para atemorizar a los jóvenes trabajadores.

El Richard Nixon que hábilmente sacó un microfilm de una calabaza a comienzos de los años cincuenta (el caso Alger Hiss) está actualmente tratando de desgravar cintas que puedan ser incriminatorias contra él. Esos famosos nombres que se enfrentan hoy en día a los comités senatoriales son antiguos funcionarios del gabinete y colaboradores de la Casa Blanca. Ahora que algunos de los verdaderos culpables están retrocediendo a plena luz, sería difícil reactivar las tácticas de amedrantamiento.

La nueva conciencia de la clase trabajadora se manifiesta ya entre los agricultores, mineros, trabajadores sanitarios y de la industria del automóvil, los trabajadores del metal y profesores.

Aunque no ha sido unívoco, el modelo de una nueva militancia ya es patente. Existe una creciente exigencia de democracia sindical interna y de una firme acción de los trabajadores. Este proceso tie-

ne lugar en un contexto político en el que la legitimidad del poder gobernante en la sociedad se encuentra en su punto más bajo. El anticomunismo ya no es un arma que baste para intimidar a la clase trabajadora. Las restricciones a las libertades formales del pueblo se enfrentarán con una amplia oposición de los trabajadores. Conviene tener presente que las profundas divergencias políticas en el seno de la Iglesia Católica han reducido su influencia en los hogares de los trabajadores. El desarrollo de una activa izquierda católica hace improbable que los "curas obreros" sean movilizadas para encauzar un movimiento anticomunista entre los trabajadores sindicalizados. Sería bastante difícil revitalizar la antigua Asociación de Sindicatos Católicos (ACTU) para desarrollar una labor taimada sobre la nueva izquierda. La ironía es que muchos de los sacerdotes miembros de ACTU se convirtieron en activistas notorios del movimiento de derechos civiles y antibelicista. Monseñor Charles Owen Rice, una figura destacada en ACTU, es un ejemplo típico. En una época, el padre Rice era un íntimo consejero anticomunista de Phillip Murray, Director del CIO. Posteriormente, el padre Rice rompió con ACTU y se convirtió en un dirigente nacional en los movimientos de derechos civiles y antibelicista.

Tal vez el levantamiento de la masa de trabajadores sea acallado por un prolongado esfuerzo por parte de los grupos dominantes de dividir los intereses de los trabajadores según categorías de estatus de color, sexo, y edad. Pero dudo de que a largo plazo, estos llamamientos al racismo por el color, el sexo o la edad, tengan acogida entre la clase trabajadora.⁴⁰ Los intereses de clase no sólo son más ur-

⁴⁰ Sidney Peck, *The Rank and File Leader*, College and University Press, New Haven, 1963.

gentes y apremiantes en la medida en que se evidencia la decadencia de la economía norteamericana, sino que también ha surgido una nueva cultura de clase entre las generaciones que suceden a la Segunda Guerra Mundial, que rompe muchas de las barreras del pasado. Gran parte de su música y vestimenta, de su estilo y carácter han sido profundamente influidos por los acontecimientos políticos y por las tendencias sociales de los últimos veinte años. Recordemos que la clase trabajadora en los EE.UU. es más joven, de piel más oscura, con un número mayor de mujeres y se está haciendo más homogénea en un sentido cultural.⁴¹ No ha habido una notable inmigración laboral de ultramar a parte de la provincia del Caribe. Por último, la nueva cultura de masas es norteamericana de tercera generación, y dista mucho de poseer fuertes lazos de étnia nacional. En contra de la opinión generalizada, la fuerza de trabajo norteamericana ha sufrido cincuenta años de desetnitización. La idea de un pluralismo cultural entre los trabajadores es un sentimentalismo político liberal sobre la época de los feudos étnicos. No se puede negar todavía que perduran fuertes vestigios de etnicidad y racismo en la comunidad norteamericana. Sin embargo, sería incorrecto considerar la cultura de masas de los trabajadores en los Estados Unidos como pluralista. Cuando setenta millones de familias están sometidas a las instantáneas imágenes televisadas, el pluralismo se convierte en algo tan norteamericano como los anuncios de los medios de comunicación sobre el pollo chow mein o la pizza.

⁴¹ Sidney Blumenthal, "Memorandum on Young Workers", ensayo inédito para *National Consultation on Ethnic America Project of the American Jewish Committee*, primavera 1972. Ver también Stanley Aronowitz, *op. cit.*

La clase trabajadora norteamericana es actualmente más homogénea culturalmente que en el pasado. Está fundamentalmente compuesta por una nueva generación de trabajadores que refleja la ansiedad y creatividad de las formas de vida y los valores de la juventud entrelazados de formas complicadas a través de la música y el sexo, las drogas y los coches, la educación y la tecnología, la protesta y la lucha. Judson Gooding ha escrito en la revista *Fortune* lo siguiente: "A lo largo de la principal línea de producción, y en las zonas de concentración de masas, se encuentran barbas y ropa transparente, pelos largos aquí e insignias de la paz allá, a veces algunas cuentas de colores y sobre todo caras jóvenes, ojos curiosos. Esos ojos han contemplado con atención cómo la protesta se esparcía por la nación... y no se conmueven fácilmente. Son hijos de su época."⁴² También serán los hacedores de su época.

Pero, el factor más crucial y decisivo que influirá el curso de la clase trabajadora es la esencial transformación de la propia clase trabajadora. La clase trabajadora de los setentas y los ochentas cuenta con más gente joven, con más "nuevos" veteranos de la guerra, con más mujeres, con más negros y otras minorías no blancas que jamás tuvo en el pasado. Los portorriqueños y los chicanos han pasado a formar parte de la fuerza de trabajo en crecientes proporciones y más de las cuatro quintas partes de la gente de habla hispana en los Estados Unidos trabajan. La presencia de todas estas nuevas fuerzas sociales en las filas de la clase trabajadora es innegable y tiene su peso específico. Este es el contingente social que sirvió de base a los movimientos de masas

⁴² Judson Gooding, "Blue Collar, Blues on the Assembly line", *Fortune*.

de la era de la protesta. Esa época turbulenta, que aparentemente se está sumergiendo en el pasado, está emergiendo con nuevas formas en el seno del movimiento obrero. Los grandes movimientos de los

años sesentas, a través de sus victorias limitadas y de su incidencia en la conciencia de masas, han preparado el terreno para el retoñar de los procesos del presente y del futuro.



Los movimientos de liberación nacional y las vías del desarrollo en Africa

Sergio Corichi Flores

La intensa crisis económica que vive el mundo capitalista está facilitando que se desaten fuerzas a nivel mundial, que tienen por objetivo revolucionar las relaciones sociales de producción en sentido socialista y remodelar las relaciones económicas internacionales en favor de las naciones que durante décadas han sufrido la opresión del imperialismo. Este proceso tiende a configurar una nueva correlación de fuerzas que favorece al campo socialista y a los países que pugnan por un desarrollo nacional independiente.

En los últimos 15 años se ha estructurado de manera paulatina un agrupamiento político de países cuyo denominador común consiste en que durante decenios fueron colonias, semicolonias, y cuya economía es altamente dependiente de los países imperialistas. Estos países, con diversos grados y matices, están adoptando una actitud de enfrentamiento a los países imperialistas.

Pretender, a partir de esto, que se trata de países con estructuras económicas y sociales semejantes, y deducir que sus vías de desarrollo son paralelas, es un error que puede traer como consecuencia subestimar las perspectivas que dentro del sistema capitalista se les abre a estos

países y al sistema capitalista en su conjunto. El llamado Tercer Mundo agrupa países con sistemas económicos, estructura de clases y sistemas políticos sustancialmente distintos y el impacto que puede originar la modificación de las relaciones de intercambio y el contenido del intercambio en las relaciones sociales de producción son también distintas.

Los procesos económicos y sociales internos de estos países son distintos; algunos de ellos caminan firmemente por el sendero del socialismo, en otros se abren paso con múltiples modalidades las relaciones capitalistas de producción, y la intensidad de la lucha de clases varía de un país a otro, así como las características del poder político.

El movimiento llamado tercermundista ha cobrado suficiente fuerza y una de sus luchas más importantes consiste en modificar las relaciones de intercambio y el contenido del intercambio. La modificación de los precios internacionales del petróleo es tan sólo el primer paso de ese proceso general por modificar las relaciones de intercambio y reestructurar la división internacional del trabajo del sistema capitalista. Este fenómeno es el resultado de los continuos cambios políticos

que se han presentado después de la Segunda Guerra Mundial y muy en especial del acelerado proceso de descolonización que se ha desarrollado a partir de la segunda mitad de la década de los cincuenta.

La modificación de los términos de intercambio y del contenido de los bienes intercambiados no significa necesariamente mejores condiciones para el desarrollo de relaciones sociales de producción de carácter socialista. Esta nueva estructuración del comercio internacional ofrece la posibilidad para que algunos de estos países avancen por el camino capitalista.

Los efectos que este nuevo marco puede generar en estos países, dependen en gran medida del tipo de relaciones sociales que de manera previa se han desarrollado y dependen igualmente de las características del grupo que se encuentra en el poder. De esta manera, la modificación de los términos de intercambio simplemente reforzará los modos de producción que de manera previa se han abierto camino.

En seguida presentamos en breve bosquejo las características generales de los movimientos de liberación en Africa, así como algunos señalamientos sobre el tipo de relaciones sociales de producción que se están abriendo paso.

I

Sobre los devastados campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial surgió un mundo radicalmente transformado, y el panorama político para todos aquellos pueblos que sufrían la opresión colonial era prometedor. La Segunda Guerra Mundial, alteró de manera definitiva toda la estructura política de los países africanos, así como las relaciones político-económicas que guardaban con las metrópolis.

Los movimientos de liberación nacional de Africa han presentado algunos rasgos

peculiares que los diferencian profundamente de las revoluciones asiáticas de China, Corea y de Vietnam del Norte. En estos tres países, el proceso por la independencia fue prolongado y conducido por un partido con una larga experiencia, y en el que el socialismo científico había logrado arraigar y tomar en consideración la amplia gama de particularidades nacionales.

En Africa las condiciones son distintas. La conformación de los movimientos de liberación se inicia durante o después de la Segunda Guerra Mundial. En el caso de los países del Africa árabe, encontramos algunos antecedentes que se remontan a los años 20, pero es hasta la Segunda Guerra que estos movimientos adquieren relevancia. En los países del Africa negra los movimientos de liberación se inician a mediados de la década de los cuarenta y no cuentan con antecedentes de suficiente significación.

En el momento en que los movimientos de liberación de Africa adquirieron relevancia, el estudio del marxismo era muy reciente, estaba escasamente divulgado y no había adquirido carta de naturalización; por esta razón compitió con corrientes religiosas, de raíces muy profundas. De esta manera, el socialismo científico no fue la teoría fundamental que sirviera de guía para la acción de estos movimientos. Otro rasgo que diferencia al proceso descolonizador de Africa de lo ocurrido en China, Corea y en el heroico Vietnam, estriba en el papel jugado por la burguesía y la pequeña burguesía intelectual.

La Segunda Guerra generó nuevas fuerzas económicas y políticas en todo el mundo africano. El esfuerzo bélico permitió un crecimiento económico más acelerado, estimulando en unos casos, permitiendo en otros, el surgimiento de la burguesía nativa. Por otra parte, la necesidad de que estos países se movilizaran y asumieran

responsabilidades para la derrota del nazismo, exigió y permitió en la gran mayoría de los países de África que la burguesía en expansión y la intelectualidad, asumieran nuevas responsabilidades políticas administrativas y, en el caso de los países árabes, también militares. Por estas razones fueron estos los sectores que encabezaron los nacientes movimientos nacionalistas.

Es decir, la tolerancia política, la movilización de parte de la población africana para la guerra y el desarrollo de las fuerzas productivas y consecuentemente las burguesías locales, permitieron el avance en la conformación de una conciencia nacional de algunos sectores africanos; factor que sentó las premisas para el surgimiento en unos casos y el impulso en otros de las organizaciones políticas africanas.

Una vez concluida la guerra, estos procesos continuaron, por otra parte los países metropolitanos se encontraban debilitados y presionados tanto por sus colonias como por el imperialismo norteamericano que, aprovechando su debilidad, intentaba posesionarse de estas colonias. De esta manera, las metrópolis europeas intentaron ajustarse a las nuevas circunstancias e incidir sobre el proceso para a la postre otorgar la independencia en términos más formales que reales.

Por estas razones, en la Asamblea Constituyente Francesa de 1945 participaron por primera ocasión nueve diputados africanos y uno de los acuerdos importantes de esta reunión fue la de crear asambleas territoriales, es decir parlamentos locales.

Un fenómeno semejante ocurre en Inglaterra. En 1946, el parlamento británico concede la formación de gobiernos en sus colonias. Es pertinente señalar que esta medida tenía antecedentes, ya que Inglaterra gobernaba sus colonias en es-

trecha unión con los grupos oligárquicos de las colonias.

Estas concesiones estimularon la formación de partidos, y el desarrollo del sindicalismo en las colonias. En septiembre de 1946 se formó en las colonias del África Occidental francesa una organización política que jugaría un papel preponderante en la conducción de la lucha por la independencia: la Reunión Democrática Africana (RDA), que abarcó Sudán, Niger, Costa de Marfil, Guinea y Senegal. A estas nuevas agrupaciones concurren representantes de la burguesía, de la pequeña burguesía y del sindicalismo. El peso de cada uno de estos sectores dentro de estas organizaciones varió en cada país.

En aquellos países en que el capitalismo local había alcanzado cierta importancia, los representantes de la nueva burguesía o de la pequeña burguesía se transformaron en el eje de estos partidos. Por el contrario, en los países más atrasados, en los que el desarrollo del capitalismo era muy incipiente y en los que la burguesía nativa es casi inexistente, el centro de dirección pasó a manos de los sindicalistas.

Es pertinente señalar que el proletariado es de poca significación numérica, y se encuentra normalmente ligado a los servicios públicos y a algunas compañías extranjeras; no obstante esta situación, durante la guerra y en los primeros años de posguerra dieron grandes pasos para su organización, fundamentalmente por la influencia que ejercieron sobre ellos los partidos Comunista y Socialista franceses y Laborista inglés.

Esta situación permitió que, de origen, el movimiento sindical de estos países estuviera influido por el pensamiento socialista y que en aquellos países en los que la burguesía local estaba poco desarrollada y no jugaba un papel político de

consideración, se transformara en el eje de la actividad política.

En algunos de estos países (Costa de Marfil, Senegal Ghana, y Malí), los representantes de los terratenientes aburguesados, de la nueva burguesía o de la pequeña burguesía se apoyaron fuertemente en el movimiento obrero, y estimularon su formación, razón por la que, en esos países el movimiento obrero surgió bajo una fuerte influencia de estos sectores; desde el punto de vista ideológico, esto significó que se distorsionara el marxismo y provocó el surgimiento de concepciones como las del socialismo africano, el neutralismo, o abiertamente corrientes de pensamiento nacionalista, como una forma de encubrir, por parte de la burguesía y de la pequeña burguesía, su intención de orientar el desarrollo por cauces capitalistas.

De cualquier forma, la presión en favor de la independencia crecía y los países metropolitanos aceleraron sus preparativos para entregar el poder a sectores sociales de su confianza. En 1957 el parlamento francés, autorizó una descentralización administrativa, y permitió que el primer ministro en cada una de las colonias fuera nativo.

Con fundamento en estas nuevas disposiciones se realizaron en 1957 elecciones parlamentarias en las colonias francesas y con ellas llegaron al poder algunos de los principales dirigentes de los movimientos de liberación.

Es innegable que la precipitación de la independencia de los países africanos fue una medida para evitar la formación de un movimiento revolucionario que rompiera de una manera definitiva, o replantea en términos radicalmente distintos, las relaciones con las metrópolis y para evitar una revolución social profunda.

El aumento de los diputados africanos en las cámaras de los países metropolita-

nos, así como la formación o impulso a los parlamentos locales, lograron canalizar la actividad política y evitar el desarrollo de tendencias nacional liberadoras revolucionarias, cuyos efectos habrían sido más profundos.

Este mismo estilo político permitió que las burguesías locales, o miembros de la pequeña burguesía intelectual, encontraran un camino de actividad política; estos eran sectores con los que era más fácil negociar y además se abría todo un mecanismo para que fueran representantes de estos grupos los que desarrollaran influencia sobre la población nativa y asumieran la hegemonía política. Con la honrosa excepción de Guinea y Tangañica, esto fue lo que ocurrió en la mayor parte de los países del África negra.¹

En algunos de los países africanos más atrasados (Guinea, Tangañica), en los que no se desarrolló una burguesía, la intelectualidad se apoyó fundamentalmente en el movimiento obrero organizado, y con base en esto desarrollaron una organización nacional que penetró en el campesinado, lo que les ha imprimido un rumbo progresista y distinto al del resto de los países africanos.

En países como Ghana, Malí, Senegal, la RAU y Argelia, la situación es distinta; el capitalismo local adquirió mayor significación y, por otra parte, uno de sus

¹ El destacado teórico británico Jack Woddis hace el siguiente señalamiento sobre la independencia de las colonias inglesas en África negra: "Para comenzar, después que una colonia inglesa obtiene la independencia, es usual que se instale un gobernador general británico, y algunas veces, como en el caso de Sierra Leona, ese cargo lo ocupa el mismo que era gobernador antes de la independencia," en seguida agrega "...con frecuencia, otros funcionarios y servidores civiles británicos quedan ocupando posiciones clave en el aparato estatal", Jack Woddis, *El Porvenir de Africa*, Ediciones Era, S. A. México, 1968, p. 47.

rasgos distintivos, es que fueron los representantes de la pequeña burguesía los que jugaron el papel político preponderante en el proceso liberador, apoyándose simultáneamente en la burguesía local y en el sindicalismo organizado. Una vez alcanzada la independencia este equilibrio no se ha sostenido, originando cambios políticos que se orientan en favor del desarrollo del capitalismo.

En otro gran grupo de países africanos (por ejemplo Costa de Marfil y Marruecos), después de la independencia el poder político fue entregado a los representantes de las oligarquías locales. En estos países las orientaciones de los partidos que en algún momento mantuvieron actitudes anticolonialistas rápidamente degeneraron. Este proceso ha originado una consolidación política de los grupos tradicionales, y que el colonialismo económico, con nuevas modalidades, continúe.

En conclusión, podemos señalar que en el presente encontramos en Africa cuando menos tres distintos tipos de países. La mayoría se encuentran encuadrados dentro de un modelo de estructura económica, social y política de características neocoloniales (Costa de Marfil y Marruecos). Otro grupo de países se caracteriza por un tipo de desarrollo nacional capitalista y en los que se presenta un proceso acelerado que tiende a supeditar la economía estatal a los intereses de la nueva burguesía (Egipto, Argelia). Finalmente, en un núcleo muy reducido de países se está construyendo un tipo de economía nacional popular (Guinea, Tanzania), que puede servir a la postre para edificar una sociedad socialista, sobre todo si tomamos en cuenta la amplia participación popular en las decisiones económicas y políticas del Estado.

II

En los países que hoy presentan características de neocolonias, el proceso de independencia fue conducido por representantes de la oligarquía local tradicional que lograron supeditar al movimiento sindical. De esta manera el sindicalismo no ha jugado ningún papel, o bien en los momentos decisivos no contó con la fuerza suficiente como para imprimirle a los acontecimientos un carácter avanzado. En estos países se ha desarrollado un sector estatal que está orientado para desarrollar el capital privado y ha servido para una ampliación de mercado que fundamentalmente están aprovechando las grandes compañías imperialistas.

1. Como se ha señalado anteriormente, en países como Costa de Marfil la iniciativa política para independizar al país fue tomada por representantes de la oligarquía terrateniente aburguesada; en la práctica se dio un fenómeno de supeditación de las demás corrientes, más radicales, a estos grupos oligárquicos.

Por otra parte, la independencia de estos países se aceleró con el propósito de poder entregar el poder a elementos comprometidos con el poder colonial e interesados en seguir manteniendo estrechas relaciones con el país metropolitano. De esta manera, el Estado que se configuró una vez lograda la independencia quedó sólidamente integrado por sectores interesados en mantener la estructura económica interna sin cambios.

Los procesos de "modernización económica" están siendo aprovechados por las empresas multinacionales; no obstante esta situación, se está generando una expansión del capital nacional, y por tanto una ampliación de la burguesía, factor que en el futuro puede provocar algunos cambios políticos. Por esta razón, la perspectiva de un cambio en las relaciones

sociales de producción en sentido socialista de este país es lejana.

Para que en este país, Costa de Marfil, se puedan presentar cambios políticos tendrá que ocurrir, que en los círculos dirigentes, se presenten fisuras provocadas por algún sector de la burguesía local agredido por el capital imperialista. De ocurrir esto, podrá presentarse una brecha que permita el desarrollo del movimiento de masas.

A partir de una situación de este tipo se podrían presentar dos alternativas:

a) La primera de ellas consistiría en un aumento de la participación de la burguesía en el Estado y que se iniciara un proceso de movimiento de masas que en un momento rebasara a las corrientes burguesas nacionalistas y que finalmente estableciera un régimen popular.

Para que en Costa de Marfil se puedan dar transformaciones políticas importantes deberá romperse el monopolio político del partido del gobierno, es decir que las discrepancias entre los diferentes sectores que integran el gobierno alcancen magnitudes importantes.

En países como Marruecos las posibilidades de cambios políticos son mayores, ya que los grupos de tendencia socialista son independientes del gobierno y cuentan ya con una esfera de influencias considerable y consolidada. Por otra parte, la oligarquía terrateniente y la burguesía no se encuentran unidas en un solo partido.

En Marruecos, la gran entrada de capital imperialista puede originar en algún momento el choque con algunos sectores de la burguesía local. Si tomamos en cuenta que en este país existe tradición de que la burguesía se apoye en el movimiento de masas, puede ocurrir en un momento dado que este tipo de fricciones genere movilizaciones; nuevamente existen dos salidas: la nacionalista o la democrática popular.

b) Tanto en Marruecos como en Costa

de Marfil, existe otra alternativa: la de un entendimiento de los sectores terratenientes y el capital imperialista con el nacionalismo burgués, para que gradualmente y desde el poder se realicen algunas reformas parciales sin recurrir a la movilización de masas. De darse esta alternativa las posibilidades de cambios importantes son lejanas.

Tanto en Costa de Marfil como en Marruecos, es imposible que las fuerzas socialistas vayan ganando gradualmente importancia dentro del Estado y lo orienten en este sentido. Para que las fuerzas socialistas tengan ingerencia en el Estado se requiere una lucha social que desplace a los actuales círculos gobernantes.

2. En algunos países africanos (Egipto, Argelia) una vez que fueron depuestos los poderes coloniales o sus representantes se presentó una intensificación de la lucha de clases que amenazaba derivar en la guerra civil; en estos casos han surgido elementos de la pequeña burguesía castrense que como hombres fuertes se presentan como salvadores del caos social. Estos grupos castrenses intentan imponer el poder estatal y abrirle paso al capital nacional; con este mismo propósito nacionalizan algunas empresas extranjeras, realizan algunas reformas y están impulsando nuevas capas de propietarios.

La posibilidad de que este tipo de gobiernos sean presionados a pasar de una etapa nacional revolucionaria a una fase socialista se está cerrando, ya que entre los círculos dirigentes se ha dado un proceso que los ha llevado a entrelazarse con elementos de la burguesía agraria y de la nueva burguesía urbana. Por otra parte, el estilo político de estos grupos castrenses ha sido de tales características que permanentemente reprimen a los grupos socialistas e impiden el que se desarrolle una corriente socialista dentro del Estado. Por otra parte, han supeditado a

las organizaciones de masas al aparato gubernamental, impidiendo cualquier proceso democrático popular que en un momento pudiera darle otro carácter al Estado.

En Egipto y Argelia el desarrollo de la burguesía y de la pequeña burguesía es de mayor envergadura que en los países del Africa negra y sus gobiernos militares son representativos del nacionalismo pequeñoburgués. El apoyo militar de esta pequeña burguesía les ha permitido golpear a los sectores colonialistas y latifundistas tradicionales así como al movimiento de tendencia socialista. Paralelamente, el ejército ha creado organismos políticos en los que intentan agrupar tanto a la burguesía como a la clase obrera y al campesinado, con el propósito de controlar a estas clases y frenar la lucha de clases.

En estos países, principalmente en Argelia, efectivamente en el momento de la independencia se configuró un Estado policlasista; pero esta situación se rompió pronto, quedando el Estado en manos de la burguesía y pequeña burguesía de tendencia nacional-capitalista. Por esta razón en Egipto y Argelia se presentó con gran rapidez el fenómeno de la burocratización, es decir, el surgimiento de un grupo que dispone de amplios privilegios y prerrogativas, y que utiliza al aparato estatal para su propia acumulación.

En estos países la reforma agraria, a pesar de ser limitada ha presentado un carácter marcadamente burgués; la parte cooperativizada es pequeña y está sumida en el abandono económico. Esta reforma agraria ha dado lugar al surgimiento de una capa burguesa —fundamentalmente los antiguos señores semif feudales— y un sector está invirtiendo el valor de las indemnizaciones en otros sectores, fundamentalmente en el de la construcción de viviendas, que es altamente lucrativo.

Este doble proceso, es decir el aburguesamiento de los funcionarios de gobierno y el surgimiento de una burguesía agraria y urbana, se está volviendo dominante en estos países. Para que se abra una posibilidad de cambio, es fundamental que se desarrolle una corriente socialista al margen del partido oficial y del gobierno; de otra manera, seguirá prevaleciendo el desarrollo nacional-capitalista.

Una de las causas que ha limitado las transformaciones internas en estos países, ha sido el factor internacional. Por la magnitud de su economía y la dependencia técnica que mantienen con sus antiguas metrópolis, les resultó imposible romper comercialmente con aquellos países. Esta situación la han manejado las potencias imperialistas al amenazar con cercar la economía, sabiendo que el campo socialista no está en condiciones de absorber todas sus exportaciones, ni mucho menos está en condiciones de surtirlos de toda la gama de productos que estos países requieren.

3. En algunos países del Africa negra la burguesía no jugó un papel político destacado, siendo los sindicalistas marxistas y la pequeña burguesía intelectual los que se encargaron de conducir el proceso. En estos casos, la presencia del sindicalismo marxista ha sido fundamental para neutralizar la influencia de la burguesía, así como para imprimirle a todo el proceso un carácter popular. En países como Guinea y Tangañica la penetración colonial no fue profunda y no logró desarrollarse una burguesía nacional moderna de consideración. Esta debilidad de la burguesía nacional permitió que el movimiento obrero no se supeditara a las corrientes burguesas o de la pequeña burguesía. En países como Guinea, incluso la iniciativa política por la independencia, fue encabezada por la clase obrera, la cual habría alcanzado un buen grado

de organización; por otra parte estaba fuertemente influida por el socialismo científico. De esta manera, en estos países el movimiento sindical se transformó en el eje de las alianzas políticas. El movimiento de liberación fue encabezado por elementos de la pequeña burguesía intelectual, pero el movimiento obrero no se supeditó a esta corriente: por el contrario, jugó un papel independiente y en los momentos definitorios dejó sentir toda su influencia.

Es pertinente señalar que en estos países las relaciones tribales tienen un gran peso y el atraso político cultural es enorme. Por esta razón, la posición política de los dirigentes es de una gran importancia. En países como Ghana y Malí, que durante una época caminaron por un sendero revolucionario, los movimientos de liberación fueron fuertemente encabezados por elementos de la pequeña burguesía. En estos países, después de la independencia se presentó un Estado multiclassista, pero el movimiento obrero se supeditó a las iniciativas de la pequeña burguesía en el poder y perdió capacidad de influir. En Ghana la llegada al poder de Nkrumah y el Partido de la Convención del Pueblo no abrió la posibilidad para el desarrollo de una corriente socialista dentro del Estado; Nkrumah y los dirigentes más importantes impidieron este proceso, dando por resultado una descomposición política que a la postre significó que Nkrumah y su gobierno hicieran mayores

concesiones al capital exterior y al nacional, que el programa de reformas se detuviera, que el régimen entrara en graves contradicciones, que su base de apoyo de masas se minara y que el ejército no pudiera ser renovado con suficiente rapidez.

En este país, como en Malí, la existencia de este tipo de frente o partido único, no permitió el desarrollo orgánico e ideológico de la clase obrera, por el contrario, detuvo el proceso e impidió que influyera de manera determinante, razón por la que las transformaciones fueron superficiales y su base de sustentación política sumamente endeble.

La clase obrera, al no poder diferenciarse de otras clases al frenarle el choque con la burguesía nacional y someterse de hecho a ésta, perdió toda posibilidad de desarrollar su conciencia e ideología de clase y de transformarse en la clase social rectora; de ahí que el proletariado perdió su oportunidad para influir de manera definitiva sobre el rumbo de estos dos países.

Finalmente debemos señalar que en Guinea y Tanzania jugó un papel importante su gran atraso, puesto que el bloqueo económico no generó un desplome de la industria, ya que prácticamente era inexistente, y por otra parte, la ayuda de los países socialistas permitió romper el aislamiento económico y el que puedan seguir promoviendo sus modificaciones interiores.

Nuevos rumbos de la revolución cubana*

Robert Cohen

En su famoso ensayo "El Socialismo y el hombre en Cuba", el Che Guevara escribió:

(La) institucionalidad de la revolución todavía no se ha logrado. Buscamos algo nuevo que permita la perfecta identificación entre el gobierno y la comunidad en su conjunto, ajustada a las condiciones peculiares de la construcción del socialismo y huyendo al máximo de los lugares comunes de la democracia burguesa... Se han hecho algunas experiencias para crear paulatinamente la institucionalización de la revolución, pero sin demasiada prisa. El freno mayor que hemos tenido ha sido el miedo a que cualquier aspecto formal nos separe de las masas y del individuo, nos haga perder de vista la última y más importante ambición revolucionaria que es ver al hombre liberado de su enajenación.

Ernesto Che Guevara, "El socialismo y el hombre en Cuba", en *Obra revolucionaria*, Editorial ERA, México, 1967, pp. 632-633.

* Conferencia pronunciada en la reunión anual del *Pacific Coast Council of the Latin American Studies Association*, en Fresno, California, el 24 de octubre de 1975. El au-

Cuba se encuentra hoy día (octubre de 1975) comprometida de lleno en un proceso de institucionalización, proceso al cual el Che se había referido como una necesidad vital de la Revolución. El evitar los peligros apuntados por el Che —la institucionalización en base a modelos burgueses, y un formalismo que pudiera inhibir el proceso revolucionario— fue solamente parte de la razón por la cual este proceso se está desarrollando ahora, casi 17 años después del triunfo de la Revolución. Uno de los errores que se cometen al analizar este proceso es el creer que éste hubiera podido ser realizado o se hubiera debido realizar antes. Las prioridades sin embargo, hasta el momento habían sido las referentes a la supervivencia: mantener la economía en funcionamiento a pesar del bloqueo y a la Revolución en el poder a pesar de los ataques del imperialismo, al tiempo de ir creando una conciencia política en la población. Hoy, la Revolución se encuentra internamente consolidada —la economía está mejor organizada y crece rápidamente, la contrarrevolución está aplastada, y el apoyo externo a la Revolución nunca antes había sido tan importante. Cuba se

tor es periodista y vive en Cuba desde hace 6 años.

ha ganado un lugar seguro en la arena internacional como miembro del campo socialista, del movimiento de los no-alineados y como parte de América Latina, mientras se derrumba el bloque. La prolongada agresión a Vietnam le dio a Cuba como a otros pueblos la posibilidad de avanzar en sus procesos revolucionarios y la situación internacional posterior a la victoria del heroico pueblo vietnamita es favorable a la continuación de este proceso en Cuba. Estas son algunas de las razones por las cuales la institucionalización puede llevarse a cabo ahora, esto es, a partir de 1970-71.

Otro error en la interpretación de este proceso ha sido el considerarlo nuevo. Una de las explicaciones fundamentales al fenómeno de la sobrevivencia de la Revolución Cubana a pesar de las agresiones y del aislamiento dentro de este hemisferio es el hecho que las instituciones revolucionarias existieron desde un principio. En veinte meses, la revolución que triunfó en enero de 1959 dismanteló el aparato de estado burgués, nacionalizó las riquezas principales del país, centralizó el poder en un aparato que representaba e involucraba a las masas de obreros y campesinos y creó numerosas instituciones y organizaciones para movilizar y dar participación a la población a todos los niveles de la vida del país. Son bien conocidos los Comités para la Defensa de la Revolución (los CDR una contribución exclusivamente cubana), los Tribunales Populares, la Federación de Mujeres Cubanas, la Asociación Nacional de Pequeños Agricultores, la Central de Trabajadores de Cuba (CTC), etc., como asimismo las organizaciones políticas de vanguardia (el Partido Comunista y la Juventud Comunista) y el diálogo no formalizado pero tan importante de Fidel con el pueblo en la Plaza de la Revolución y en todo el país. Como Fidel ha dicho, el Estado ha

sido provisional hasta ahora, pero ha existido como tal y la sociedad ha sido organizada. A pesar de no contar con instituciones representativas, el Estado provisional ha sido esencialmente democrático, y esto es la única explicación al grado de apoyo con que siempre ha contado. Ahora, se les podrá dar al Estado y a la sociedad en su conjunto una estructura institucional más formal, no solamente para lograr una eficiencia mayor sino para asegurar la continuidad de la Revolución en su sentido más amplio y profundo. El Che había siempre hecho hincapié en la necesidad de que las masas participaran en la dirección de la sociedad y de la producción, proceso que se encuentra estrechamente relacionado a la educación técnica e ideológica. En otras palabras el poder popular debe ser una realidad *al mismo tiempo* que las masas desarrollan una capacitación técnica y una profundidad ideológica capaces de hacer caminar el proceso hacia adelante y en una dirección correcta.

Este es un proceso dialéctico extremadamente complejo y constituye la esencia misma del periodo de transición. Institucionalizar la Revolución, hoy, quiere decir institucionalizar estos dos procesos paralelos e interrelacionados. Significa fortalecer *al mismo tiempo* la dictadura del proletariado y la democracia socialista, dos caras de una misma moneda en una sociedad realmente revolucionaria. El que se diera uno sin el otro significaría una desviación del camino revolucionario.

El fracaso de la zafra azucarera de 1970 (que alcanzó un record de ocho millones y medio de toneladas en lugar de la ambiciosa meta de diez millones) provocó en Cuba un proceso de profunda autocrítica, una revaluación y reorganización cuyos resultados están tomando cuerpo hoy. Inmediatamente después de la zafra, Fidel analizó los efectos negativos del fra-

caso no sólo en términos de la economía global, sino también de las debilidades, errores y deficiencias que se hicieron evidentes, en distintas esferas, durante el heroico esfuerzo de la zafra. El problema no consistió en falta de entusiasmo o espíritu de sacrificio por parte del pueblo que se había entregado totalmente a la magna tarea. El problema residió en los métodos, estructuras y prioridades de la organización social y económica. Con un enorme optimismo Fidel lanzó la consigna: CONVERTIR EL REVES EN VICTORIA. Su optimismo aparentemente fuera de lugar dada la seriedad de los problemas que debían ser solucionados, estaba basado en la lección más importante que dejó la zafra de 1970: el hecho de que se podía confiar en las masas.

La experiencia confrontó a los cubanos con la realidad del periodo de transición. Se entendió como nunca antes que no se podían saltar etapas en la construcción de una nueva sociedad, y que no era posible construir simultáneamente el socialismo y el comunismo como anteriormente se había esperado. Esta constatación de la realidad tiene una sorprendente semejanza con lo que Lenin plantea en su trabajo "El Cuarto Aniversario de la Revolución de Octubre":

Llevados de una ola de entusiasmo, después de despertar en el pueblo un entusiasmo al principio político general y luego militar, calculábamos realizar directamente, sirviéndonos de ese entusiasmo, tareas económicas de la misma magnitud que las tareas políticas generales y las militares. Calculábamos —o quizá sea mejor decir: suponíamos, sin haber calculado suficientemente— que con órdenes directas del Estado proletario podríamos organizar al modo comunista, en un país de pequeños campesinos, la producción es-

tatal y la distribución estatal de lo producido. La vida nos ha hecho ver nuestro error.

Lenin V. I., "Con motivo del IV aniversario de la Revolución de Octubre", citado en *La cultura y la revolución*, p. 166, Editorial Progreso, Moscú, sin fecha.

Fue necesario encontrar un camino más científico para construir el socialismo en condiciones de subdesarrollo y bloqueo económico, y fue asimismo necesario reorganizar la economía y las instituciones de la sociedad. La elevada conciencia política de la población —forjada en la confrontación directa con la contrarrevolución y el imperialismo, y estimulada por la dirección de la Revolución— no podía ser mantenida indefinidamente (especialmente en cuanto a la producción) al no existir una política económica y social capaz de aprovechar al máximo los esfuerzos creativos y sacrificios cotidianos del pueblo. Como señaló Fidel en noviembre de 1973, el pueblo cubano ha demostrado de sobra su heroísmo frente al enemigo, pero existe una diferencia entre el heroísmo manifestado frente al ataque enemigo y el "heroísmo de todos los días", el del trabajo duro, que requiere infinitamente más espíritu proletario y comunista. El momento reclamaba una evaluación más realista de los efectos de siglos de subdesarrollo y neocolonialismo en la conciencia del pueblo como en las fuerzas productivas. La vieja "ley de la correspondencia" —el que las relaciones de producción corresponden al nivel de las fuerzas productivas— se impuso como un choque eléctrico.

La toma de conciencia por parte de la dirección cubana de que había llegado el momento de reorganizar e institucionalizar el país, no significó, sin embargo, la negación de ninguno de los objetivos bá-

sicos ni el abandono de ninguno de los principios de la Revolución. Si existe un aporte fundamental cubano a la teoría y práctica marxista-leninista (y creo que sí los ha habido más allá del hecho histórico de establecer el primer estado socialista en el hemisferio occidental, en las mismas narices del imperialismo), éste es su insistencia en crear un Hombre Nuevo* que implica el darle prioridad a factores políticos y morales por encima de estrechas consideraciones económicas a lo largo de todo el camino. Si el socialismo y el comunismo no se podían construir simultáneamente, si la presión del aislamiento había provocado una aceleración un tanto artificial de ciertas transformaciones y errores idealistas en cuanto a la velocidad del cambio, todo esto no significaba (como han afirmado quienes buscan la confirmación de sus predicciones antimunistas) que había que botar todo lo alcanzado y restaurar el capitalismo (o instaurar el revisionismo). Sencillamente el socialismo debía venir primero, debía ser construido sobre bases científicas y a una velocidad determinada por la situación concreta de Cuba, y después, vendría el comunismo. Pero, algunos elementos del comunismo y la creación de una conciencia comunista deben necesariamente formar parte del proceso desde un principio. Esta era la visión de Marx, de Engels y de Lenin y así se dio en la práctica

* En este sentido siempre recuerdo lo que dijo Pham Van Dong primer Ministro de la RDV en marzo de 1974: "Nuestro Presidente Ho Chi Minh solía decir que para construir el socialismo debían existir hombres y mujeres socialistas y que para que existan hombres y mujeres socialistas es necesario formarlos como tales desde que son pequeños. Esto es algo que todos nosotros vemos perfectamente claro. Y siento una gran admiración por todo lo que he visto en Cuba porque esta frase se ha hecho realidad. Considero a esto un éxito del cual deben estar muy orgullosos y nosotros también lo estamos.

en cada uno de los países socialistas de hoy.

Es muy significativo que el proceso haya arrancado en otoño de 1970, con la reorganización, fortalecimiento y democratización del movimiento obrero. Las organizaciones de masas se habían ido debilitando en cuanto a iniciativas y participación de la base, y fue preciso revitalizarlas. Además, ¿cómo iba el país a enfrentar la enorme tarea de salir del subdesarrollo sin la participación directa de la masa de trabajadores? Como creadores de la riqueza de la sociedad y como dueños del poder político en un sistema socialista, los trabajadores debían jugar un papel aún más grande en la dirección de la producción y de la sociedad en general. Su organización sindical debía pues cumplir un doble papel: canalizar la participación política de los trabajadores y estimular la producción. El movimiento sindical se hallaba estancado y se había convertido en un mero vehículo para transmitir consignas y orientaciones a los obreros desde arriba. Lo que hacía falta era un movimiento sindical que realmente reflejara los intereses de los trabajadores, luchara por sus demandas y promoviera sus iniciativas. Y esto no porque exista contradicción entre el Estado de los trabajadores y los trabajadores mismos, o porque la administración estatal y los obreros tengan intereses distintos en el socialismo, sencillamente porque ¿quiénes mejor que los trabajadores mismos para juzgar si es correcto o factible el tomar determinada medida económica? ¿quiénes mejor que ellos para velar por su propio bienestar? Además, en la medida en que el movimiento obrero esté fuerte y el poder se encuentre realmente en la base, el privilegio y la burocracia encontrarán cada vez menos campo de acción.

El movimiento obrero se organizó en 23 sindicatos nacionales, incluyendo la to-

talidad de la fuerza laboral (excepción hecha de los agricultores privados, dueños de pequeñas parcelas). Se realizaron elecciones sindicales —por votación directa y secreta— en cada centro de trabajo. Fiel del subrayó que los nuevos representantes sindicales podían ser relevados de sus cargos por los trabajadores “a cualquier hora del día o de la noche” si dejaran de cumplir su papel de fieles representantes de los obreros y de sus intereses. Una parte esencial de su trabajo sería la participación en la toma de decisiones en sus lugares de trabajo conjuntamente con los administradores nombrados por el Estado. Todas las decisiones acerca de la producción, condiciones de trabajo, etc., tendrían que ser discutidas con los trabajadores y recibir su aprobación. Este modelo de democracia sindical sería pronto institucionalizado a nivel nacional al decidirse que el dirigente máximo del movimiento obrero participaría de las reuniones del Consejo de Ministros.

Dicho poder acarrearía consigo, naturalmente, pesadas responsabilidades. Se concebía como tarea fundamental de los sindicatos el asegurar el aumento de la producción y de la productividad, de la disciplina laboral y del avance técnico por parte de los trabajadores. Corrientes de idealismo, ultra-igualitarismo, super-democratismo y humanismo pequeño burgués habían provocado una relajación de la disciplina y de los controles en cuanto a la producción que era perjudicial para la sociedad en su conjunto. El Estado proletario y la clase obrera en sí tenían todo el derecho a exigir de sus miembros un trabajo eficiente e intenso, del mismo modo que cada miembro tenía derecho a recibir de la sociedad una justa retribución por lo que a ésta aportaba. Nunca fue mejor ejemplificada esta interrelación como en el 13 Congreso de los Trabajadores llevado a cabo en noviembre de 1973, y

que fue la culminación de la reorganización del movimiento laboral comenzada en el otoño de 1970. El lema del Congreso fue: DERECHOS Y DEBERES DEBEN IR JUNTOS, indicándose así que, en la práctica, esto no había ocurrido. En dicha reunión prevaleció un espíritu de responsabilidad social, una elevada conciencia de la misión histórica del proletariado, y un rechazo a todo economismo, en cualquier forma o manera que éste pudiera manifestarse. Un ejemplo de esto último es la “Resolución No. 270”. Esta era una medida de seguridad social cuya finalidad original era el mantenerle a los trabajadores de vanguardia el 100% de su salario al retirarse o en caso de enfermedad, pero que se había extendido en forma mecánica a cientos de miles, convirtiéndose en una carga demasiado pesada para la economía y en fuente de ausentismo. En las discusiones masivas preparativas del 13 Congreso, el 99% de los obreros votó la abolición de la medida que por cierto había beneficiado personalmente a tantos de ellos. Se adoptaron otras resoluciones cuyos objetivos eran el fortalecimiento de la economía y el aumento de la productividad. El trabajo voluntario, esencial en una sociedad revolucionaria, se había convertido, desde el punto de vista económico, en arbitrario e improductivo, y servía frecuentemente para compensar a la ineficiencia durante las horas de trabajo regular. El Congreso decidió restringir el trabajo voluntario a trabajos realmente productivos y necesarios, y enfatizar su rol educativo. Más aún, se establecerían normas y grados para cada trabajo específico de modo de poder planificar científicamente la producción y determinar la eficiencia del trabajo. Estas normas estarían a su vez relacionadas a los salarios —de modo que más y mejor trabajo significara más ingreso, y viceversa. Esto se aplicaría conjuntamente con

la fijación de un salario base para el mismo tipo de trabajo. Se apuntaba a la creación de las condiciones necesarias para la implementación de la fórmula socialista esbozada por Marx en su "Crítica al Programa de Gotha": "De cada cual según sus posibilidades, a cada cual según su trabajo." ¿Qué otro modelo de distribución podía ser más justo antes que la abundancia material se logre? ¿Quería esto decir que la revolución Cubana estaba cambiando los incentivos morales por los materiales, o que se estaba violando el dictamen del Che: "no se puede construir el socialismo con las armas melladas del capitalismo"? Lo que quería significar era simplemente que los incentivos morales y materiales deberían combinarse en un periodo en que casi todo el material humano de la sociedad estaba formado en el viejo sistema y en que las fuerzas productivas se encuentran aún poco desarrolladas y son ineficientes. Recompensar a un trabajador por la tarea que ha realizado no significa abandonar la tarea crucial de construir una conciencia social a partir de sacrificio personal y generosidad. Si se abandona esa tarea, si todo se hace en función del interés y confort individual, se produce entonces una seria desviación del camino revolucionario. Pero este no es el caso. El 13 Congreso enfatizó la emulación socialista como una manera fraternal de estimular la producción, la educación política y el internacionalismo como medios de hacer funcionar la economía. Y esto no contradice en absoluto el planteo del Che. Este nunca rechazó los incentivos materiales, lo que hizo fue enfatizar la preeminencia de los morales: "Por un lado los estímulos materiales son necesarios, porque salimos de una sociedad que no pensaba nada más que en estímulos materiales y construimos una sociedad nueva sobre la base de aquella vieja sociedad, y porque

no tenemos lo suficiente todavía para dar a cada cual según su necesidad. Por eso el interés material estará presente durante un tiempo en el proceso de construcción del socialismo... El estímulo moral, la creación de una nueva conciencia socialista, es el punto en que debemos apoyarnos y hacia donde debemos ir y hacer énfasis en él."

Un aspecto interesante de este histórico 13 Congreso de los Trabajadores es el hecho de que fue prácticamente ignorado por la prensa norteamericana —en el momento en que se desarrolló. Pero unas semanas después, los diarios norteamericanos, contra su sagrada práctica de "publicar lo que es noticia", comenzaron a ocuparse del Congreso, como si alguien allá arriba en el aparato central de propaganda hubiera mandado la orden; y estos artículos en forma uniforme distorsionaron, la información sobre el Congreso en una misma dirección: "FIDEL RENUNCIA A SU OBJETIVO COMUNISTA", decía uno de los titulares. Es aún más triste percibir esta misma distorsión en algunos sectores de la izquierda norteamericana.

Se puede estimular el aumento de la producción y la productividad de diversos modos, pero en el largo alcance esto se convierte en un imposible sin una política económica global y una guía correctas. De forma que, paralelamente a la revitalización del movimiento obrero, el Gobierno Revolucionario comenzó a tomar medidas para fortalecer la economía. La gran inversión social que significaba el proveer de atención médica y educación gratuitas a toda la población, el defender al país y asegurar el bienestar social general, no podía mantenerse sin una óptima eficiencia en el uso de los recursos materiales y humanos. Más aún, la alta tasa de reinversión en el sector productivo, unida a la situación de escasez

provocada por el bloqueo, habían mantenido al consumo a un nivel bastante bajo, con el dinero acumulándose en manos de la población. Ocurrió una suerte de "inflación" socialista, que no solamente desequilibró la economía sino que también minó algunos de los avances políticos y la disciplina laboral que habían sido adquiridos en la primera década de la Revolución. El cerrado sistema de racionamiento, al tiempo que proveía de una justa y adecuada distribución de alimento para todos, actuaba en contra del objetivo de estimular la disciplina laboral y la producción. ¿Qué sentido podía tener el incentivo material si no había nada en qué gastar el dinero extra que se poseía? El gobierno Revolucionario comenzó gradualmente a hacer asequible más bienes de consumo aumentando la proporción de fondos destinados al sector consumo. Estas medidas se acompañaron de una "política de precios" que ponía a disposición de los consumidores, fuera del sistema de racionamiento, y a precios más elevados, ciertos bienes. Así fue posible que la población adquiriese cigarrillos y ron en cantidades limitadas únicamente por sus ingresos y presupuestos personales. El equipamiento del hogar se hizo disponible de otra forma: a través de los lugares de trabajo y según las necesidades y méritos laborales del trabajador (y por votación del conjunto de los compañeros de trabajo). Asimismo este periodo recoje los frutos de muchas inversiones hechas en la primera época de la Revolución. Tomemos como ejemplo el problema de la vivienda. Sin suficiente cemento ningún esfuerzo por grande que este fuera sería suficiente para resolverlo pero ahora que se produce cemento en cantidades suficientes, se organizaron las microbrigadas de trabajadores, un ejemplo de cómo los trabajadores mismos pueden resolver a la vez un problema social y sus nece-

sidades personales. Hoy día las fábricas organizan brigadas de trabajadores para construir viviendas, y los trabajadores que permanecen en la fábrica compensan el trabajo de los "albañiles". Los trabajadores resuelven luego la forma en que estas viviendas deben distribuirse. Otra medida importante fue el insistir en el control económico —contabilidad de costos en terminología norteamericana— algo que Lenin siempre destacó como hecho absolutamente vital para la salud de la economía. La conciencia de los costos, una de las batallas más importantes del Che, prácticamente no existía, y la economía operaba internamente como si estuviera basada exclusivamente en las necesidades y no en las posibilidades. Esto hacía imposible la planificación global. Otro problema, quizás uno de los más serios, fue la excesiva centralización de la toma de decisiones y de las responsabilidades, que hacía que la gente quedara absolutamente en el aire cuando los objetivos de la producción no eran alcanzados, con excepción, claro está, del director o el ministro. La propiedad estatal de los medios de producción no implica la administración estatal centralizada de absolutamente todo, especialmente en un país subdesarrollado donde la producción se encuentra dispersa en miles de pequeñas e ineficientes empresas. Quedó claro que tanto el poder de decisión como la responsabilidad sobre éste debían aumentarse a nivel de las comunidades y unidades de producción, de forma de incrementar la participación de los trabajadores en la conducción de la economía.

Este nuevo enfoque económico provocó rápidos resultados, servicios más eficientes en tiendas y restaurantes, más bienes de consumo disponibles. La economía creció a una tasa respetable: 5% en 1971, 10% en 1972, 11.4% en 1973 y aproximadamente 13% en 1974. El objetivo es avan-

zar a una tasa constante de un 6% en la próxima década. En términos de estrategia económica global, Cuba está entrando en su segunda etapa, con el acento puesto en la industrialización. Hasta ahora el énfasis se había puesto en la agricultura e industrias relacionadas a la producción agropecuaria. Ahora se le dará prioridad a la industria pesada incluida la producción de níquel. La mecanización y modernización de la agricultura han avanzado considerablemente, una cuarta parte de la zafra de azúcar se encuentra ya totalmente mecanizada, previéndose que para 1980 lo estará el 80%. Algunos sectores de la industria azucarera han sobrepasado el grado de productividad de la época capitalista, reflejándose así la tendencia general de aumento de la eficacia. Pero lo más importante es el próximo plan quinquenal (1976-80) que marcará el despegue económico del país. La planificación central se encuentra estrechamente coordinada con la planificación y discusión en los lugares de trabajo, posibilitándose así el que los objetivos sean realistas y los recursos distribuidos adecuadamente. Cuba no ha sufrido la crisis económica del mundo capitalista, aunque ha sentido sus efectos indirectamente a través de la inflación externa y el intercambio monetario. La manipulación del mercado azucarero por los países capitalistas ha provocado una baja en el precio del azúcar, pero se han hecho acuerdos de mantenimiento de precios con otros países del campo socialista para paliar esta situación (y Cuba se encuentra trabajando conjuntamente con otros países productores a fin de crear una asociación de exportadores de azúcar para defender los precios de dicho producto). Para el consumidor, el azúcar se ha mantenido a 7 centavos la libra, y los precios de los artículos de primera necesidad

se han mantenido a precios estables y razonables.

Factores cruciales de esto han sido las sólidas y mutuamente beneficiosas relaciones económicas y comerciales con los países socialistas del COMECON, y, especialmente, la asistencia de la Unión Soviética. Cuba tiene, asimismo, importantes relaciones económicas con Japón, Francia, Canadá y otros países capitalistas. El resquebrajamiento del bloqueo ha permitido a Cuba reinsertarse gradualmente en la economía latinoamericana, su comunidad natural, a un nivel más alto de integración y cooperación frente a la dominación imperialista. La perspectiva de las relaciones con los Estados Unidos se hace más realista a medida que el bloqueo se derrumba y Washington se ve forzado a retroceder. Cuba tiene mucho a ganar en el largo plazo, y la Revolución se encuentra en mejores condiciones que nunca para resguardarse de la mentalidad de consumo que los Estados Unidos exportan junto con su tecnología.

De acuerdo al borrador de la Plataforma Programática del Partido que actualmente se encuentra en discusión en todo el país, un nuevo sistema de administración y planificación económica se adoptará de forma de "satisfacer las necesidades en aumento de la población y ofrecer nuestra solidaridad y ayuda a otros pueblos". El nuevo sistema buscará el máximo de eficiencia a través de "la aplicación de los principios sólidos del marxismo-leninismo y la rica experiencia en la construcción del socialismo que ha acumulado el movimiento revolucionario internacional en las últimas décadas, aplicando creativamente esta experiencia a nuestras condiciones concretas." Es bueno transcribir en forma completa varios pasajes del documento de forma de clarificar la dirección que tomará la economía:

La puesta en práctica de este nuevo sistema traerá aparejada mayores transformaciones en la economía, la creación de nuevas instituciones, el establecimiento de presupuestos de Estado y empresas, grandes cambios en la forma en que operan las grandes empresas y se relacionan entre sí, etc. La Plataforma Programática dice que el sistema:

... es una poderosa e imprescindible palanca para la construcción de la sociedad socialista. Su implantación será el inicio de un largo proceso de perfeccionamiento y desarrollo de todos sus aspectos. Constituye una tarea fundamental la permanente observación y análisis de su funcionamiento y adecuación sistemática al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción.

Otros objetivos delineados en el documento ahora en discusión son: la creación de formas superiores de producción agrícola (más cooperativas); aumento gradual del escalafón más bajo de salarios; el dejar progresivamente el sistema de racionamiento, exceptuando aquellos productos que aún escasean; el aumento del nivel de consumo y de vida en general de la población; la planificación como una medida absolutamente necesaria de la actividad económica y social, etc.

Este nuevo sistema hará que la economía funcione de acuerdo a las posibilidades reales del periodo de transición porque corresponda al nivel alcanzado por las fuerzas productivas, pero, como en todas las políticas de transición, hay peligros que deben ser cuidados. Una administración económica cuidadosa conjuntamente con una adecuada educación ideológica deberán estar en guardia con respecto a factores tanto políticos como humanos guiados por consideraciones estrechas acerca de la eficiencia y rentabilidad, o incluso competitividad; que las

diferencias de salarios, hoy día pequeñas, no aumenten; que la "política de precios" no afecte el nivel de vida de los sectores con ingresos inferiores; que los incentivos materiales no adquieran más preponderancia que los morales en el desarrollo de las próximas generaciones... El liderazgo dado por Cuba a la pureza ideológica y a la moralidad revolucionaria; el rechazo tradicional de los cubanos al privilegio, la burocracia y el autoritarismo, la poderosa corriente en la Revolución Cubana de humanismo e igualitarismo —estos son factores que contrarrestarán los escollos inherentes al periodo de transición.

Pero la fortaleza del Partido es el factor más importante de todos. Nunca tendrá el Partido un papel tan importante a jugar como en el periodo próximo. Uno de los problemas más importantes que se hicieron evidentes después de la zafra de 1970 y que Fidel mencionó en el discurso que anunciaba que el objetivo trazado no sería alcanzado, fue el debilitamiento del trabajo político del Partido Comunista debido, fundamentalmente a que sus miembros se hallaban dedicados a tareas exclusivamente administrativas. Fidel hizo hincapié en el hecho de que el Partido trabaja con gente, su trabajo es un trabajo político, un trabajo ideológico, mientras que el trabajo administrativo se refiere a máquinas, a producción, a servicios, a hacer funcionar el aparato del Estado. Naturalmente las dos tareas se entrecruzan en mil puntos, pero las aproximaciones, (métodos y prioridades) deben diferir. Este problema había surgido en las primeras épocas de la Revolución, aunque por motivos diferentes. En su prólogo al libro "El Partido Marxista Leninista" (1963), el Che se refirió a algunas de las consecuencias de la breve crisis de sectarismo acaecida en la organización que precedió al actual Partido Comunista:

“Las ORI pierden su función de motor ideológico —y de control de todo el aparato productivo a través de esta función— y pasan a ser un aparato administrativo; en estas condiciones, los llamados de alerta que debían venir de las provincias, explicando la serie de problemas que allí existían, se perdían, porque quienes debían analizar el trabajo de los funcionarios administrativos eran precisamente los dirigentes del núcleo que cumplían una doble función de partido y administración pública.”

Aunque el problema en 1970 ya no era el sectarismo, la descripción del Che de la situación en los comienzos de la década del 60 ilustra las graves consecuencias que para toda la sociedad, pueden derivar de la deformación del verdadero rol del Partido. Tal ha sido la identificación entre Partido y administración, que todavía las autoridades máximas en las provincias son los altos miembros del Partido, y las autoridades estatales se encuentran ausentes totalmente. El Primer Congreso del Partido analizará y aprobará una nueva división político-administrativa del país que no solamente creará catorce provincias en lugar de las seis existentes sino que le permitirá al Partido liberarse de las responsabilidades administrativas que deberán estar en manos del Estado, y donde las masas deben jugar un rol directo y activo. Desde 1970 el Partido ha tenido una reorganización interna considerable, expandiéndose hacia abajo el Secretariado y la elección del liderazgo del Partido. Las interrelaciones entre el Partido y el Estado fueron claramente delineadas. Se puso mucho énfasis en la importancia del estudio político y el avance académico de los miembros del Partido —al punto que se ha hecho obligatorio para ellos la asistencia a la es-

cuela. El Partido se ha trazado como objetivo el que todos sus miembros tengan el nivel secundario completo al finalizar el plan quinquenal. Actualmente existen muchos miembros que apenas tienen educación primaria, hecho que, naturalmente limita el trabajo y la efectividad del Partido. A veces la gente se olvida que Cuba tuvo que realizar su Revolución con una población cuyo promedio de nivel educativo no alcanzaba el sexto grado de escuela, y con un legado de ignorancia e inexperience considerables en las esferas culturales y teóricas. Una vez consolidada la Revolución y la economía correctamente encaminada, el Partido puede ahora concentrarse en aumentar los niveles políticos y educativos de sus miembros. En una revolución orientada hacia la acción, se ha revalorado la importancia de la teoría, del marxismo-leninismo como guía para la acción, no solamente dentro del Partido sino también en toda la sociedad. Si el rol de vanguardia del Partido se ha fortalecido en estos últimos años, esto no significa que su relación con las masas se haya debilitado. Cuba es el único país socialista, según lo que estoy informado, donde la elección por parte de los compañeros de trabajo como “trabajador ejemplar” es prácticamente un requisito fundamental para convertirse en miembro del Partido. Esto asegura el que el Partido esté compuesto por los trabajadores mejores y más conscientes. Al mismo tiempo, al estar guiadas por el Partido, las organizaciones de masas ayudan a controlar al Partido y a su trabajo. El 28 de septiembre de 1970, Fidel dijo:

“... es necesario que las organizaciones de masas ayuden al Partido en esta tarea frente a cualquier desviación, frente a cualquier manifestación de privilegio. Es decir, la masa debe cuidar al Partido y velar para que el Partido

pueda desempeñar su papel de vanguardia.”

El Congreso del Partido será indudablemente el evento más importante desde el triunfo de la Revolución; hará un balance de todo lo ocurrido desde 1959, y establecerá una guía para el futuro. En el Congreso, el Partido aprobará su Plataforma Programática y estatutos, y se discutirá acerca de la vida interna del Partido, haciéndose hincapié en el fortalecimiento del centralismo democrático, crítica y autocrítica, etc. Todo indica que el liderazgo político del Partido, la dictadura del proletariado y las relaciones del Partido con las masas, serán fortalecidos.

Al discutir anteriormente el problema económico, mencioné la necesidad de descentralizar el aparato administrativo. En términos políticos esto significa una profundización de la democracia socialista. Desde 1970, el movimiento en esa dirección ha sido una de las experiencias más importantes de la Revolución Cubana. El 26 de julio de 1970, Fidel dijo: “Es imposible hoy dirigir y coordinar todo ese aparato (simplemente con un Consejo de Ministros). Es necesario crear una estructura de carácter político para que coordine los distintos sectores de la producción social.” El 28 de septiembre del mismo año dijo: “El proceso revolucionario mismo ha ido demostrando los inconvenientes de los métodos burocráticos y a la vez también de los métodos administrativos.” Ha quedado claro que los métodos verticalistas no pueden funcionar en una sociedad colectivista. ¿“Quién puede sustituir la eficiencia, la eficacia, la infalibilidad —podemos decir— de los controles de masas?” preguntó Fidel. Dio entonces como ejemplo la administración de una panadería local:

“Puede suponerse acaso que pueda ha-

ber ningún medio más efectivo para controlar esa actividad que las propias masas? Acaso puede haber otro método de inspección? No ¡Se puede echar a perder aquel hombre que dirige aquella microunidad productiva, se puede echar a perder todo el mundo. Los únicos que no se van a echar a perder son los afectados, los afectados!”

Antes de describir la forma en que Cuba está institucionalizando esto, describiré otra manifestación del desarrollo de la democracia socialista desde 1970. Todas las resoluciones y leyes importantes de la Revolución fueron discutidas por toda la población antes de ser resueltas. Desde la discusión de la ley que considera ilegal el no trabajo de una persona para ello capacitada, hasta la discusión de la nueva constitución socialista del país, este proceso ha involucrado a las masas como nunca antes, éstas lo habían estado en asuntos de estado o debates político-ideológico. Una de las leyes discutidas fue el Código de la Familia que sustituye la anticuada legislación acerca del casamiento y la familia, establece igualdad de derechos para hombres, mujeres y niños, baja la edad en que se requiere permiso paterno para contraer casamiento a 18 años, facilita el divorcio, y promueve la responsabilidad compartida en el hogar y para la crianza de los hijos entre hombre y mujer. La reorganización de todo el sistema judicial fue sometida a la población para su discusión. Bajo este nuevo sistema, jueces no profesionales, provenientes de las bases, tienen derecho a formar parte del aparato legal a cualquier nivel, entre otros cambios. Fue asimismo discutida una ley que define claramente la responsabilidad legal de los administradores y empleados del Estado por sus decisiones, y establece sanciones por mal uso de fondos, recursos o poder. Pero lo

más importante de todo ha sido la discusión del primer bosquejo de la Constitución y de una serie de "tesis" que el Partido ha preparado como documentos de trabajo para ser analizados como resoluciones claves en el Congreso de diciembre. La Constitución no solamente provee a Cuba de un conjunto general de principios y estructuras en que se basa el Estado revolucionario, sino que además define claramente los deberes y derechos de las gentes en una sociedad revolucionaria. El artículo 4 del primer borrador establece:

"En la República de Cuba todo el poder le pertenece al pueblo trabajador..."

Se garantiza la eliminación de la "explotación del hombre por el hombre"; dice que el Estado cuida del bienestar y protege a todos los ciudadanos; les asegura trabajo y un nivel de vida decente, cuidado de la salud y educación gratuitos; y delinea la estructura del Estado, el sistema electoral y los principios internacionalistas de la política exterior. Se encuentra asimismo en discusión y para ser presentado en el Congreso del Partido; la legislación concerniente a la igualdad de derechos de la mujer, políticas concernientes a los campesinos, la cultura, los medios de comunicación masiva, la ideología y la plataforma programática del Partido. Lo importante es que las sugerencias y las críticas, las iniciativas y los agregados realizados durante estas discusiones en las comunidades y lugares de trabajo son cuidadosamente registrados y enviados a comisiones que los procesan, y se les toma en cuenta en los siguientes borradores y en la versión final de la ley o tesis política. Algunas de estas resoluciones han sido sumamente ricas por los debates y controversias que han generado, mientras que otras recibieron escasas contribuciones fuera de su aprobación. Se hicieron pocas sugerencias en cuanto a la reorganización judicial, posiblemente por

la complejidad del tema y el lenguaje técnico usado en el borrador. El Código de la Familia provocó profundas discusiones, lo mismo que las tesis acerca de la mujer y la cultura. Frecuentemente el documento en discusión expresa tan exactamente las ideas y sentimientos de la población que poco queda para agregar. Otras veces, la forma mecánica en que eran conducidas las asambleas o lo largo del documento, desestimulaba la discusión. Pero de todos modos, este proceso le permitió a la población discutir las resoluciones que afectan sus vidas y participar a un determinado nivel en el proceso de toma de decisiones nacionales. Fidel se refirió en una oportunidad al país como una "legislatura gigante" donde el pueblo es el que crea las leyes.

El experimento de Matanzas representa una forma superior de este proceso democrático. La ley No. 1269 del Gobierno Revolucionario le dio a las Asambleas de Poder Popular (o Poderes Populares) la facultad de:

"ejercer gobierno, administrar entidades económicas de producción y servicios, emprender construcciones y reparaciones y en general desarrollar las actividades requeridas para satisfacer necesidades sociales, económicas, culturales, recreativas y educacionales propias de la colectividad de la demarcación en que ejerzan su competencia".

En junio y julio de 1974 se realizaron elecciones en Matanzas para nombrar delegados a las asambleas de base —la primera elección para funcionarios de gobierno desde la Revolución, pero de ningún modo la primera elección, ya que desde el comienzo se realizaban éstas en las comunidades y lugares de trabajo. Más del 90% de la población mayor de 16 años votó en forma directa y secreta, eligiendo a uno entre varios candidatos nombrados por la misma comunidad (la

unidad electoral de base incluye alrededor de mil personas). Los delegados de base procedieron entonces a elegir la asamblea municipal, que a su vez eligió la asamblea regional, y ésta, a su vez, la asamblea provincial —todas con sus correspondientes Comités Ejecutivos. En cada nivel entonces, se había elegido una autoridad gubernamental máxima, con poderes derivados del pueblo y competencia en las áreas de su jurisdicción: los delegados de base responsables de la comunidad que los había elegido; las asambleas municipales responsables de los problemas de las ciudades; las autoridades regionales responsables de los asuntos regionales y las asambleas provinciales responsables de los asuntos de la provincia en su conjunto. Para tener una idea más clara del modo en que esto funciona tomaremos como ejemplo las carreteras. La reparación y mantenimiento de los caminos y calles locales es responsabilidad de las asambleas municipales; la asamblea provincial se ocupa de los caminos y carreteras que unen distintas partes de la provincia; y el gobierno central es responsable de las carreteras inter-provinciales. La idea es concentrar todo el poder administrativo posible a los niveles más bajos posibles. Esto significa que las asambleas de Poder Popular controlan las actividades de las escuelas locales, de los hospitales, de las instalaciones deportivas, de las panaderías, tintorerías, servicios de comida, pequeñas unidades de producción, transporte local, cines, etc. Las industrias que producen para todo el país, o para la exportación; los ingenios azucareros y las granjas estatales; el transporte nacional y los puertos; los centros turísticos, son servicios y actividades productivas que, debido a su naturaleza, permanecerán bajo la jurisdicción de los ministerios y agencias centrales del Estado. Aunque las asambleas inferiores son responsables

frente a las superiores gozan de autonomía en cuanto a toma de decisiones dentro del área de su responsabilidad, de modo que los cuerpos superiores no se atascan con pequeños detalles de administración local. Del mismo modo, cada nivel obtiene su poder en última instancia de aquéllos que lo eligieron. Esto significa, por ejemplo, que a un nivel comunal, cada delegado está obligado sistemáticamente a rendir cuentas de su trabajo al resto de la asamblea y éstos pueden llamarle la atención si no realiza su trabajo. El delegado de base es un miembro de la comunidad, un trabajador de tiempo completo, no recibe pago alguno por ser delegado, y debe estar disponible para su trabajo como tal en cualquier momento. La capacidad del electorado de remover a sus delegados y el hecho de que a cada nivel el poder máximo no lo detenta el delegado sino quienes lo han elegido, son rasgos únicos de la democracia socialista.

Después que el Primer Congreso del Partido haga un balance de la experiencia de Matanzas y determine las formas de eliminar las imperfecciones, el sistema de Poder Popular será establecido a través de elecciones en todo el país y, para fines de 1976, a nivel nacional. De forma que Cuba pronto tendrá una Asamblea Nacional de Poder Popular “el órgano supremo de poder estatal... el único órgano... investido con autoridad constituyente y legislativa.” (Primer borrador de la nueva constitución). Esto significa que el carácter provisional del Estado Cubano llegará pronto a su fin, y habrá una forma superior de democracia socialista, en donde las masas estarán más involucradas en cuanto a hacer funcionar la sociedad a todos los niveles. El 2 de enero de 1974, el Vice-primer Ministro Raúl Castro dijo: “Estamos convencidos de que en la medida en que las masas participen en los asuntos del Estado, se hará más

efectiva la lucha contra toda manifestación de burocratismo, estarán mejor atendidas las necesidades de la población y de la comunidad y el Estado revolucionario será más fuerte, más democrático, más sólido."

Socialismo significa algo más que la formal posesión de los medios de producción por parte de los trabajadores; debe también significar que las masas sean quienes efectivamente los administren. Significa "poder popular" literalmente, en la vida cotidiana, a nivel productivo y en la comunidad. Significa que no se tomará una sola decisión concerniente a la vida del pueblo sin que éste y sus representantes sean consultados. Cuba está trabajando de forma de crear una estructura que no solamente asegure desarrollo y eficiencia a nivel económico, sino que institucionalice una forma superior de democracia— que fue el motivo básico de por qué se hizo en primera instancia la Revolución.

En forma de síntesis diremos que la Revolución Cubana se encuentra dialécticamente, fortaleciendo al mismo tiempo, la dictadura del proletariado y la democracia proletaria, en un periodo de

progreso económico, consolidación política y prestigio internacional. La dialéctica de este proceso es un problema tremendamente complejo, pleno de peligros potenciales de todo tipo, pero es, al mismo tiempo, la única forma en que la Revolución puede continuar avanzando *integralmente* en todos los frentes. Los resultados no podrán ser apreciados en forma inmediata, se cometerán errores inevitablemente; tendrán que limarse imperfecciones; pero será un pueblo entero sólidamente detrás de un proceso, peleando para avanzar. La consolidación interna de la Revolución Cubana, además de su rol cada vez más importante dentro del proceso revolucionario latinoamericano, ejerce una influencia considerable en la correlación de fuerzas a nivel internacional en contra del imperialismo y el capitalismo, y en favor de la paz, la liberación, la democracia y el socialismo. Por esto, la "institucionalización" en Cuba no es exclusivamente un "asunto interno" del pueblo cubano, sino parte del proceso revolucionario mundial que los norteamericanos progresistas tienen el deber de comprender y apoyar.

DOCUMENTOS

Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba

FIDEL CASTRO: INFORME*

ANALISIS HISTORICO DE LA REVOLUCION

En los combates heroicos de nuestro pueblo contra la tiranía machadista, en la década del 30, nuestra clase obrera, dirigida por los comunistas, jugó ya un papel relevante.

Un hambre terrible, producto de la crisis económica mundial, azotó nuestra población; el azúcar se llegó a pagar a menos de un centavo la libra, los impuestos aduaneros de Estados Unidos a nuestra exportación fundamental, golpearon sin piedad nuestra debilitada economía. Los males sociales se agravaron extraordinariamente. En estas condiciones la represión política se hizo sentir con violencia extrema: obreros, campesinos, estudiantes, periodistas e intelectuales que se destacaban en la lucha, eran brutalmente asesinados por los esbirros de la tiranía. Mella es cobardemente ultimado a balazos en la ciudad de México. Esta fue una época de incomparable auge en la conciencia revolucionaria de las masas. El sentimiento antimperialista cobró inusitada fuerza y el sistema hizo crisis.

El gobierno de Estados Unidos inter-

vino mediante la llamada Mediación y la presencia de sus acorazados en las cercanías de Cuba. En agosto de 1933 es derribado el gobierno de Machado, que no pudo resistir el empuje de la huelga general revolucionaria. Le sucedió un gobierno anodino y confuso producto de la intervención yanqui.

La inconformidad, el descontento y la prédica revolucionaria habían penetrado también en los cuarteles. El 4 de septiembre se sublevaron los soldados y sargentos en conexión con los estudiantes y otros sectores revolucionarios. Se constituyó un gobierno provisional revolucionario de corte nacionalista, con la influencia destacada de un ala antimperialista dirigida por Antonio Guiteras. Se adoptan algunas medidas progresistas y otras francamente inhumanas como la repatriación forzosa de miles de inmigrantes haitianos. En algunos centrales azucareros se constituyen soviets revolucionarios. Todo bajo la presencia amenazadora de las naves de guerra yanquis.

El país vivió un verdadero periodo de convulsión revolucionaria; pero de nuevo el imperialismo, sin necesidad de una intervención militar directa, con la complicidad de las clases reaccionarias y la traición desvergonzada de Fulgencio Ba-

* Selección tomada de *Bohemia*, La Habana, Año No. 52, 26 de diciembre de 1975.

tista, líder castrense surgido el 4 de septiembre, frustra el proceso revolucionario y lo aplasta a sangre y fuego. En marzo de 1935 es reprimida brutalmente la huelga general revolucionaria, y en mayo de 1935, con el asesinato de Antonio Guterres, se liquida el último vestigio de resistencia armada.

Este esfuerzo heroico de los años 30 rindió, sin embargo, frutos extraordinarios en la vida de nuestro país. La Enmienda Platt fue abolida como resultado de la lucha enérgica de nuestro pueblo en esa época. Y aun cuando Estados Unidos se reservó de facto el derecho a intervenir en cualquier república de América Latina, aquella ominosa y humillante cláusula dejó de ser un precepto de nuestra Carta Magna.

Siguió una época incierta. La economía mundial se recuperaba gradualmente. La marea revolucionaria descendió y Batista consolidó su poder por largos años.

*

En Cuba las fuerzas revolucionarias se hallaban profundamente divididas desde 1933. Batista maniobró astutamente. En la atmósfera creada por la coyuntura internacional, la creciente contradicción entre el imperialismo norteamericano y la Alemania hitleriana, la poderosa corriente antifascista mundial y la política de los frentes populares, promueve alianzas tácticas con la izquierda y hace algunas concesiones políticas y sindicales, sin que el régimen perdiera con ello su carácter eminentemente castrense, burgués y imperialista.

El profundo espíritu anticomunista de las huestes de Grau que lidereaba un importante sector del pueblo en la oposición al régimen, impidió aglutinar las fuerzas populares y contribuyó a caotizar la situación política.

Estalla en 1939 la Segunda Guerra

Mundial. Los regímenes burgueses de Europa, que habían prohijado las ambiciones del fascismo, son incapaces de resistir las embestidas de las hordas hitlerianas. Su moral minada de antemano se derrumba, sus ejércitos se rinden y casi toda Europa, con su enorme potencial industrial y humano, quedó en manos de los agresores.

Se produce entonces la agresión a la URSS: millones de soldados son lanzados al ataque.

*

Al precio de sacrificios infinitos y la vida de veinte millones de hijos, destruyó a los agresores y salvando a la patria de Lenin, y librando a Europa y al mundo de un terrible destino. Los patriotas de los países ocupados y combatientes de numerosas naciones hicieron también su aporte valioso a la victoria común.

Nace el campo socialista, se liberan del coloniaje decenas de países y un ancho camino se abre al movimiento revolucionario mundial.

Sin embargo, al mundo no le espera una época de colaboración pacífica. El imperialismo es todavía muy poderoso y no saca las conclusiones pertinentes de la lección de Hitler. Estados Unidos, que había concluido la contienda con su poder industrial intacto y las arcas repletas de oro, se constituyó en el baluarte de la reacción mundial ocupando el lugar del fascismo en su cruzada contrarrevolucionaria y en el papel de gendarme internacional.

*

En Cuba, donde los comunistas habían ampliado considerablemente sus filas y ejercían la dirección de un poderoso movimiento obrero, esta política imperialista se hizo sentir con particular fuerza.

En 1940 se había aprobado una nueva Constitución que recogía en su texto algunas de las conquistas de los años 30 y de las nuevas exigencias del movimiento popular, aunque muchos de sus preceptos eran letra muerta en espera de leyes complementarias que nunca se adoptaron. El proceso político siguió a partir de entonces cierto curso institucional.

En 1944 triunfa la oposición a Batista y asume la presidencia Grau San Martín. Este gobierno, producto de una elección en la que obtuvo amplia mayoría y que había despertado ciertas esperanzas populares, constituyó una de las más grandes frustraciones de nuestro pueblo. Su política rápidamente se hizo reaccionaria. A partir del año 1946 se dio a la tarea de arrebatarse a los comunistas la dirección del movimiento sindical. Todos los medios fueron empleados. A disposición de una camarilla corrompida de dirigentes se puso todo el aparato del Estado. Cuando los métodos fraudulentos eran insuficientes, se acudía al asalto a los sindicatos y a la violencia descarnada. Este periodo coincidió con la guerra fría. El anticomunismo adquirió virulencia inusitada. Todos los medios de divulgación se pusieron al servicio del macartismo yanqui. Los comunistas eran desalojados de sus puestos de trabajo y hostigados por todos los medios posibles. Esto fue acompañado de una política abierta al servicio de los intereses patronales e imperialistas. En la administración pública, donde las recaudaciones habían aumentado por los precios relativamente altos del azúcar, el robo, la corrupción y la malversación adquirieron relieves nunca vistos; de la noche a la mañana surgían nuevos millonarios. La prensa burguesa contribuía a la confusión reinante con su demagogia y la exaltación de los falsos valores políticos. La anarquía, el caos y la violencia reinaban por doquier. En las

postrimerías de ese régimen fue asesinado cobardemente el abnegado, combativo y ejemplar dirigente de los trabajadores azucareros Jesús Menéndez. Una impresionante manifestación popular acompañó sus restos.

Surge en ese periodo un movimiento de carácter cívico-político dirigido por Eduardo Chibás, que capitaliza una gran parte del descontento nacional y arrastra considerables masas de jóvenes y sectores del pueblo.

En las elecciones de 1948, con todos los recursos del poder, triunfa el candidato oficial Carlos Prío Socarrás. Su gobierno fue una continuidad del latrocinio y la corrupción reinantes. Prosiguió la política de asaltos a los sindicatos. Numerosos dirigentes obreros comunistas fueron friamente asesinados. La campaña anticomunista alcanzó extraordinaria fuerza. Se intentó llevar tropas a la guerra de Corea, lo que no fue posible por la resistencia del pueblo. Se suscribieron pactos militares con Estados Unidos. La entrega al imperialismo era total.

Los llamados gobiernos auténticos reflejaban una profunda crisis de nuestras instituciones políticas. La democracia representativa y el parlamentarismo burgués eran incapaces en absoluto de resolver los graves problemas del país y por el contrario los agudizaban.

Chibás se suicida y muere el 16 de agosto de 1951. El movimiento político fundado por él contaba con notable apoyo popular, pero la dirección en muchos lugares del país estaba ya en manos de políticos tradicionales y terratenientes. En sus filas contaba, sin embargo, con elementos valiosos del pueblo que más tarde jugaron un papel importante en la lucha contra la tiranía batistiana. En potencia su masa era revolucionaria, pero carecía de dirección correcta. Su triunfo electoral en 1952 con amplio apoyo popular, incluidos los comunistas, estaba ga-

rantizado. Ello no traería por sí mismo cambios sociales en el país, pero abriría posibilidades futuras de acción a los revolucionarios.

*

En 1952 irrumpe en la escena el fatídico golpe militar del 10 de marzo. Batista, que se alejó del poder en 1944 llevándose consigo decenas de millones de pesos, había dejado en los cuarteles el mismo ejército mercenario, que usufructuando incontables prebendas lo apoyó durante 11 años. Ese era el ejército de la República fundado por los yanquis en la primera ocupación militar, autor de numerosas represiones contra el pueblo, al que los sargentos sublevados en 1933 habían convertido en dócil instrumento de un caudillo militar que lo mantuvo al servicio incondicional de los intereses imperialistas de Estados Unidos. Ese ejército en todas las épocas defendió siempre en nuestros campos, centrales azucareros y ciudades los grandes intereses del imperialismo y la oligarquía nacional. En los desalojos campesinos, en las masacres de obreros, en el clima de terror imperante bajo la dictadura oligarca imperialista que vivió el país desde los comienzos mismos de la República, el ejército mercenario jugó un papel fundamental.

*

En medio del caos, el descrédito y la desmoralización de los gobiernos civiles, le resultó fácil a Batista, cuyo oído estaba siempre atento a los deseos de Washington y ambicionaba desesperadamente el poder, penetrar por una posta del Campamento de Columbia, hablar a sus soldados y convertirse de nuevo en amo del país con el pleno apoyo del imperialismo y la oligarquía nacional, que veían con

preocupación el desenvolvimiento político de la nación. El gobierno desmoralizado de malversadores huyó sin la menor resistencia, abandonando al pueblo a su desventurada suerte. Otra vez los tanques y las bayonetas se convirtieron en árbitros de la política nacional.

El pueblo recibió el golpe militar y el regreso de Batista al poder como una profunda humillación, que arrancaba de sus manos la decisión política del primero de junio, interrumpía el curso institucional iniciado en 1940 y agravaba los males que padecía la nación. Pero estaba totalmente inerme frente a los hechos. Las camarillas de dirigentes sindicales corrompidos del gobierno derrocado se pasaron de inmediato al vencedor, la prensa burguesa lo apoyó y un fiero régimen de represión y violencia se inició en nuestra patria.

Los partidos y líderes tradicionales fueron incapaces en absoluto de vertebrar una resistencia a la dictadura militar reaccionaria.

*

Pero no hay situación social y política, por complicada que parezca, sin una salida posible. Cuando las condiciones objetivas están dadas para la revolución, ciertos factores subjetivos pueden jugar entonces un papel importante en los acontecimientos. Eso ocurrió en nuestro país. Esto no constituye un mérito particular de los hombres que elaboraron una estrategia revolucionaria que a la larga resultó victoriosa. Ellos recibieron la valiosa experiencia de nuestras luchas en el terreno militar y político; pudieron inspirarse en las heroicas contiendas por nuestra independencia, rico caudal de tradiciones combativas y amor a la libertad en el alma del pueblo, y nutrirse del pensamiento político que guió la revolución del 95 y la doctrina revolucionaria que alienta la lucha social liberadora de los



tiempos modernos, que hicieron posible concebir la acción sobre estos sólidos pilares: el pueblo, la experiencia histórica, las enseñanzas de Martí, los principios del marxismo-leninismo, y una apreciación correcta de lo que en las condiciones peculiares de Cuba podía y debía hacerse en aquel momento.

En el terreno práctico había que resolver la lucha armada contra un ejército moderno. Se enarbolaba por algunos la teoría reaccionaria de que se podía hacer una revolución con el ejército o sin el ejército, pero nunca contra el ejército, lo cual habría paralizado toda acción revolucionaria en nuestro país.

Surge la idea de iniciar la lucha en la provincia de Oriente considerando las tradiciones combativas de la población, la topografía del terreno, la geografía del país, la distancia de la capital y del grueso de las fuerzas represivas que tendrían que ser obligadas a recorrer grandes trayectos, para todo lo cual había que adquirir las armas tomándolas de los depósitos enemigos en esa provincia. La acción militar estaría unida a un intento de levantar al pueblo desatando la huelga general revolucionaria, pero contemplaba desde entonces la posibilidad de un repliegue a las montañas y el inicio de la guerra irregular, que tenía valiosos antecedentes en la historia de nuestras luchas por la independencia. Era ya en germen la idea de todo lo que efectivamente se realizó más tarde desde la Sierra Maestra. La acción militar y la lucha social y de masas estuvieron estrechamente vinculadas en sus concepciones desde el primer instante.

La larga prédica, la lección y el ejemplo de los comunistas, iniciada en los días gloriosos de Baliño y Mella al calor de la Revolución victoriosa de Octubre, habían contribuido a divulgar el pensamiento marxista-leninista, de modo que se convirtió en doctrina atrayente e incon-

trastable de muchos jóvenes que nacían a una conciencia política. Los libros y la literatura revolucionaria jugaban de nuevo un papel en el seno de los acontecimientos históricos. El pueblo mismo tenía que despertar un día a las profundas verdades contenidas en la doctrina de Marx, Engels y Lenin. Entre tanto, la tarea que se planteaba a los nuevos elementos revolucionarios era interpretarla y aplicarla a las condiciones específicas y concretas de nuestro país. Esta fue y tuvo que ser obra de nuevos comunistas, sencillamente, porque no eran conocidos como tales y no tuvieron que padecer en el seno de nuestra sociedad, infestada de prejuicios y controles policíacos imperialistas, el terrible aislamiento y la exclusión que padecían los abnegados combatientes revolucionarios de nuestro Primer Partido Comunista. Si bien éste no era el pensamiento generalizado de todos los que iniciaron el camino de la lucha armada revolucionaria en nuestro país, sí lo era de sus principales dirigentes. Por lo demás había una mezcla de sentimientos patrióticos, democráticos y progresistas en los miembros de sus filas, de verdadera pureza política, abnegación y desinterés como sólo los trabajadores son capaces de experimentar, pues eran en su casi totalidad procedentes de familias humildes y experimentaban con terrible fuerza la conciencia o el instinto de la liberación social y política. Los pocos que no lo eran, habían adquirido su formación política del estudio, la vocación y la sensibilidad revolucionaria. Pero incluso esa formación de los nuevos dirigentes tendría que pasar por la experiencia misma de la vida revolucionaria para profundizar en la práctica lo que sólo en teoría eran ya firmes convicciones políticas. De eso nació el nuevo proceso revolucionario. Pero en los jóvenes combatientes que surgían, al revés de lo que ocurre muchas veces desgraciadamente en otros países, había un

profundo respeto y admiración hacia los viejos comunistas, que durante años heroicos y difíciles habían luchado por el cambio social y mantuvieron en alto con firmeza incommovible las hermosas banderas del marxismo-leninismo. Ellos fueron en muchos casos sus maestros intelectuales, sus inspiradores y sus émulos en la lucha. Aun en la atmósfera burguesa que se respiraba en la Universidad y otros círculos juveniles, Mella y Martínez Villena eran universalmente admirados, y los comunistas, por su abnegación, honestidad y consagración a la causa, eran profundamente respetados. Esta es una gran lección de nuestra Revolución, que no siempre en el exterior es tomada en cuenta por muchos que, sin embargo, son sensibles a su pureza y magnitud histórica. La historia debe ser respetada y expuesta tal como sucedió exactamente.

El asalto al Cuartel Moncada no significó el triunfo de la Revolución en ese instante, pero señaló el camino y trazó un programa de liberación nacional que abriría a nuestra patria las puertas del socialismo. No siempre en la historia los reveses tácticos son sinónimo de derrota. Como han expresado sus propios organizadores, la victoria en 1953 habría sido tal vez demasiado temprana para contrarrestar las desventajas de la correlación mundial de fuerzas en aquel instante. El imperialismo yanqui era extraordinariamente poderoso, y si la revolución hubiese sido puesta en la disyuntiva de claudicar o perecer, habría sin dudas perecido antes de claudicar. Pero la historia no transcurre en ningún país sin estas alternativas imponderables y a veces trágicas. Lo importante para abrir el camino hacia el futuro en determinadas circunstancias es la voluntad inquebrantable de lucha y la propia acción revolucionaria. Sin el Moncada no habría existido el Granma, la lucha de la Sierra Maestra y la victoria extraordinaria del Primero de

Enero de 1959. De igual modo, sin la epopeya del 68 y el 95, Cuba no sería independiente y el primer país socialista de América, sino casi con toda seguridad, un estado más del odioso imperialismo yanqui. El sentimiento nacional se habría frustrado para siempre y ni siquiera se hablaría el español en nuestra hermosa tierra. Sobre la sangre y el sacrificio de sus hijos se ha fundado la patria independiente, revolucionaria y socialista de hoy.

A los cinco años, cinco meses y cinco días del asalto al Moncada, triunfó la Revolución en Cuba. Un récord verdaderamente impresionante si se tiene en cuenta que transcurrieron para sus dirigentes casi dos años de cárcel, más de año y medio de exilio y 25 meses de guerra. Lapso en que la correlación mundial de fuerzas también había cambiado lo suficiente como para que la Revolución cubana pudiera sobrevivir.

No fue sólo necesaria la acción más resuelta, sino también la astucia y la flexibilidad de los revolucionarios. Se hicieron y se proclamaron en cada etapa los objetivos que estaban a la orden del día y para los cuales el movimiento revolucionario y el pueblo habían adquirido la suficiente madurez. La proclamación del socialismo en el periodo de lucha insurreccional no hubiese sido todavía comprendida por el pueblo, y el imperialismo habría intervenido directamente con sus fuerzas militares en nuestra patria. En aquel entonces el derrocamiento de la sangrienta tiranía batistiana y el programa del Moncada unían a todo el pueblo. Cuando más tarde la revolución pujante y victoriosa no vaciló en seguir adelante, algunos dijeron que había sido traicionada, sin tomar en cuenta que la verdadera traición consistía en que la revolución se hubiese detenido en la mitad del camino. Derramar la sangre de

miles de los hijos del pueblo humilde para mantener el dominio burgués e imperialista y la explotación del hombre por el hombre, habría sido la más indignante traición a los muertos y a todos los que lucharon desde el 68 por el porvenir, la justicia y el progreso de la patria.

*

Todas las maniobras imperialistas de última hora: golpe de estado militar, gobierno provisional, etcétera, fueron destruidas. El imperialismo tenía que vérselas ahora con una nación latinoamericana sin ejército represivo y con un pueblo armado. Eso significó el Primero de Enero de 1959. A los 92 años del Grito de La Demajagua, Cuba era al fin dueña absoluta de su destino, y las banderas de los heroicos caídos del Moncada flameaban victoriosas en nuestra patria.

Esto no fue obra sólo del Movimiento 26 de Julio. El Partido marxista-leninista, que agrupaba a lo mejor de nuestra clase obrera, pagó un elevado tributo de sangre entregando la vida de muchos de sus hijos. Los combatientes del Directorio Revolucionario, protagonizaron numerosos episodios heroicos, como el ataque al palacio Presidencial el 13 de marzo de 1957, y participaron activamente en la lucha insurreccional. De estas canteras surgió más tarde nuestro glorioso Partido Comunista.

*

Pero el imperialismo no estaba dispuesto a permitir tranquilamente el desarrollo de una revolución en Cuba. Fracasados sus planes de impedir el triunfo con un golpe de estado militar al final de la guerra, victorioso y armado el pueblo, ensayó fórmulas diplomáticas; reconoció al Gobierno Revolucionario y envió a su embajador, quien recibido con extraordinario despliegue de publicidad por la pren-

sa burguesa, asumió de inmediato las habituales actitudes de procónsul, que caracterizaban a estos funcionarios yanquis en Cuba, a fin de presionar, frenar y domesticar la revolución. El esfuerzo era, sin embargo, inútil. Por primera vez se encontraban en Cuba con un pueblo sobre las armas y un gobierno revolucionario en el poder. No existía un ejército mercenario al que recurrir para imponer en último instante sus dictados y proteger sus intereses. Ya desde los primeros meses la misión militar norteamericana, que había instruido al ejército de Batista y que todavía pretendía permanecer en su puesto, fue despedida sin protocolo alguno.

Se trataba de una situación enteramente nueva. Aún le quedaban, sin embargo, al imperialismo poderosos recursos en nuestro país. Las empresas monopolistas, los terratenientes y burgueses eran dueños de la nación. Aparte de la economía, todos los medios de divulgación masiva se encontraban en sus manos y nuestra sociedad estaba infestada de ideología reaccionaria. A muchos de nuestros ciudadanos, incluidas personas de procedencia y condición humildes, la palabra socialismo infundía pavor y mucho más todavía concitaba temor el vocablo comunismo.

*

Ahora bien, en las condiciones de un país como Cuba, ¿podía la Revolución concretarse al simple objetivo de la liberación nacional, manteniendo el régimen capitalista de explotación, o debía avanzar también hacia la definitiva liberación social?

El imperialismo no podía tolerar siquiera una revolución nacional liberadora en Cuba. Apenas se dictó la Ley de Reforma Agraria, Estados Unidos comenzó a dar los primeros pasos para organizar

una operación militar contra Cuba, mucho menos estarían dispuestos a tolerar el socialismo en nuestro país. La mera idea del ejemplo que significaría para América Latina una revolución cubana victoriosa espantaba a los círculos gobernantes yanquis; pero la nación cubana no tenía alternativa, el pueblo ni quería ni podía detenerse. Nuestra liberación nacional y social estaban indisolublemente unidas, avanzar era una necesidad histórica, detenerse una cobardía y una traición que nos habría llevado de nuevo a ser una colonia yanqui y esclavos de los explotadores. Naturalmente que las condiciones para la liberación definitiva de nuestro país en el terreno nacional y social estaban dadas por la nueva correlación de fuerzas en el escenario mundial, pero en aquel entonces más que un cálculo frío de todas las posibilidades, prevaleció en el ánimo del pueblo y sus dirigentes la decisión de ser libres a cualquier precio, incluso el del holocausto nacional. Creemos que este factor era fundamental, sin ello habría sido inútil toda la cooperación y solidaridad internacional que recibimos después.

La historia transcurre en función de leyes objetivas, pero los hombres hacen la historia, es decir, la adelantan o retrasan considerablemente en la medida en que actúan o no en función de esas leyes. Estados Unidos usaría todos los medios para aplastar la Revolución Cubana, pero su propia acción no consiguió otra cosa que acelerar el proceso revolucionario. La acción imperialista y la respuesta revolucionaria estuvieron indisolublemente asociadas con el desarrollo de los acontecimientos. Nuestro pueblo ha salido victorioso en esta épica prueba que estuvo repleta de mortales peligros, pero la lucha no fue en ningún sentido fácil. En todo instante una intensa movilización de masas y de educación política acompañó al proceso revolucionario. Cuando fue ne-

cesario no vacilamos en nacionalizar los medios de divulgación masiva, arrebatándoselos a la reacción imperialista, para ponerlos al servicio del pueblo y su heroica causa.

Quando Estados Unidos comprendió que la Revolución no retrocedería ni se plagaría a sus presiones, comenzó la cadena de agresiones económicas, a la vez que reclutaba mercenarios y los entrenaba para actos de sabotaje y acciones militares.

Como una política de justicia social no podía ser permitida en nuestra patria, el imperialismo, pisoteando groseramente los derechos históricos de Cuba, se propuso comprar, con nuestra cuota azucarera en el mercado de Estados Unidos, la impúdica conciencia de otros gobiernos latinoamericanos. Este fue en parte el precio de la bochornosa complicidad de las oligarquías latinoamericanas para sumarse a las agresiones del imperialismo a Cuba, aparte de que un elemental espíritu de clase y su histórica sumisión a Estados Unidos las llevaban por ese camino. Hubo mucho de repugnante interés, turbio y podrido egoísmo en la cínica historia de la OEA con relación a Cuba. De por medio estaba el azúcar y otros sórdidos intereses materiales ocultos bajo las actitudes anticomunistas y otras poses de meretrices disfrazadas de vírgenes vestales. En consecuencia, las cuotas azucareras cubanas fueron criminalmente suprimidas y repartidas entre otros países. Esto, por sí solo, habría bastado para asfixiar la economía de cualquier nación.

No eran, sin embargo, los únicos recursos de Estados Unidos. La mayoría de nuestros escasos centros industriales es-

taban equipados con maquinaria de ese país: industria eléctrica, refinerías de petróleo, las minas, los talleres textiles, la industria alimenticia, etcétera; otro tanto ocurría con el transporte y los otros medios mecánicos de producción.

Estados Unidos suprimió de modo absoluto la exportación de piezas de repuesto a Cuba no sólo por parte de su industria interna, sino también de sus numerosas subsidiarias en todo el mundo. Este golpe también habría sido anonadante para cualquier economía.

El tercer golpe criminal en el terreno económico fue la supresión del combustible. Ellos eran los suministradores de este elemental producto a través de sus empresas monopolistas, que controlaban casi todo el abastecimiento del mundo y eran los propietarios de las refinerías radicadas en Cuba.

Al conjunto de estas medidas se sumó en último término la prohibición de todo comercio con nuestro país, incluidos alimentos y medicinas. Estos suministros habían llegado siempre fundamentalmente de Estados Unidos en virtud de los tratados comerciales que nos impusieron a principios de siglo. En Cuba no había siquiera almacenes al por mayor. Estos radicaban más bien en aquel país, donde los pedidos se hacían con un corto tiempo de anticipación. A esto se sumaba el hecho de que la mayor parte de las economías de los países del mundo occidental estaban sometidas a Estados Unidos y las medidas de bloqueo económico eran en general acatadas no sólo por las subsidiarias yanquis, sino también por los gobiernos de esos países.

Ningún pueblo de América Latina recibió jamás golpes tan brutales a sus medios de subsistencia.

*

Pero si todo esto fracasaba, el golpe

de gracia al país sería dado en el terreno de la violencia contrarrevolucionaria y militar. Utilizando elementos seudorrevolucionarios, antiguos agentes de la tiranía y desafectos de toda clase, organizó y suministró recursos económicos y equipos a numerosas bandas armadas contrarrevolucionarias en las montañas del Escambray. Allí quiso constituir, rememorando las acciones contrarrevolucionarias de la nobleza y el clero reaccionario de Francia después de 1789, una especie de Vendée frente a la revolución, no obstante que la mayoría de los campesinos de la región y los obreros agrícolas estaban firmemente unidos a la causa del pueblo. Estas bandas armadas fueron organizadas después en todas las provincias, incluso en la de La Habana. Eran suministradas descaradamente por mar y por aire desde Estados Unidos. Cometieron numerosos y abominables crímenes contra maestros, estudiantes alfabetizadores, militantes revolucionarios, obreros, campesinos y administradores de la economía popular. La lucha contra estas bandas costó a nuestro pueblo numerosas vidas y a la economía cientos de millones de pesos.

En las ciudades los sabotajes a centros de producción costaron la sangre preciosa de valiosos hijos de nuestro pueblo trabajador.

Parejamente a esto se organizó la expedición mercenaria de Girón. Guatemala y otros países latinoamericanos prestaron desvergonzadamente sus territorios para estas agresiones. Los aviones que atacaron nuestras bases aéreas al amanecer del 15 de abril de 1961 traían insignias de nuestra Fuerza Aérea. Varios de ellos aterrizaron después en territorio de Estados Unidos, mientras el representante de ese país en las Naciones Unidas declaraba con tranquilidad cinismo que eran aviones cubanos que se habían sublevado contra el régimen. Una fuerza

mercenaria, con el más moderno equipo bélico, desembarcaba dos días después en la Bahía de Cochinos para iniciar la invasión del país. El objetivo claro era ocupar un espacio del territorio cubano, constituir un gobierno provisional y solicitar la intervención de la OEA, es decir, de Estados Unidos.

La fulminante respuesta de nuestro pueblo, que en menos de 72 horas aplastó al ejército mercenario, frustró los planes tan esmeradamente elaborados por la CIA y el Pentágono.

*

Para los que se preguntan cómo es posible que Cuba, a 90 millas de Estados Unidos, se haya librado de una guerra devastadora como la que sufrió Vietnam a 20 mil kilómetros de distancia, los hechos referidos lo explican perfectamente.

A grandes rasgos es así: en la guerra de liberación, creyeron que se trataba de un simple problema de orden interno y que el ejército de Batista, con la ayuda de los asesores yanquis, aplastaría a los combatientes. Entonces ni siquiera sospechaban su potencialidad revolucionaria. Cuando fueron a maniobrar para sustituir a Batista e impedir el triunfo revolucionario, imaginándose que disponían de tiempo, la fulminante ofensiva del ejército rebelde a fines de 1958 los sorprendió. El primero de enero de 1959 no había ya ejército mercenario en Cuba. Ofensiva diplomática, presiones políticas, brutal agresión económica que vinieron después, también fracasaron. Subversión, bandas armadas contrarrevolucionarias, ataque a Playa Girón; aplastamiento de la invasión sin tiempo a la OEA para intervenir, liquidación de las bandas armadas. Por último, intenciones evidentes de invadir a Cuba: Crisis de Octubre y compromiso de no realizar un ataque militar directo contra nuestra patria.

Cada uno de los pasos fundamentales que dio o quiso dar el imperialismo llegaban demasiado tarde y en todos los casos estuvieron preñados de subestimación al pueblo de Cuba, su capacidad de resistencia y su espíritu de combate.

De este modo nuestro pueblo, con su firmeza y decisión heroica en cada instante, apoyado en la solidaridad revolucionaria internacional, se libró de peligros que habrían costado la vida a millones de sus hijos e infinita destrucción material.

*

Muchos de nuestros compatriotas eran demasiado jóvenes cuando la lucha insurreccional o no habían adquirido todavía una clara conciencia de clase, o no se habían elevado a un pensamiento político revolucionario por encima de su propia clase. De toda la educación política liberal burguesa que impregnaba nuestra sociedad al socialismo y al marxismo-leninismo había un gigantesco trecho. Nuestras masas, en especial los obreros y sectores humildes que constituían la abrumadora mayoría, lo recorrieron rápidamente. La propia revolución, la lucha resuelta contra el imperialismo y las clases explotadoras nos enseñó a todos admirablemente.

Por eso el 16 de abril de 1961, en viril escenario de fusiles levantados por los brazos y los puños vigorosos de nuestros obreros en el entierro de las víctimas del bombardeo mercenario, y próximos a entrar en combate los invasores, el pueblo trabajador pudo proclamar ya con heroica determinación el carácter socialista de nuestra revolución. Para esa fecha los monopolios extranjeros, los terratenientes y la burguesía nacional habían sido expropiados y nuestra clase obrera había perdido lo único que poseía: sus cadenas. Ella como clase revolucionaria aliada de

los campesinos y demás sectores humildes del pueblo sería la vanguardia indiscutida del proceso.

Las condiciones estaban dadas para vertebrar en un solo partido a todos los revolucionarios. Ya desde antes se había iniciado un proceso de integración en las bases y en la dirección, pero después de las definiciones del 16 de abril y de la gloriosa victoria de Girón, nació de hecho nuestro Partido en la unidad estrecha de todos los revolucionarios y del pueblo trabajador, cimentado por el heroísmo de nuestra clase obrera, que combatió y derramó su sangre generosa en defensa de la patria y el socialismo. En adelante actuaríamos como una sola organización y bajo una dirección cohesionada. Las geniales ideas de Martí y Lenin acerca de la necesidad de un partido para dirigir la revolución, estaban más que nunca presentes. Su ideología no podía ser el pensamiento liberal o burgués, sino la de la clase social revolucionaria que la historia misma había colocado al frente de la lucha por la liberación de la humanidad: la de la clase obrera, el marxismo-leninismo, que ya habían enarbolado valientemente en 1925 Balduino y Mella.

REFLEXIONES SOBRE LA ECONOMIA

Cuando nosotros iniciamos la vida revolucionaria y los problemas concretos se reducían a derrocar la tiranía, tomar el poder y erradicar el injusto sistema social existente en el país, las tareas ulteriores en el campo de la economía nos parecían más sencillas. En realidad éramos considerablemente ignorantes en este terreno. Los problemas a los cuales habría de en-

frentarse el país, partiendo de un alto grado de subdesarrollo de las fuerzas productivas, escasez de recursos naturales, dependencia de la agricultura y el comercio exterior, la falta de cuadros técnicos y administrativos, la convulsión social e incontables necesidades sociales a la vista, a lo cual se añadiría un feroz bloqueo imperialista, eran superiores a lo que nosotros mismos habíamos sido capaces de imaginarnos.

Vivimos además en un mundo donde gran parte del comercio de los países subdesarrollados se realiza con naciones capitalistas occidentales. Son estos compradores habituales de nuestras materias primas y productos los que establecen las condiciones de un intercambio brutalmente injusto. Los exportadores de café, azúcar, cacao, té, minerales sólidos y otros productos, tienen que vender cada vez más baratas sus producciones y adquirir a precios cada vez más elevados, las maquinarias, materiales y equipos procedentes del mundo capitalista desarrollado.

La crisis cada vez más aguda de este sector de la economía mundial afecta también en grado muy alto las economías de los países no industrializados. Los problemas del petróleo y la energía, con sus exorbitantes precios actuales, hacen más complicada la situación. El campo socialista no tiene todavía capacidad productiva y comercial para compensar los efectos desoladores de esta situación en las economías de los países subdesarrollados.

En dos palabras: la elaboración de nuestro programa económico en los próximos cinco años se produce en medio de una aguda crisis económica que afecta a gran parte del mundo. Nuestra azúcar, que tiene asegurados precios remunerativos y satisfactorios en la Unión Soviética, a la que exportamos una proporción importante de nuestra producción, no cuenta con la misma situación en la parte

también elevada que necesariamente debemos vender en el área capitalista. Los precios que hace un año alcanzaron niveles de hasta 60 centavos la libra, en la actualidad están por debajo de 14, es decir, menos de un 25 por ciento del que tenían entonces. Es imposible hacer pronósticos seguros acerca de la forma en que evolucionarán en los próximos cinco años y aparte del níquel, el tabaco y los productos del mar, que integran una pequeña proporción de nuestras entradas en divisas, el azúcar posee un peso muy elevado en nuestros ingresos de moneda convertible.

Por primera vez, después del Congreso, nuestro país contará con un plan quinquenal de desarrollo económico. Como base de ese plan, sabemos exactamente cuánta azúcar enviaremos a la URSS en el quinquenio, a qué precios y qué productos de consumo, materias primas y bienes de capital recibiremos de ese país. En términos más o menos similares conocemos el azúcar que exportaremos a otros países socialistas, los productos a recibir y los precios de ambos. Es, sin embargo, una incógnita los precios del azúcar a exportar y los de los productos que debemos adquirir en el área capitalista.

En un principio anhelábamos elaborar un plan económico para los próximos cinco años bastante ambicioso, pues estamos conscientes de las muchas necesidades que tenemos y de las cosas maravillosas que pudiéramos realizar si ello dependiera sólo de nuestra voluntad, nuestra energía y nuestro esfuerzo creador. Deseamos fervientemente para nuestro pueblo, muchas más viviendas que las que actualmente construimos, más escuelas, hospitales, círculos infantiles, transportes, centros culturales y recreativos, bienes de consumo duradero, ropas, alimentos, etcétera. Deseamos, por supuesto, muchas más industrias e instalaciones productivas en la

ciudad y el campo, porque ellas constituyen la base material del nivel de vida de la población. La solidez y desarrollo de nuestra economía, por ende, nos da también la posibilidad de un mayor aporte a la solidaridad internacional y al movimiento revolucionario mundial. Deseamos a la vez el triunfo más pleno y rápido de la construcción del socialismo en nuestra patria.

Pero ningún pueblo puede avanzar más de lo que los factores objetivos le permiten. Algo más puede añadirse: no sólo nuestro país, el mundo en su conjunto empieza a tropezar con serios obstáculos en las limitaciones de recursos energéticos tradicionales, el agotamiento progresivo de reservas minerales, la contaminación ambiental, los crecimientos notables de la población cuya subsistencia es ya crítica en algunas áreas y la escasez de alimentos. Naturalmente que estos problemas son agravados por el desarrollo desigual de las naciones, el despilfarro fabuloso y la dilapidación de los recursos naturales de las sociedades capitalistas de consumo. Estas han introducido en la mente de grandes comunidades humanas patrones de vida material, hábitos y costumbres inherentes al sistema social que representan—donde lo superfluo predomina sobre lo esencial, el espíritu mercantilista y de explotación lo rige todo y el hombre es brutalmente enajenado y moralmente arruinado—, que son incompatibles con la solución racional y adecuada de los problemas materiales y espirituales del ser humano. Tales hábitos chocan además con los recursos relativamente limitados que la naturaleza y su medio brindan al hombre, sobre todo cuando se piensa en términos de una distribución justa y equitativa de los beneficios de la civilización y el progreso a toda la humanidad.

Miles de millones de seres humanos viven todavía en la mayor miseria, sin elec-

tricidad, agua corriente, atención médica, ropas, zapatos, alimentos, vivienda y educación adecuada, mientras un puñado de países capitalistas desarrollados dilapidan más del 50 por ciento de los recursos del mundo. Por eso, las sociedades capitalistas no pueden ser jamás el modelo material de vida de una comunidad social avanzada. Tampoco habrá solución para estos inquietantes problemas humanos como no sea sobre la base del socialismo a escala universal.

*

Engañaríamos a nuestro pueblo si le inculcáramos la idea de que, dueños de nuestro propio destino en lo económico y social, libres ya de la tutela imperialista, el acceso a la riqueza y la abundancia de nuestra sociedad no conoce límites.

El primer limitante lo establecen los propios recursos naturales del medio físico donde radica nuestro pueblo, a lo que se añade la base agrícola de donde partimos, el desarrollo cultural y tecnológico alcanzado, y las dificultades objetiva y subjetivas del mundo en que vivimos.

Pero hay también un limitante que es de orden moral: aunque ello fuera posible, un pueblo no puede pensar sólo en su bienestar material con olvido de los problemas y dificultades de otros pueblos del mundo.

En la formación de nuestra conciencia comunista la elevación del nivel de vida material es, y debe ser, un objetivo noble y justo de nuestro pueblo a alcanzar con su trabajo abnegado, en el medio natural donde vivimos. Pero, a la vez, hemos de estar conscientes de que ese medio es limitado, que cada gramo de riqueza hay que arrancarlo a la naturaleza a base de esfuerzo, que los bienes materiales se crean para satisfacer necesidades reales y razonables del ser humano; que lo superfluo

debe desecharse y que nuestra sociedad no puede guiarse por los conceptos, hábitos y desviaciones absurdas con que ha infestado al mundo el decadente sistema de producción capitalista.

*

El socialismo no sólo significa enriquecimiento material, sino también la oportunidad de crear una extraordinaria riqueza cultural y espiritual en el pueblo y forjar un hombre con profundos sentimientos de solidaridad humana, ajeno a los egoísmos y mezquindades que envilecen y agobian a los individuos en el capitalismo.

No debemos estimular jamás el espíritu de derroche, el egoísmo de poseer lo que no necesitamos racionalmente, la vanidad del lujo y la insaciabilidad de las apetencias. Jamás caer en la mentalidad vulgar y las estúpidas vanidades de las sociedades capitalistas de consumo, que están arruinando al mundo. Nuestro deber es concentrar nuestras energías y nuestros medios, que son limitados, a la creación, con las debidas prioridades, de las riquezas y servicios que aseguren el mejoramiento progresivo de la base material y cultural de nuestro pueblo, y que nos permitan también, a la vez, pensar, actuar y cumplir como ciudadanos de un mundo nuevo.

LOS ERRORES COMETIDOS

Sin embargo, al llegar a este punto es necesario hablar de los errores. Las revoluciones suelen tener sus periodos de utopía en que sus protagonistas, consagrados a la noble tarea de convertir en realidad sus sueños y llevar a la práctica sus ideales, creen que las metas históricas están mucho más próximas y que la voluntad, los deseos y las intenciones de los hombres por encima de los hechos objetivos lo pue-

den todo. No es que los revolucionarios deban carecer de sueños ni tampoco de férrea voluntad. Sin un poco de sueño y de utopía no habría revolucionarios. A veces los hombres se detienen, porque consideran insuperables obstáculos que son superables. Nuestra propia historia demuestra que dificultades al parecer invencibles tenían solución. Pero el revolucionario tiene también el deber de ser realista, adecuar su acción a leyes históricas y sociales, y a beber en el manantial inagotable de la ciencia política y la experiencia universal los conocimientos que son indispensables en la conducción de los procesos revolucionarios. Hay que saber aprender también de los hechos y de las realidades.

A veces la actitud utópica va igualmente acompañada de cierto desdén hacia la experiencia de otros procesos.

El germen del chovinismo y de espíritu pequeñoburgués que solemos padecer los que por vía puramente intelectual llegamos a los caminos de la revolución, desarrolla a veces inconscientemente actitudes que pudieran calificarse de autosuficiencia y sobreestimación.

La Revolución Cubana hizo ciertamente importantes aportes al movimiento revolucionario mundial. El hecho de ser la primera revolución socialista del hemisferio le confiere una señalada categoría histórica. Estos aportes han sido en el terreno de los hechos, pero también con su práctica, sus iniciativas y su ejemplo ha enriquecido la teoría revolucionaria.

Pero la Revolución Cubana no supo, desde el primer instante, aprovechar en el terreno de la construcción del socialismo la rica experiencia de otros pueblos que mucho antes que nosotros emprendieron ese camino.

*

Ello no implicaba renunciar, ni mucho

menos, al análisis sereno de las características peculiares de nuestra situación y nuestra economía para aplicar en cada caso lo que fuera útil y desechar lo que no lo fuera. No se trataba de copiar burdamente, sino de aplicar correctamente muchas experiencias útiles en el terreno de la dirección económica.

El marxismo-leninismo en definitiva es una ciencia que se ha enriquecido extraordinariamente con la práctica de los pueblos que construyen el socialismo. Los revolucionarios cubanos podemos enriquecer esa herencia, pero no ignorar lo que otros han aportado. Aun cuando nuestras condiciones eran sumamente difíciles, dado el bloqueo económico y el subdesarrollo, el uso inteligente de esas experiencias nos habría ayudado mucho.

Es indudable que en todos estos años de la Revolución se han logrado extraordinarios avances en el desarrollo. Se han cumplido planes muy ambiciosos. Es mucho lo que se ha avanzado en la elevación del bienestar del pueblo, en la satisfacción de sus necesidades, en la creación de toda una serie de obras de infraestructura económica y, en los últimos años, ese avance ha alcanzado un alto ritmo.

Pero es necesario también reconocer que son muchos los casos en que los recursos no han sido utilizados al máximo. Nuestra gestión económica no ha sido todo lo eficiente que podía haber sido. Los métodos de dirección de la economía que se han aplicado no han sido los mejores posibles. Nuestros cuadros administrativos no tienen, por lo general, la necesaria conciencia económica, la necesaria preocupación por las cuestiones referidas a los costos y en general a la eficiencia de la producción. No es posible medir cuánto nos ha costado y nos cuesta esa falta de conciencia económica en horas excesivas de trabajo y en recursos materiales gastados en exceso.

En la conducción de nuestra economía

hemos adolecido indudablemente de errores de idealismo y en ocasiones hemos desconocido la realidad de que existen leyes económicas objetivas a las cuales debemos atenernos.

En los primeros años de iniciada la construcción del socialismo coexistieron dos sistemas de dirección económica: el financiamiento presupuestario, que abarcaba la mayor parte de la industria, y el cálculo económico, que parcialmente se implantó en la agricultura, el comercio exterior y una parte menor de la industria.

*

Sin embargo, el sistema presupuestario de financiamiento indudablemente que resultaba altamente centralizado y que utilizaba de manera muy restringida las palancas económicas, las relaciones mercantiles y el estímulo material.

Las propias características de la agricultura y su alta dependencia de factores naturales obligaban a otorgarles a los eslabones inferiores un mayor grado de autonomía, por ello aquí lo recomendable, y así se hizo, fue establecer un sistema de cálculo económico con un menor grado de centralización.

No obstante, en la agricultura había muy poco aseguramiento de los recursos productivos; se hacían necesarios constantes subsidios por el presupuesto; el control del banco era muy débil; en general, en el otorgamiento de los créditos se procedía automáticamente y no existían, además, fondos de estimulación financiados a partir de los resultados de las actividades económicas de las granjas. Debido a ello el sistema de cálculo económico funcionó de manera parcial y muy limitada.

Al principio de la Revolución se había discutido algo cuál de los dos sistemas era el más adecuado. Pero no se profundizó ni tomó una decisión al respecto, coexistiendo durante varios años ambos sistemas mencionados.

El hecho es que no existía un sistema único de dirección para toda la economía y en estas circunstancias tomamos la decisión menos correcta, que fue inventar un nuevo procedimiento.

Interpretando idealistamente el marxismo y apartándonos de la práctica consagrada por la experiencia de los demás países socialistas, quisimos establecer nuestros propios métodos. En consecuencia se estableció una forma de dirección que se apartaba tanto del cálculo económico, que era generalmente aplicado en los países socialistas, como del sistema de financiamiento presupuestario que había comenzado a ensayarse en Cuba, acompañada por un nuevo sistema de registro económico, que fue precedido por la erradicación de las formas mercantiles y la supresión de los cobros y pagos entre las unidades del sector estatal. A algunos de nosotros eso nos pareció demasiado capitalista, pues no entendíamos bien la necesidad de la permanencia de las formas de relaciones mercantiles entre las empresas del Estado. De facto fue suprimido el presupuesto estatal, quedando sustituido por una asignación de recursos monetarios para el pago de salarios y las relaciones de crédito y compra-venta con el sector privado.

La supresión de los cobros y pagos tuvo lugar en la práctica a partir del segundo trimestre de 1967. El nuevo sistema de registro sustituye el sistema de contabilidad existente a finales del año 1967.

Ya a finales de 1965 se había disuelto el Ministerio de Hacienda y reestructurado el Banco Nacional. El último presupuesto aprobado fue el de 1967, pero no se controló su ejecución puesto que a partir del segundo trimestre se dejaron de realizar los cobros y pagos.

Al lado de esto se desarrollan algunas otras tendencias. La política de gratuidad, indebida en algunas cuestiones, tomó auge a partir de 1967 y llega a su punto máxi-

mo en los años 1968-69. El salario se desvincula de la norma en 1968. Se estimulan los horarios de conciencia y la renuncia al cobro de horas extra. Los intereses sobre los créditos y los impuestos que se cobraban a los campesinos se eliminan en 1967. El último de ellos, el impuesto sobre la caña cortada, se elimina el 7 de julio de ese año.

Al no tomarse en cuenta la retribución con arreglo al trabajo, el exceso de dinero circulante se incrementó notablemente ante una escasez de oferta de bienes y servicios, lo que creó condiciones favorables y el caldo de cultivo para el ausentismo y la indisciplina laboral. Esto se sumaba a las circunstancias de que para liquidar el desempleo, atender las más urgentes necesidades sociales y humanas del país y emprender el desarrollo en las condiciones de una nación bloqueada, era absolutamente imposible evitar en este período de la Revolución un excedente de circulación monetaria.

Cuando podría parecer que nos estábamos acercando a formas comunistas de producción y distribución, en realidad nos estábamos alejando de los métodos correctos para construir previamente el socialismo.

Los métodos aplicados no contribuyeron en nada a crear una conciencia económica.

Nuestros cuadros administrativos, que realmente nunca habían tenido gran experiencia en la gestión económica ni especial preocupación por los costos, a partir del sistema implantado dejaron de tomar en cuenta este índice y el gasto en general de recursos humanos y materiales, para las metas de producción, sin que el cumplimiento o incumplimiento por otro lado centrara su atención exclusivamente en trajectran las menores consecuencias para el colectivo de la fábrica.

En la Universidad desaparecen en 1967 los estudios de Economía Política del So-

cialismo y la carrera de Contador Público. La matrícula de estudiantes en los Institutos de Economía, que en el curso 1964-65 fue de 4 mil 818, se redujo a 1 338 en el curso de 1969-70, y sólo comenzó a recuperarse el año subsiguiente.

En el terreno político durante este período se cometieron también errores. Ya antes, en 1962, se había presentado el fenómeno del sectarismo, que fue oportunamente analizado y superado. En esta ocasión se manifestaron otras tendencias negativas:

Decae el estudio del marxismo-leninismo a partir de 1966.

Desde 1965 comienza a manifestarse cierta confusión entre las funciones del Partido y el Estado.

Entre 1967 y 1970 el Partido traslada su centro de atención a la Administración y muchas veces la sustituye.

Los sindicatos dejan de jugar su papel y, sobre todo, a partir del XII Congreso de 1966 se desarrolla el Movimiento de Avanzada, que en la práctica sustituye al movimiento sindical.

El papel de las organizaciones de masas en general se debilita.

En el desarrollo de estos problemas, influyó el hecho de que nuestro Partido, aun cuando contaba con una militancia combativa y entusiasta, que había ido creciendo desde su fundación a partir de las tres organizaciones que unieron sus fuerzas, y que en 1965 había sido creado el Comité Central, adolecía de fallas en sus niveles de dirección. Después de la crítica al sectarismo, gran parte de las energías se consagraron a la estructuración y crecimiento de la base, pero el aparato del Comité Central virtualmente no existía.

Durante años las actividades del Partido se atendieron desde la Secretaría de Organización. De hecho el Buró Político funcionaba como máxima autoridad del Partido sin que en la práctica el Comité Central ejerciera las funciones que le co-

rrespondían. Por añadidura, este Buró, integrado por compañeros sobre los que recaían múltiples obligaciones estatales, atendía sólo las cuestiones políticas de mayor importancia y no existía un trabajo rigurosamente sistemático para la Dirección del Partido y el Estado.

No seríamos honrados revolucionarios, si al hacer un recuento de la Revolución dejáramos de señalar con crudeza ante el Primer Congreso del Partido que no siempre fuimos capaces de descubrir a tiempo los problemas, evitar los errores, superar las omisiones y actuar en absoluta consonancia con los métodos de trabajo que deben presidir la dirección y el funcionamiento del Partido. Como la obra revolucionaria de nuestro pueblo ha de ser duradera y el Partido es su garantía más absoluta, es necesario que las presentes y futuras generaciones de comunistas conozcan que estas deficiencias existieron y estos errores fueron cometidos en el proceso. En el quehacer histórico, independientemente de las leyes objetivas, los hombres jugamos un papel y nadie nos puede exonerar de los errores en que podamos incurrir. Sólo la verdad nos puede poner la toga viril, como dijo un ilustre maestro.

Los hemos señalado, con la misma convicción con que sostenemos que nuestra organización es ya un gran Partido, valiente y enérgico, forjado al calor de una revolución extraordinaria que ha dejado atrás estas dificultades, y en base a normas y principios muy sólidos, con una disciplina férrea y rigurosa, una pureza sin mancha y una militancia heroica, conducirá a nuestro pueblo hacia el más digno y maravilloso porvenir. Este histórico Congreso que ahora celebramos es la prueba más elocuente de ello.

Analizando la situación creada, el 20 de mayo de 1970 expresamos:

“Nosotros tenemos que volver a todas aquellas cuestiones planteadas cuando la

crítica del sectarismo: cómo debe trabajar el Partido, qué son las organizaciones de masas, qué importancia tienen. Porque el Partido no es una organización de masas; el Partido es una selección, el Partido es una vanguardia. . .

“El Partido tiene que ser una selección de los más decididos, tiene que tratar de seguir nutriéndose de los mejores valores de nuestros trabajadores, y el Partido tiene que ver y desarrollar las organizaciones de masas como se planteó aquella vez, pero no devenir una organización de masas.

“Hay que fortalecer el aparato político. El Partido no administra. Orienta, dirige, impulsa, apoya, garantiza el cumplimiento de los planes de la Dirección de la Revolución en cada lugar.”

El 26 de julio de 1970 se plantearon ante todo el pueblo los errores cometidos y la línea a seguir.

El 28 de septiembre de ese año, insistiendo en la cuestión, planteamos:

“En estos momentos estamos enfascados en un gran esfuerzo para desarrollar al máximo nuestras organizaciones obreras. Porque infortunadamente las organizaciones obreras en estos últimos dos años se habían quedado rezagadas, y por culpa no de las organizaciones obreras ni de los trabajadores, sino por culpa nuestra, por culpa del Partido, de la dirección política del país.

“Se produjo como resultado de ciertos idealismos; y de esta forma, el crear una organización que nosotros no dudamos que tiene importancia, que es la organización de los Obreros de Avanzada, se descuidó el movimiento obrero en general. Se produjo también cierta identificación del Partido y la administración, eso complicó la situación.

“Y el papel de nuestro Partido —entiéndase bien— no puede ser ni podrá ser jamás el de sustituir a la administración, ni el de sustituir a las organizaciones de

masas, sino el de dirigir ese proceso, el de dirigir esa formidable revolución de masas.”

Al pueblo se le plantearon claramente las dificultades. Se desarrollaron importantes reuniones en la Dirección del Partido y se llevaron a cabo grandes asambleas nacionales de producción con los representantes de los obreros y las administraciones.

*

Si a pesar de los inconvenientes del sistema de dirección implantado en 1967, todavía vigente, el país logró extraordinarios avances en el campo económico en los últimos años, ello se debe fundamentalmente al nivel de conciencia alcanzado por las masas y su entusiasmo inagotable, el fortalecimiento del aparato del Partido y el Estado y las organizaciones de masas, y la respuesta extraordinaria que nuestro pueblo ha dado siempre a los llamados de la Revolución.

EL SISTEMA DE DIRECCION DE LA ECONOMIA

Sin embargo, ha llegado el momento de apoyar este impulso con la implantación de un adecuado Sistema de Dirección de la Economía que forme a la gente, la prepare y la eduque en una conciencia económica que no tienen nuestros cuadros, y que permita lograr, como uno de los primeros objetivos, la máxima eficiencia de la economía.

El sistema elaborado que se propone al Congreso parte de la práctica que existe en todos los países socialistas.

Lo que se ha hecho es recoger de una manera realista esa experiencia y tratar de adaptarla a las condiciones nuestras, haciéndolo además con mucho cuidado y con un criterio más bien conservador.

El sistema que se propone tiene muy

en cuenta la presencia de las leyes económicas que rigen en el periodo de construcción del socialismo, y que existen independientemente de nuestra voluntad y nuestros deseos. Entre estas leyes está la ley del valor, la necesidad de que entre todas las empresas, incluyendo las estatales, haya relaciones de cobros y pagos, y que en estas relaciones y en general en las diversas relaciones que se producen en la economía, funcionen el dinero, los precios, las finanzas, el presupuesto, los impuestos, los créditos, los intereses y demás para poder medir el uso que hacemos de nuestros recursos productivos y determinar hasta el último detalle, hasta el último centavo, cuánto gastamos en cada cosa que producimos; para poder decidir qué inversión nos resulta más conveniente; para poder conocer qué empresas, qué unidades, qué colectivos trabajan mejor y cuáles trabajan peor, y poder tomar las medidas correspondientes.

Este sistema, además, permitirá precisar qué empresas producen más que lo que gastan en producir, y cuáles no. De las empresas que produzcan más que lo invertido en su producción depende para la sociedad el que se puedan desarrollar actividades vitales, como las de educación y salud, que consumen una gran cantidad de recursos materiales y no producen bienes materiales. De esas empresas dependen igualmente las necesidades de la cultura, la recreación, la defensa, etc. De todo aquello que se sufrague por el presupuesto. De ellas depende además el desarrollo económico del país.

*

El sistema propuesto también comprende una determinada autonomía en el uso y manejo de los recursos por parte de cada empresa: vender o alquilar medios básicos ociosos, realizar producciones marginales por decisión propia a partir de re-

sidos, etc., sin afectar su plan de producción principal.

La simple vinculación de la norma al salario a partir de los acuerdos del XIII Congreso de la CTC, ha traído notables aumentos en la productividad del trabajo en todos aquellos centros y sectores en los que se ha aplicado.

Con el Sistema de Dirección de la Economía que se propone se trata de lograr hacer crecer la eficiencia económica, crecer la productividad del trabajo, lograr que los mismos recursos que tenemos nos den mucho más de lo que nos dan.

Ahora bien, ningún sistema en el socialismo puede sustituir la política, la ideología, la conciencia de la gente; porque los factores que determinan la eficiencia en la economía capitalista son otros que no pueden existir de ninguna manera en el socialismo, y sigue siendo un factor fundamental y decisivo el aspecto político, el aspecto ideológico y el aspecto moral.

Este sistema nos va a ayudar a organizar la economía, va a obligar a cada cual a llevar todos los controles que tiene que llevar, a promover una mayor participación de los trabajadores, a crear, sobre todo, una conciencia económica en nuestros cuadros políticos y administrativos.

Muchos de estos mecanismos, naturalmente, no van a lograr una eficiencia plena desde los primeros momentos por las condiciones propias de nuestra economía, condiciones de racionamiento; por ejemplo, el valor de los estímulos materiales es relativo puesto que determinadas cosas están distribuidas racionadamente. Además, nuestro país tiene características muy especiales en su comercio exterior; dependemos de dos o tres productos, y sobre todo de uno cuyos precios son muy inestables, como el azúcar, todo lo cual establece dificultades.

Por otro lado, hay que tener en cuen-

ta que por el hecho de que establezcamos el criterio de rentabilidad, no vamos a cerrar fábricas necesarias. El criterio de rentabilidad nos indica cuál es la fábrica más atrasada tecnológicamente, la más costosa, la industria en que tengamos que hacer primero las inversiones, la que primero tengamos que sustituir por otra industria nueva; pero esto no quiere decir, ni mucho menos, que la economía vaya a perder su carácter de economía planificada, de economía con una dirección centralizada, fuertemente centralizada, con una fuerte autoridad en los organismos centrales, cuyo objetivo fundamental no es la ganancia como en el capitalismo, sino la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales del pueblo.

Estos son mecanismos para tratar de mejorar la eficiencia, ciertos mecanismos de estímulo que contribuyen a ese objetivo, pero no podemos ni por un segundo pensar que esos mecanismos van a resolver todos los problemas; de ninguna forma eso significa la reducción en lo más mínimo del papel del Partido, del papel del Estado en la dirección de esas actividades, ni mucho menos el papel de la educación política y de la educación ideológica de las masas.

Si nos hacemos por un segundo la idea de que por la simple aplicación de este sistema de dirección económica las empresas van a funcionar magníficamente bien y van a resolverse todos los problemas, y que, por lo tanto, nosotros podemos prescindir del trabajo ideológico sobre las masas o podemos prescindir de los estímulos morales, sería un gran error, porque es imposible en absoluto que los mecanismos y estímulos económicos en el socialismo tengan la eficiencia que tienen en el capitalismo, porque en el capitalismo lo único que funciona es el estímulo y la presión económica a plenitud absoluta: el hambre, el desempleo, etcétera. Aquí funcionan algunos estímulos económicos bas-

tante restringidos, que se usan como mecanismos para mejorar la eficiencia de la economía, para premiar justamente a los obreros y colectivos de obreros que más aporten a la sociedad con su trabajo y con su esfuerzo, pero, sobre todo, el funcionamiento de este sistema va a permitirles al Partido, al Estado y a los propios trabajadores el tener un conocimiento mucho más cabal de la efectividad con que se están usando los recursos productivos, va a permitir a todos los funcionarios y a todos los cuadros del Partido y del Estado tener una mayor conciencia económica y prepararse mejor para dirigir la economía, y va a representar una verdadera escuela de economía.

Junto a ello, y como parte de los principios en que se basa este Sistema de Dirección de la Economía, los estímulos morales tienen que ser ampliados, porque en realidad nosotros hemos hablado mucho de estímulo moral y hemos dado pocos estímulos morales. El papel de los estímulos morales tenemos que elevarlo mucho más. Hay mucho por hacer todavía en el terreno de los estímulos morales y de la profundización de la conciencia de las masas.

LA POLITICA EXTERIOR

Se ha repetido que nuestra época se caracteriza por ser el momento histórico de transición del capitalismo al socialismo, periodo en el cual se incrementan además las luchas por la liberación nacional de los pueblos como parte del proceso de liquidación de los vestigios del colonialismo y de la presencia neocolonial que el imperialismo ha determinado en vastas zonas de la tierra.

En los últimos años, el rasgo más distintivo de ese tránsito lo ha sido la llamada distensión internacional. Sin tomar en

cuenta ese factor, no será posible comprender los cambios que tienen lugar en el ámbito de nuestra propia región continental.

En ese cambio en la correlación de fuerzas tuvo un papel decisivo la estruendosa derrota militar del Pentágono en Indochina, y en particular en el Vietnam heroico y admirable, donde más de medio millón de soldados norteamericanos, equipados con las armas más modernas, tuvieron que retirarse vergonzosamente ante la resistencia primero y el empuje después del pueblo vietnamita, apoyado en la solidaridad de la URSS y demás países socialistas, y en el sentimiento popular que se levantó a su favor y en contra de la presencia imperialista en todos los países del mundo.

Nuestro pueblo puede sentirse orgulloso de que en alguna medida ha contribuido a ese retroceso histórico del imperialismo norteamericano al demostrar, a 90 millas de aquél, que un pueblo pequeño, sin otra fuerza que su decisión moral de resistir hasta la muerte misma, y la solidaridad del movimiento revolucionario internacional, era capaz de hacer frente a la embestida imperialista de la principal potencia opresora en toda la historia de la humanidad.

En los dos últimos años se produjo, a la vez, una nueva crisis económica dentro del sistema capitalista, que agravaba su histórica crisis general, iniciada con la primera guerra imperialista. Esa crisis económica es más profunda y de un carácter distinto a la que ha sufrido el ca-

pitalismo en los últimos cuarenta años.

Por primera vez después de la gran depresión, la caída de la producción y la actividad económica ha sido simultánea en Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania Federal, Italia y Japón, con más de 500 millones de habitantes, el 48 por ciento de la producción industrial mundial y el 46 por ciento de los intercambios comerciales internacionales. En ellos se agrupa un 85 por ciento de la clase obrera en los países capitalistas.

Se caracteriza además esta crisis por el hecho de que por primera vez en la historia del capitalismo coincide la recesión —o sea, el estancamiento o la disminución de la producción— con la inflación.

Mientras la inflación ha llegado a ser, como se le llama, de “dos dígitos”, alcanzando cifras del 12 al 15 por ciento en muchos países, el desempleo, según la Organización Internacional del Trabajo, es el más alto en los últimos 40 años.

Estados Unidos, que en 1955 tenía las tres cuartas partes de las reservas mundiales de oro, veinte años después las vio disminuidas a menos de 12 mil millones de dólares —lo que no cubre las deudas del Tesoro norteamericano— por las emisiones de papel moneda en forma de dólares y de eurodólares, que es seis veces y media más: 78 mil millones.

*

La bancarrota de la economía capitalista ha confirmado lo inexorable de las predicciones de Carlos Marx hace más de un siglo, y contrasta con el reciente victorioso progreso de las economías de los países que, agrupados en la comunidad socialista del CAME, tienen en el sólido desarrollo de la Unión Soviética su punto fundamental de apoyo.

Aunque los efectos de la crisis capitalista no pueden menos que afectar también a la comunidad socialista, que no

puede aislarse por completo de las relaciones económicas con aquélla, los datos del crecimiento económico en los países del Consejo de Ayuda Mutua Económica muestran de modo conclusivo que mientras los países desarrollados capitalistas se estancan o retroceden, las economías de los países miembros del CAME continúan no sólo en ascenso constante sino completando los cambios estructurales que hacen cada vez más de ellos potencias económicas industriales.

Es el conjunto de estos factores lo que determina —en último extremo— la tendencia que hoy prevalece hacia la distensión internacional, y que ha tenido pasos tan significativos como los resultados de la reciente Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea, que culminó en Helsinki con la presencia de los principales dirigentes de los países capitalistas y socialistas.

Pero si la distensión ha sido posible, ello se debe en medida abrumadora a la firme política de paz de la Unión Soviética. Esa política, que comenzó desde los días de Lenin y tuvo su expresión inicial en la proclama sobre la paz que emitiera el Primer Estado Socialista al día siguiente de nacer a la historia, encontró su expresión coherente y clara en las decisiones del Vigésimo Cuarto Congreso del PCUS.

*

La América Latina es hoy una región muy diferente. Si la política de aislamiento de Cuba, que los Estados Unidos empezaron a imponer en la llamada Organización de Estados Americanos, la podrida OEA, hace trece años, y que pareció culminar con los acuerdos de 1964, ha fracasado, ello se debe tanto a la firmeza de nuestro pueblo, que supo resistir asedios militares, aislamientos políticos y el bloqueo económico, con el



apoyo y la solidaridad a que nos hemos referido antes, como a los profundos cambios que han tenido lugar en la situación internacional.

No está ahora la América Latina en vísperas inmediatas de cambios globales que conduzcan, como en Cuba, a súbitas transformaciones socialistas. Es claro que éstas no son imposibles en algunos de los países latinoamericanos. Pero lo que define las circunstancias de nuestra América es sobre todo una conciencia generalizada, no sólo en su clase obrera y en los pueblos, sino también en zonas decisivas de algunos de sus gobiernos, de que la contradicción de intereses entre la América Latina en su conjunto y cada uno de nuestros países en particular con la política mantenida por el imperialismo norteamericano, no puede resolverse por la vía de la entrega o la conciliación, sino que requiere una resistencia conjunta que ya está en marcha.

Pasaron las épocas en que las burguesías latinoamericanas creyeron encontrar en la llamada "Alianza para el Progreso" una forma de evitar, con ilusoria ayuda norteamericana, el vuelco que había tenido lugar en la Cuba revolucionaria. Fracasó la experiencia de una supuesta "revolución en libertad" con que Estados Unidos quiso hacer del señor Frei en Chile una contrapartida del socialismo iniciado en Cuba. El "milagro" de Brasil se derrumba.

Mientras las masas de obreros y campesinos de la América Latina continúan en su lucha, surgen ahora gobiernos inspirados, los unos, por concepciones políticas que conducen a aspiraciones socialistas, guiados otros por una clara idea antimperialista, constreñidos, por último, algunos, en un ámbito puramente nacionalista, en defensa de las riquezas naturales y las economías de sus países. Pero en su conjunto esas concepciones

políticas dan la base para una amplia unidad latinoamericana que resista y derrote la política del imperialismo, y que inevitablemente contribuirá a las transformaciones sociales más profundas de que América Latina está urgida.

El Gobierno del Perú, bajo la dirección del general Morales Bermúdez y de sus compañeros más cercanos, continúa y profundiza el proceso iniciado en octubre de 1968 por un grupo militar que, con su ejemplo, inició una nueva era en la posición de ciertas fuerzas castrenses en la América Latina.

En Panamá, la lucha por la soberanía de la zona canalera, bajo el liderazgo del general Torrijos, es símbolo de una más amplia batalla por la plena independencia nacional y el progreso.

La nacionalización del petróleo y el hierro en Venezuela, cualesquiera que sean las limitaciones que se le señalen, es un hecho que marca un rumbo diferente en la política venezolana, sometida durante tantos años al predominio de los consorcios petroleros.

La instauración en el Caribe de países independientes que mostraron, con el reconocimiento de Cuba en desafío de Washington, su decisión de independencia, contribuye a esa corriente continental.

El presidente Echeverría proyectó la posición internacional de México con toda fuerza, al presentar a la opinión internacional la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados, que constituyó la base de los acuerdos en el Vigésimo Noveno Período de Sesiones de Naciones Unidas.

Todo ello encontró su expresión en la reciente reunión en Panamá, donde se dejó establecido el Sistema Económico Latinoamericano. En los momentos en que es ya irrefutable el fracaso de la OEA, la creación del SELA da a la América Latina por primera vez un órgano pro-

pio de expresión, que no podrá detenerse tan sólo en el análisis y proyección de las posiciones latinoamericanas en el terreno de la economía, sino que tendrá necesariamente inevitables repercusiones políticas. El hecho de que figuren en SELA todos los países de la América Latina y del Caribe, da una medida de la fuerza que adquiere ahora en este hemisferio la bandera de la defensa de sus intereses frente a la opresión y explotación tradicionales del imperialismo norteamericano.

La política exterior de Cuba tiene como punto de partida, según reza nuestra Plataforma Programática, la subordinación de las posiciones cubanas a las necesidades internacionales de la lucha por el socialismo y por la liberación nacional de los pueblos.

Cuba, que ha probado ya su vocación de solidaridad internacional en todas las formas posibles —con la sangre, con el trabajo y con la colaboración técnica—, seguirá haciendo de esa premisa la base de sus actuaciones internacionales.

Nuestro pueblo ha cumplido en este periodo histórico, con firmeza y sin vacilación alguna, y seguirá cumpliendo en el

futuro, con los principios del internacionalismo proletario y sus deberes con el movimiento revolucionario mundial.

Es evidente que para la realización de esta política internacional tiene un papel señero nuestra participación en el movimiento comunista internacional y la alianza con aquellas fuerzas antimperialistas y progresistas que en Asia, Africa y América Latina, así como en los países capitalistas desarrollados, trabajan hoy por la liberación nacional, la paz y el progreso democrático de la humanidad.

Al arribar a nuestro Primer Congreso —como hemos tenido oportunidad de decirlo antes—, la derrota del empeño norteamericano de aislar a la Cuba revolucionaria de los pueblos de la América Latina es casi total. A la simpatía de los pueblos, se une ahora el respeto cada vez mayor de los gobiernos hacia las posiciones de Cuba y la comprensión cada vez más profunda del papel que la actitud firme e independiente de Cuba en nuestra América ha jugado y puede jugar en la necesaria defensa común del interés económico y la salvaguardia política de nuestros países.

LA DICTADURA URUGUAYA: FASCISMO EN ACCION

En la nueva escalada de represión brutal, iniciada el 21/X/75, son más de 100 los detenidos que se suman a los miles que mantiene en sus mazmorras la dictadura uruguaya.

Ya nadie puede dudar de que este régimen es desembozadamente fascista.

Y al igual que otros regímenes fascistas, de antes o de ahora, declaró al marxismo su enemigo público No. 1. Todo lo que pueda representar o aparentar oposición al régimen, se califica automáticamente de marxista, y debe ser reprimido.

Por eso se reprime a todas las fuerzas democráticas de oposición; comunistas o católicas, blancas o socialistas, obreras o estudiantes, comerciantes o intelectuales, catedráticos o amas de casa.

Atacan a la Iglesia. Produce "un hondo malestar y estupor" en esferas de gobierno la actitud asumida por el secretario del Nuncio Apostólico, monseñor Guy Saint Hilaire, al interceder ante el ministro de Defensa Nacional por el respeto de la vida y la libertad del eminente matemático y secretario del Partido Comunista, Ing. José L. Massera. Se clausura el quincenario *Informaciones* y la revista *Víspera* y se detiene a su director Héctor Porrat. Se desata una virulenta campaña de prensa contra monseñor Partelli acusándolo de ser un agente marxista.

Atacan al jefe del Partido Nacional, Wilson Ferreira Aldunate, de quien dicen, que es financiado por sus aliados comunistas y sediciosos. Atacan a la ONU, a la UNESCO, a la OPEP, a los países del Tercer Mundo, acusándolos de ser organismos al servicio del marxismo. Y al mismo tiempo se estrechan lazos políticos y comerciales con Pinochet, Stroessner y el racista Vorster.

La tortura se ha llevado a extremos de exterminio físico y psicológico para los que la sobreviven, y se aplica en forma sistemática. Se ha implantado el terror. Las fuerzas represivas cuentan con un elemento por cada 30 ciudadanos activos, e insumen el 55% del presupuesto nacional.

En enero detienen por segunda vez al Gral. Liber Seregni, presidente del Frente Amplio que se encontraba en libertad provisional. Detienen, junto a una de sus hijas, a la veterana luchadora Julia Arévalo, de 77 años, exlegisladora y primera mujer senadora de América Latina, vicepresidenta de la Federación Democrática Internacional de Mujeres, saqueando totalmente su domicilio y destruyendo su valiosa biblioteca. Detienen también a un viejo y prestigioso luchador comunista, Luis Tourón.

Todo esto forma parte de una gran provocación política urdida por el régimen para superar sus propias contradicciones, las contradicciones internas en las fuerzas armadas, disimular el desastre económico y social a que ha conducido al país, y crear las condiciones para liquidar el acto eleccionario que la Constitución prevé para noviembre del presente año y perpetuar a Bordaberry como dictador, con la bendición del embajador yanqui y el beneplácito de los militares fascistas.



**JOSE REVUELTAS, REVOLUCIONARIO, CONSECUENTE,
AMIGO ENTRAÑABLE Y ESCRITOR TALENTOSO,
FALLECIO EL 14 DE ABRIL DE 1976.**

**SU VIDA Y SU OBRA FORMAN PARTE INSEPARABLE
DE LA MARCHA DEL PUEBLO MEXICANO HACIA
EL SOCIALISMO.**



Novedades bibliográficas

LARISSA ADLER DE LOMNITZ, *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI, México, 1975.

El trabajo corresponde a una investigación antropológica que se llevó a efecto en un barrio marginal de la ciudad de México en 1969 y años posteriores. Utiliza un planteamiento de la antropología tradicional, es decir, funcionalista, de manera rigurosa y exacta. El resultado tiene todas las virtudes y defectos de esta doctrina científica, es decir, logra descripciones de gran riqueza y detalle en algunos aspectos, a costa de ignorar cuestiones sustantivas como es la posición y lucha de clases. También en correspondencia al planteamiento de esta escuela antropológica, evita el análisis y la interpretación. Lo malo es que al orientar su estudio con este criterio también evita la recopilación de información que serviría a otros investigadores a este propósito.

Las referencias teóricas sobre el concepto de marginalización contienen una acertada síntesis de algunas de las corrientes principales de la investigación social que han incursionado en este campo. Mediante la aplicación de las técnicas de la investigación participante muestra una impresionante acumulación de informa-

ción cualitativa y cuantitativa. Esta le permite describir con gran acuciosidad algunas de las características más notables de la vida en un barrio marginal de la Cd. de México. Entre estas características destacan la forma, oportunidad y antigüedad de la migración y del asentamiento en el barrio, el grado y tipo de la educación, enseres y mobiliario doméstico, los consumos usuales y los ingresos en cuanto a origen, frecuencia, magnitud, etc. Con estos elementos emprende el uso de la información personal sobre la forma de la vida cotidiana en familias más o menos típicas según estratos.

La parte más interesante del trabajo sin duda se refiere a la manera como los lazos familiares, co-habitacionales y comunales sustentan en gran medida la vida de los marginados. También lo es la caracterización del compadrazgo, de los favores, del "cuatismo", del trabajo en labores remuneradas desde temprana edad, etc. Los estudios de casos y el manejo de las anécdotas alivian sin duda el pesado cúmulo de cuadros estadísticos que muestran información rutinaria en este tipo de estudios. El trabajo es interesante y está pulcramente realizado según los cánones del funcionalismo.

Sergio de la Peña

CELSO FURTADO, *El desarrollo económico, Un mito*, Siglo XXI, México, 1975.

Celso Furtado resume con gran habilidad sus reflexiones recientes sobre el tema del desarrollo y subdesarrollo. Muestra en este libro una notable revisión de las posiciones que sostuvo durante más de una década en cuanto a su fe en el desarrollo económico capitalista a base de estímulos graduados. Las experiencias acumuladas, la evidencia de las deficiencias económicas en América Latina y tal vez su propio exilio parece que lo han conducido a reconsiderar los aspectos más mecánicos de sus tesis sobre el camino y viabilidad del desarrollo. Este, postula en sus anteriores obras, habría de seguir las pautas sustentadas por el neo-keynesianismo, es decir, del liberalismo dirigido con cierto toque de planificación y ordenamiento público, pero sin alterar la esencia del capitalismo. En contraste, en el presente texto se apoya definitivamente en algunas de las tesis dependentistas, una vez que les sustrae los aspectos más radicales. Es decir, asume las aportaciones críticas al monopolio internacional y a la vinculación externa, atribuyéndoles importancia decisiva en el acontecer latinoamericano. El resultado es un conjunto de brillantes ensayos en los que sin aban-

donar su posición pro-capitalista, critica severamente las pautas de política económica "desarrollistas" seguidas en América Latina y sobre todo en Brasil. Aún cuando tímidamente, se aleja un poco de la ortodoxia tecnicista al incorporar algunas variables políticas a su análisis.

La crítica que hace al capitalismo es más en el orden del reclamo por haber permitido la destrucción de la libre competencia a causa de la operación de tendencias monopólicas (¡a estas alturas, casi medio siglo después de que se propuso la teoría de la competencia imperfecta!). En este sentido atribuye a decisiones de política económica la opción de caminos por los gobiernos latinoamericanos, que han sustentado crecimientos pero a costa de violar postulados centrales de las tesis del capitalismo liberal.

Sin duda se trata de un valioso trabajo de la corriente de la economía capitalista y Furtado es uno de sus representantes mundiales más destacados y lúcidos. Su libro expone avances recientes de esta corriente de pensamiento, aunque algunos de los materiales incluidos son versiones modificadas de artículos y fragmentos de libros previamente publicados en otras partes.

Sergio de la Peña



siglo veintiuno editores sa

NOVEDADES

Karl Marx

EL CAPITAL, TOMO I:

EL PROCESO DE PRODUCCION DEL CAPITAL

3 volúmenes \$ 80.00 cada uno

La más completa de las ediciones publicadas en cualquier idioma y la primera aproximación a una edición crítica en castellano.

Régis Debray

LA CRÍTICA DE LAS ARMAS, VOL II:

LAS PRUEBAS DE FUEGO

344 pp. \$ 80.00

Régis Debray

LA GUERRILLA DEL CHE

160 pp \$ 40.00

Matta Hanecker

CUBA ¿DICTADURA O DEMOCRACIA?

256 pp. \$ 45.00

M. A. Macchicchi

GRAMSCI Y LA REVOLUCIÓN DE OCCIDENTE

400 pp. \$ 100.00

Sergio de la Peña

LA FORMACIÓN DEL CAPITALISMO EN MÉXICO

248 pp. \$ 68.00

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERÍAS O EN:
SIGLO XXI EDITORES, S. A.

Ave. Cerro del Agua 248. Tel. 550-25-71

México 20, D. F.

EDICIONES ERA, S. A.



Avenida 102, México 13, D. F. / ☒ Apartado postal 74-092, México 13, D. F. / ☎ 82-03-44

CUADERNOS POLITICOS

Revista trimestral de Ediciones Era

Número 6/octubre/diciembre de 1975

Jaime Osorio: *Superexplotación y clase obrera: el caso de México* / **Jorge A. Bustamante:** *Los chicanos: biografía de una toma de conciencia* / **Nelson Minello:** *Ejército y poder en América Latina* / **Grupo Kapitalistate:** *El frustrado 18 Brumario de Nixon* / **Raúl Villa:** *Sobre la cuestión de la táctica* / **Raúl Castro:** *Las relaciones entre el Partido y el Estado.*

\$ 25.00



NUEVA ANTROPOLOGIA

apdo. postal 11-425

Sección editorial

El funcionalismo como ideología colonialista, *Jack Stauder.*

Introducción a Chayanov, *Roger Bartra.*

Modo de producción asiático y el Estado Inca, *Jürgen Golte.*

Documentos

Polémica: Notas sobre etnocidio.

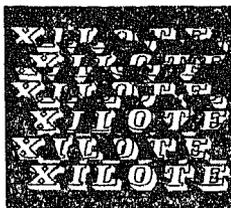
Opinión estudiantil.

Reseñas bibliográficas.

E
EN
ENAH
ENAH
H



El número 4 de *Manatí*, revista de la Confederación de Escritores Iberoamericanos, es especial: una muestra de la joven poesía de Cuba, que se desarrolla a partir del triunfo de la revolución. Es la primera selección que se da a conocer, a nivel latinoamericano, sobre la generación acrisolada tras la búsqueda del hombre nuevo. Contiene un texto de presentación de Jaime Labastida. Adquiere *Manatí* en las principales librerías.



La revista *Xilote* publica en su número 42 una selección de joven literatura de la provincia mexicana, así como un ensayo de Julio Antonio Mella sobre José Martí, textos del grupo Xilote y un artículo de Héctor Manjarrez, escrito en 1936, sobre la participación del escritor en la lucha de clases. *Xilote* se puede adquirir en las principales librerías.



JUAN PABLOS EDITOR S. A.

Mexicali 39, Col. Condesa, Tel. 525-06-61

OBRAS DE ANTONIO GRAMSCI:

1. **Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado Moderno. \$ 55.00**
2. **Los intelectuales y la organización de la cultura. \$ 38.00**
3. **El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce. \$ 46.00**
4. **Literatura y vida nacional. \$ 55.00**

DE RECIENTE APARICION:

Marcel Schwob, *El libro de Monelle.* \$ 35.00

Alfred Jarry, *El supermacho.* \$ 45.00

Fritz Mauthner, *Contribuciones a una crítica del lenguaje.* \$ 80.00

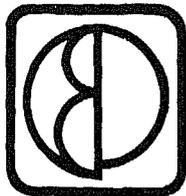
Anguiano-Pacheco, *Cárdenas y la izquierda mexicana.* \$ 90.00

Robert Campbell, *J. P. Sartre o una literatura filosófica.* \$ 60.00

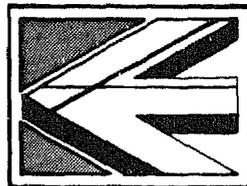
CASA

de las Américas

**G y Tercera
Vedado, La Habana, Cuba.**



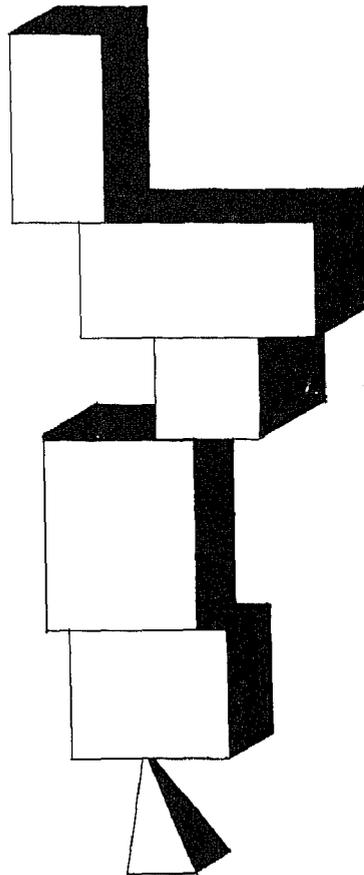
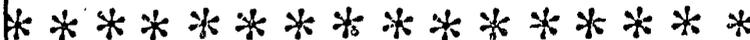
EDICIONES DE CULTURA POPULAR, S. A.
FILOSOFIA y LETRAS No. 34
APDO. POSTAL M21-124
MEXICO 20, D. F. TEL. 550-24-51



ECONOMIA



SERIE: ECONOMIA		*
BREVE HISTORIA DE LA ECONOMIA		*
Jurguen Kuczynski	256 p.	*
EL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO		*
Varios (TOMO I)	500 p.	*
EL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO		*
Varios (TOMO II)	472 p.	*
COMENTARIOS AL CAPITAL		*
K. Kautsky	304 p.	*
CRITICA A LA TEORIA DE LA ECONOMIA MARGINALISTA		*
N. Bújarin	232 p.	*
ECONOMIA POLITICA DEL CAPITALISMO		*
E. Varga	384p.	*
¿QUE SON LAS CRISIS MONETARIAS?		*
Jacques Kahn	232 p.	*
LAS TEORIAS DEL VALOR		*
P. Nikitin	216 p.	*
TEORIA, ESTRUCTURA Y METODO EN "EL CAPITAL"		*
Varios (TOMO I)	196 p.	*
LA CRISIS ACTUAL DEL CAPITALISMO		*
Enrique Semo	96 p.	*
LECCIONES DE ECONOMIA POLITICA		*
A. Pesenti	424 p.	*



LIBRERIA COPILCO,
Filosofía y Letras No. 34,
Col. Copilco Universidad
México 20, D. F. Tel. 550-24-51

LIBRERIA DEL PASILLO,
San Juan de Letrán No. 37 (Pasillo)
México 1; D. F. Tel. 518-69-96

LIBRERIA INDEPENDENCIA,
Independencia No. 67-B,
México 1, D. F. Tel. 521-24-81

